

# LA estafeta

LITERARIA 1967

DICIEMBRE 30

SALE SABADOS ALTERNOS

N.º 386

De NegroydIndia China cambuja.

*Portal de Belén,  
Portal del Año,  
Tierno Mestizaje*



Redacción: Calle del Prado, 21. Madrid - 14 • Teléfonos 222 85 14 y 232 33 74 • Administración: Castellana, 40  
Edita: EDITORA NACIONAL • Suscripción anual: ESPAÑA, 300 ptas. Resto de EUROPA, 550 ptas. (avión),  
400 ptas. (ordinario) OTROS PAISES, 1.150 ptas. (avión), 660 ptas. (ordinario).

Impreso en el BOE. Madrid

Depósito legal: M 615/1966

# 16.591.600 PESETAS HABRAN COBRADO

El lector conoce la ironía de la palabra que metemos entre paréntesis en el rótulo habitual «Deben (de) haber cobrado». Una disposición oficial obliga ahora a que el importe de los premios convocados se deposite previamente bajo el control de los delegados del Ministerio de Información y Turismo. Hay que confiar en la eficacia de esta medida frente a la infección de los premios que se otorgan y no se cobran. La cifra que damos arriba—16 millones y medio, largos—es la suma correspondiente a las convocatorias publicadas este año por LA ESTAFETA. Que no son todas,

a pesar de nuestro esmero, porque la negligencia o la modestia del patrocinador determina que algunas veces la información no nos llegue, o nos llegue fuera de plazo. Esta cifra de 1967 supera en casi un millón (en 800.921 pesetas) al «Deben (de) haber cobrado» de 1966, que, según nuestra cuenta, ascendía a 15.790.679 pesetas. Aparte el dato estadístico, nuestras antenas detectan en vísperas del año 1968 una tendencia a incrementarse la cuantía (no el número) de los premios pequeños, de la pedrea; y una tendencia a la estabilización relativa, a alto nivel, de los premios gordos.

## DEBEN (DE) HABER COBRADO:

|                         |  |
|-------------------------|--|
| <b>11.543.000</b> ptas. | Suma anterior (premios concedidos desde el 1 de enero de 1967.)  |
| <b>250.000</b> ptas.    | Don Gonzalo Anés, premio <i>Taurus</i> , por su ensayo <i>Las crisis Agrarias en la España Moderna</i> .   |
| <b>250.000</b> ptas.    | Don Miguel Martínez Cuadrado, premio <i>Taurus</i> , por su ensayo <i>Elecciones y partidos políticos en España</i> .  |
| <b>200.000</b> ptas.    | Doña Antonia Vicens, premio <i>San Jorge</i> , para novelas inéditas, por su obra <i>39 al hombro</i> .  |
| <b>100.000</b> ptas.    | Don Tomás Borrás, premio Nacional de Periodismo <i>Francisco Franco</i> .  |
| <b>100.000</b> ptas.    | Don Antonio Gibello García, premio Nacional de Periodismo <i>José Antonio Primo de Rivera</i> .  |
| <b>100.000</b> ptas.    | Don Pío Gómez Nisa, premio Nacional de Periodismo <i>Jaime Balmes</i> .  |
| <b>100.000</b> ptas.    | Don Jaime Pato, premio Nacional de Periodismo Gráfico para reportajes.   |
| <b>60.000</b> ptas.     | Don Alberto Balcells, premio <i>Nova Terra</i> , a un ensayo sobre el mundo del trabajo.   |
| <b>50.000</b> ptas.     | Don Luis de Castresana, premio Nacional de Literatura <i>Miguel de Cervantes</i> , por su libro <i>El otro árbol de Guernica</i> .   |
| <b>50.000</b> ptas.     | Don José Corts Grau, premio Nacional de Literatura <i>Francisco Franco</i> , por su obra <i>El humanismo y el hombre</i> .   |
| <b>50.000</b> ptas.     | Doña Carmen Conde, premio Nacional de Literatura <i>José Antonio Primo de Rivera</i> , por su libro <i>Obra poética 1929-1966</i> .  |
| <b>50.000</b> ptas.     | Don Jaime del Burgo Torres, premio Nacional de Literatura <i>Menéndez Pelayo</i> , por su obra bibliográfica de las guerras carlistas y de las luchas políticas del siglo XIX. |
| <b>50.000</b> ptas.     | Don José María Souvirón, premio Nacional de Literatura <i>Miguel de Unamuno</i> , por su obra <i>El príncipe de este siglo, la literatura moderna y el demonio</i> .           |
| <b>50.000</b> ptas.     | Don Víctor Ruiz Iriarte, premio Nacional de Literatura <i>Calderón de la Barca</i> , por su obra <i>La muchacha del sombrero rosa</i> .  |
| <b>50.000</b> ptas.     | Don Dámaso Santos, premio Nacional de Literatura <i>Pardo Bazán</i> , por sus críticas en el diario <i>Pueblo</i> y en diversas revistas.                                      |
| <b>50.000</b> ptas.     | Don José Luis Franco Grande, premio Nacional de Literatura <i>Rosalía de Castro</i> , por su obra <i>Entre o si e o non</i> .  |
| <b>50.000</b> ptas.     | Don Enrique Llovet, premio Nacional de Literatura <i>Azorín</i> , por su libro <i>España viva</i> .  |
| <b>50.000</b> ptas.     | Don Teodoro Naranjo, premio Nacional de Periodismo Gráfico a la mejor fotografía.  |
| <b>30.000</b> ptas.     | Don Joaquín Ventallo, premio <i>Antonio Balmanya</i> para ensayos pedagógicos.   |

|                     |  |
|---------------------|--|
| <b>25.000</b> ptas. | Don Emilio Texeidor, premio <i>Joaquín Ruyra</i> , para novelas de imaginación, por su obra <i>Les rates mallaltes</i> .               |
| <b>25.000</b> ptas. | Don Faustino Cancercregat, premio <i>Victor Catalá</i> , para narraciones y cuentos, por su obra <i>La torre dels vicis capitals</i> . |
| <b>25.000</b> ptas. | Don Jaime Vidal Alcover, premio <i>Carlos Ribade</i> , poesía, por su obra <i>Terra negra</i> .  |
| <b>25.000</b> ptas. | Don Alejandro Ballester Moragues, premio <i>José María de Sagarra</i> , de teatro, por su obra <i>Dins un gruix de vellut</i> .        |
| <b>25.000</b> ptas. | Doña María Mercedes Boixareu, premio <i>Josep Yxart</i> , de ensayo, por su obra <i>Vida i obra de Marius Torres</i> .                 |
| <b>25.000</b> ptas. | Don Salvador Ginesta Batllori, premio <i>Maspons i Camarasa</i> , para monografías comarcales.   |
| <b>25.000</b> ptas. | Don José Llobera y Román, premio <i>Fundación Huguet</i> , para estudios sobre lengua catalana.  |
| <b>25.000</b> ptas. | Don Jorge Bertrán, premio <i>Carlos Pardo</i> , para ensayo de tema religioso.   |
| <b>25.000</b> ptas. | Don Ramón Ruiz Maldonado, premio <i>La Hora XXV</i> , de novela, por su obra <i>Sábado, por la tarde</i> .                             |

**13.458.000** ptas. Suma y sigue.

## PUEDEN JUGAR

**RELATOS DE ESPIONAJE**  
Premio: 10.000 ptas.  
**CLUB PRENSA DE MURCIA**

El Club de Prensa de Murcia ha organizado un concurso de relatos de espionaje al que podrán concurrir cuantos escritores lo deseen, con trabajos originales e inéditos, escritos en castellano, sin limitación de número. El tema será la moderna literatura, llamada de «espionaje», en cualquiera de sus aspectos.

Se concederá un único premio de 10.000 pesetas. El relato premiado se publicará en la *Hoja del Lunes*, de Murcia.

La extensión no excederá de seis folios mecanografiados a doble espacio por una sola cara y se presentarán, por triplicado, con nombre, apellidos y domicilio del autor.

El plazo de admisión finalizará el 15 de enero de 1968, a las doce horas.

Los envíos se harán al Club de Prensa, avenida de José Antonio, 7-1.º, Murcia, indicando en el sobre: «Para el concurso nacional de relatos de espionaje».

Un jurado, cuya composición no se

hará pública hasta después del fallo, emitirá éste dentro del mes de enero de 1968. Los originales no premiados serán destruidos.

**NOVELA CORTA**  
Total en premios:  
40.000 ptas.  
**CAFE GIJON**

Convocado por la Revista *Garbo*, de Barcelona, para escritores españoles e hispano-

americanos.

Los trabajos, inéditos y mecanografiados a dos espacios, deberán tener una extensión mínima de cincuenta folios y máxima de ochenta (tamaño 32x22) y llevar la firma y datos completos del autor.

Las novelas premiadas serán publicadas en la Revista *Garbo*.

Dotación: un primer premio de 25.000 pesetas y un segundo de 15.000.

Plazo para la entrega de originales: hasta el 31 de enero de 1968.

El fallo se dará a conocer en el Café Gijón, de Madrid, en la noche del día 21 de marzo del mismo año.

(Pasa a la pág. 39.)



## CANTAN LAS LENGUAS A CORO Y EN CORROS

- Villancicos populares en veintiún idiomas 7
- Luys Santa Marina: Vienen las palabras 12

## ARTICULOS

- Narciso Sánchez Morales: La oración de los desesperados 4
- Antonio Castro Castro: Unamuno con el hilillo de una fe escondida 13
- Alfredo Marquerie: Lope replicó a Cervantes 14
- Antonio Manuel Campoy: El folletín 15
- José María Gimeno: Potajes gitano y clases de español 16
- Fernando Poblet: Yoyoísmo 18

## AMOR Y POESIA, CADA DIA

- Eduardo Carranza: Réquiem con una rosa 18

## NARRATIVA

- Jorge C. Trulock: Compota de adelfas (folletón) 19
- Joaquín Esteban Perruca: Hemos visto una estrella 23

## PRINCIPIO QUIEREN LAS COSAS

- Francisco Benítez Castro: Rozar de hoy 24
- Joaquín Ruiz de Adana: El encuentro 24

## RESEÑA DE LIBROS

25

## SECCIONES

- Concursística 2
- Musical 31
- Plástica 32
- Teatral 33
- Provincial 35
- Social 38

## CRONICAS

- José Méndez Herrera: Navidad en el aeropuerto 34
- Manuel Ríos Ruiz: Breve noticia del pintor «Ramírez» 37

## CONTRAPORTADA

- El último poema de Nizar Kabbani 40

Nos permitimos ilustrar el artículo de nuestro colaborador Narciso Sánchez Morales, con unos grabados de Ricardo Florsheim tomados de la colección Anteo, Editorial Punta América, que nos parecen singularmente lúcidos y adecuados.

**PORTAL DEL AÑO, PORTAL DE BELEN, TIERNO MESTIZAJE:** estas palabras de la portada sintetizan el sentido de este número que sale el día penúltimo del año 1967. Estamos en el portal de 1968; un año que ahora, para el creyente y para el incrédulo que cree no creer, se vislumbra lleno de confusión. Nosotros, como cada quisque, estamos confundidos. Pero con alegría, porque de la confusión—que no quiere decir confusionismo, sino fusión-con—saldrá la luz.

España en su Historia es el gran pueblo precursor de la fusión de las gentes y de las razas, de las culturas y de los lenguajes. Cuando los dioses nacían en Extremadura, los españoles de la Península engendraban hijos en los vientres de mujeres de todos los meridianos y todos los paralelos del mundo hasta entonces desconocido, de las Indias cuya corpulencia geográfica es cientos de veces superior a la extensión de esta parcela peninsular.

Con pretensión de mestizaje lingüístico, destinamos seis páginas a una de las más delicadas, deliciosas y generalizadas muestras de la fe popular, que alcanza su mejor expresión en estas fechas pascuales: el villancico. Veinte lenguas cantan en esas páginas, a coro unánime y en corros establecidos mediante criterios que se puntualizan junto a cada uno de ellos, la Buena Nueva que aconteció en Belén. Desde el idioma precolombino náhuatl hasta el chino y el árabe, más un villancico medieval germánico, algunos en las diversas lenguas eslavas y, por supuesto, el vascuence, el catalán y el gallego, son las lenguas representadas en tan deliberada y poco menos que ecuménica confusión. El más general de los idiomas españoles tiene tal acervo de villancicos y son todos tan conocidos que hemos resuelto hacerlo figurar con unas palabras escritas en prosa. Pero, eso sí, en la lírica y elaborada prosa de Luys Santa Marina.

**¿PUEDE LA DESESPERACION CONDUCIR TAMBIEN A LA FE?** Todos los caminos llevan a Roma y, en este caso, a Belén. Junto a la ingenua y caliente fe que el pueblo trasluce en la ingenuidad conceptual de los villancicos, traemos la intermitente fe de algunos espíritus solitarios hechos a las dudas y a la pena de dudar. Muy a propósito dejamos constancia del rudo contraste entre la desentendida fe de las gentes que alegran su corazón cantando porque Dios ha nacido, y esa otra expresada en gritos desesperados ante la ausencia en ellos del Creador. La desesperación, así entendida, es un alcorce, un atajo elegido por individuos enterizos a los que no satisface creer con la fe del carbonero. Narciso Sánchez Morales examina las características de estos conflictos internos en su ensayo «La oración de los desesperados».

El escritor español que con mayor tenacidad indagó la presencia de Dios es, quizá, don Miguel de Unamuno, el agónico pensador en cuyos adentros libraban cotidiana lucha solidaridad y soledad, duda y fe. El título del trabajo de Antonio Castro Castro es suficientemente expresivo: «Unamuno, con el hilillo de una fe escondida».

**PREMIOS, PREMIOS, PREMIOS.** El cambio de año tiene siempre un gesto alegre por nuestras latitudes. La inveterada Lotería máxima de Navidad contribuye desde el siglo anterior a condensar en estos días la esperanza de la buena suerte, el entusiasmo por los bienes de fortuna. Estando en máquina este número se disciernen los Premios Nacionales de Literatura. Y los más cuantiosos y resonantes entre los premios de editores particulares también por estos días se disputan: el «Alfaguara», el día de Inocentes, día en que nació Pío Baroja; el «Nadal», el día de Reyes, en que murió Valle-Inclán.

Entregando los Nacionales (pág. 39) el Ministro Fraga Iribarne, en el Club Internacional de Prensa, dijo que cada uno de los escritores «merece ser escuchado por todo este apasionante pueblo nuestro, al que debemos todos enseñar a oír del mismo modo que debemos escucharlo, en una doble labor de docencia y de discencia».

La misión de los Premios, ¿es otra que llamar la atención general, echar un foco de luz sobre el campo literario, cuando tantos otros campos menos desvalidos gozan de la gran publicidad comercial?

CON ESTA INTERROGACION Y CON EL MAS EXCLAMATIVO deseo de gloria y felicidad, de contento y bienaventuradas lecturas y escrituras, se despide de ti, querido lector, hasta ahora mismo, hasta el año que viene, tu Segura Servidora

# La Est<sup>a</sup>. Lit<sup>a</sup>.

# La Oración de los DESESPERADOS

NARCISO SANCHEZ MORALES



La roca del bosque

(El hombre.) Es un enigma una verdad oculta un poco de esperanza, expresada con miedo y torpeza y dolor. El no lo sabe.

EDUARDO DE LA RICA

«**A**TENCION a ese hombre», a ese ser que se mueve por el mundo llevando en su interior un enigma incomprendido, sólo descifrable a través del Logos de Dios. El hombre, no sólo el que mecánicamente reza a la luz ofuscante de candelabros eléctricos de nuestras iglesias, sino el que allá, en un rincón de las mismas, o tal vez sólo en el sagrado recinto de su templo interior, expone a Dios sus cuitas, sus insolubles problemas.

Llevar el templo a la calle, sentirse templo vivo, orar con las súplicas de heridas sangrantes y de miserias, es el ignorado quehacer de ese hombre, «que se abre paso por la calle, empujando a la gente..., haciendo penitencia, imaginándose que distribuye rosas y caricias entre la pobre gente, a la que ama en medio de su culpa».

El mundo de hoy se insensibiliza materializado o se desespera; prefiero este último mundo, el de la desesperación, al mundo sin rumbo ni sentido. El que desespera, ora, o al menos está a su alcance esa posibilidad; el que se materializa, reduce a cero su contenido espiritual. Oración en desesperación es la temática de la novela católica actual, y del cine de Silencio y Palabras de Bergman, eterno Ahasvero de las sendas del celuloide.

En sucesivos cuadros voy a glosar este tipo de oración, en autores como François Mauriac, Graham Greene, Dostoyevski, Fritz

Hochwälder, Reinhold Schneider y Bernanos.

Sólo unos brochazos para determinar el contorno del tosco escenario y pasar, en seguida, a la acción. Mis palabras tal vez sean susceptibles de crítica, tal vez provoquen cálida discusión, pero no olvidemos que la oración, el tú a tú con Dios, es patrimonio de la intimidad del alma, tesoro que en cada uno tiene especial cotización, por su peculiar concreción y forma. Oración en desesperación supone al menos creer en Dios, esperar en El y abrigar, aunque sean en potencia, ciertas posibilidades de amor. No niego los defectos anejos a esta clase de orar, pero no seamos incautos, antes que la gracia estuvo el pecado en la mayoría de los mortales, a partir de su nascencia, ya que Adán transmitió tal mácula. Sólo María, la plena gracia, la que solicita está para echar la mano, al borde de nuestra desesperación, víose libre de tal mancha. Inmaculada, intacta al pecado, pero soportadora de las sombras del mismo.

## DESLUMBRAMIENTO DE LA SOBERBIA

Cojamos entre las manos la mejor novela de François Mauriac Teresa Desqueyroux. ¡Qué creación más genial y atrevida! Mujer monstruo, entre hiena y loba, orgullosa de su rango de fémina, reacia a ser simple vaso de generación, puente roto que quiebra la tradición de una casta burguesa y privilegiada. Su soberbia la deslumbra, la arrastra al fallido envenenamiento del esposo, a renegar de su vástago y a hundirse en la desesperación y en el suicidio. ¿Es mujer? ¿Es criatura?

Amanece; los gallos rasgan con sus agudos cantos la niebla matutina que pegajosa y densa se agarra a las copudas ramas de los pinos, que lloran, a lágrima viva, el desasirse de la gasa vaporosa que los platea.

Paisaje de las Landas, movedizo como su arena; campiña mojada por la aurora y que enjuga el cálido sol estival de la mañana, cuyos rayos iluminan la pétrea figura de Teresa, que, rígida, se asoma por los ventanales de la solariega casona de los Desqueyroux. Firme, enhiesta, sus párpados inmóviles ponen sordina al ronroneo de la carcoma que hurga y escarba en su leñoso corazón. «¿Qué es la muerte? No se sabe lo que ella es. Teresa no está asegurada contra la nada. Cómo la humilla su cobardía y, no obstante, apoyada en ella, en ese momento que media entre la decisión y el suicidio, exclama: Si existe ese ser (y ella recuerda en breves segundos la pálida procesión del último Corpus Christi a aquel hombre solitario, abandonado por su incrédulo pueblo, aplastado bajo el peso de la recargada capa fluvial y a aquel objeto que lleva en sus manos, al que sus labios doloridos musitan imperceptibles palabras), si El existe, que detenga mi mano criminal, antes que sea demasiado tarde. Si es su voluntad, que una pobre alma ciega franquee el paso a la nada, que El, al menos, acoja con amor a este monstruo, a esta criatura suya. Y Teresa echa en el agua primero el cloroformo, cuyo nombre le es ya familiar y le despierta ideas de sueño.»

## OFRECIMIENTO DE LA CONDENACION

Desde las Landas francesas, donde una casta de rutinarios católicos consume su cómoda existencia entre el pecado y la gra-

cia, volemos con el novelista Graham Greene a una colina del Africa tropical. Pasemos, a la ligera, la cabeza y cuerpo de su «Revés de la trama». Acompañemos a Escobie, jefe de policía, en sus correrías de represión del contrabando, y ayudémosle a acoger a Elena, la bella y desconsolada viudita. Admiraremos su compasión, pero echemos un tupido velo cuando ésta roza el adulterio y se marida con el pecado. Una mañana, a misa de alba, entremos con él y su esposa Luisa en la capilla de la aldea. Va del brazo de Luisa, libre, más interiormente forzado, pues el pecado le tiene encadenado. Su confesión sincera ha naufragado, le han faltado las fuerzas ante el propósito de la enmienda de su vida. El mismo ha rehusado la absolución. Y ahora... siempre débil como en su pecado de carne, sigue atento con Luisa la misa que celebra el padre Rank. Después de la consagración, ante la eminencia de la comunión, un fuego que estalla en sudores enrojece la rubia faz de Escobie. El sacerdote descende por las gradas del altar al comulgatorio a fin de distribuir la sagrada comunión. A Escobie se le seca la saliva y también se le paraliza la sangre en sus arterias. No puede mirar; los ornamentos del sacerdote se le tornan majestuosos jaezes de apocalíptico caballo montado por un jinete de fuego que es el mismo Dios. ¡Ah, si los arqueros que le acompañan distendieran sus tensos arcos y le aniquilaran acribillándole con mil flechazos! Un segundo más y la figura del sacerdote parece que duda y tiembla. «Tal vez suceda lo inesperado, algo que impida mi pecado». Mas no; y con su boca abierta hace un último esfuerzo por orar. «¡Oh Dios, te ofrezco mi propia condenación. Acéptala. Que ella, al menos, sea útil para otros!» Y sintió en su reseco paladar el gusto áspero de algo que le condenaba por toda una eternidad... Más tarde llegará el suicidio, pero a las mismas puertas de la muerte reanudará la interrumpida oración. Escobie da un paso más que Teresa; toma el veneno y en esos minutos que median entre acción y mortalidad, atolondrado, muerto ya físicamente, exclama: «Dios querido, yo te amo y...», pero llega el definitivo ahogo y su cuerpo cae redondo, percibiéndose al mismo tiempo el ruido metálico que al chocar con el suelo produce la vieja medalla de su santo protector.

## LOS ESFUERZOS TANTALICOS

Dos oraciones sinónimas, inmersas en pecado, y blasfemas, más atenuadas por la llama catártica de una súplica que va más allá del extraño espectador. El lector de este diario reaccionará bruscamente. Pero... meditemos, lector amable ¿No hay pasos intermedios entre luz y tinieblas, entre gracia y pecado? Más claro. ¿No es preferible reaccionar, con todas las salpicaduras pecaminosas que esto suponga, a permanecer insensible en la nada o en el pecado? El que se salva de las hondas simas del océano tiene que seguir tragando agua amarga hasta cubrir el último centímetro que le separa de la orilla. La oración del desesperado es un esfuerzo tantálico. El orar como Teresa, buscando en la desesperación su propia y única salvación, con ese signo de egoísmo personal, se desvanece antes de llegar a los oídos del Padre común: Teresa acabará sus días extraviada entre los pinos humanos, de carne y hueso, que pueblan las amplias calles de París. Teresa se pierde en

la soledad y el silencio de aquellos a quienes no incluyó en su oración.

El orar por uno a través de los otros, ofrecer aunque sea la propia condenación por la salvación de los demás, como lo hace Escobie, es repartir rosas y caricias que aroman la espinosa ruta que conduce a la salvación. La oración por todos los hermanos, el abuso del plural del «sálvanos, Señor, que perecemos», despierta al Dios que se hace el dormido en la nave que se tambalea. Sería mejor no pecar, pero entre el pecado sordo del nihilismo materialista, de personas que son cosas y se desmigajan a fuerza del uso, y el pecado de debilidad del que cree pero cae a los halagos del mundo y de la carne, quedome con el último, aun en su extrema desesperación.

Prefiero ese ser que describe mi buen amigo Eduardo de la Rica, ese ser lleno de inquietud y pecado «que es un enigma, una verdad oculta, un poco de esperanza, expresada con miedo, torpeza y dolor... que se abre paso por las calles empujando a la gente, haciendo penitencia, imaginándose que distribuye rosas y caricias entre la pobre gente a la que ama en medio de su culpa».

## VASO DE LODO, CUERPO DE RESURRECCION

Yo quisiera un Dios de barro poroso, casi carne... al que mezclar esta ceniza mía para que juntos rueden hasta mi definitiva redención.

AMABLE CUENCA

Cada día el alma de la pirotécnica ciudad hace nuevas incursiones en el campo de mis divagaciones. Yo no sé si al trascender esta estrofa me quedo corto en la valoración del anhelo de Amable Cuenca. Lo que sí puedo añadir es que respiro en esta atmósfera de humanización de lo divino y que con ella oxígeno mi espíritu, pues el puro espíritu quemaría mis arterias de carne. Criaturas hechas de tierra propendemos al barro y el barro se hizo plástico cuando el Verbo fue modelado en su masa. Se vació de sí mismo en una paradójica «Kenósis», ya que sobre ella y en ella quedó, no obstante, inmersa la divinidad. Tal vez por hacerse barro la Divinidad se hizo comprensible y finita, al reducirse hipostáticamente en la persona de Jesús. Paradoja insoluble, lo finito e infinito, en un vaso de barro, sólo explicable por el amor. Y como El, que de barro hizo partículas de luz en su resurrección, así nuestro vaso de lodo con filigranas de esperanza será un día, con El, cuerpo de resurrección.

Pero antes nuestras vidas, charcos del camino, reflejarán en su superficie monstruos y fantasmas con pinceladas de luz. De la desesperación negra de una Teresa Desqueyroux y de la suicida de un Escobie pasemos a desesperación de la vida frívola, mundana y sensual, que no llega al corte abismal del suicidio pero juguetea en su orilla, retenida por la cobardía, salvada, al fin, por la oración.

Aleteamos como peces de aguas turbias, envueltos en juegos de placeres y hastios, y así derivamos hacia la soledad del canal de la angustia para caer atontados sobre la piedra del molino de la desesperación, de la que nos zafamos milagrosamente por el mismo encogimiento de nuestra personal cobardía.

## PALABRAS DE AMOR EN LENGUA SUCIA

Pasado el susto volvemos a la corriente para comenzar de nuevo a recorrer los múltiples eslabones de la cadena de molinos que jalonan la corriente. A veces, una malla, una reja providencial, nos devuelve a la libertad de los hijos de Dios. El medio ha sido la oración. Recordar a Dostoyevski; abrid el libro de los hermanos Karamazoff, escuchad el seco trepidar del coche que lleva a Demetrio camino de la desesperación. Su meta es Mokroe, zafio remedo del castillo Meyerling, con halagos y festines del brazo de la sensual Gruchenka, con vislumbres azorados de suicidio. De repente, la Gracia que detiene el pez que se zafa de la aceña habla por boca del incrédulo Deme-

trio: «Escucha, Andrés —le dice al cochero—, ¿cree que yo, Demetrio Federovich Karamazoff, iré al infierno?»

—Lo ignoro, mi señor; eso depende de usted. Para todos nosotros es usted tan bueno que creo que Dios le perdonará... Y el corazón de Demetrio, movido por el amor a sus semejantes, se inmerge en el amor de Dios.»

De aquella lengua sucia con costra de mil impiedades, brotan, arrancada de cuajo tanta inmundicia, palabras henchidas de amor al prójimo que son como el sello del retiro de Karamazoff al santuario interior del espíritu: «¿Quieres tú, Andrés, corazón sencillo, perdonarme en nombre de todos?»

«Habla usted de una manera extraña», le responde el cochero.

Pero Mitia no escucha. En aquel momento ora con exaltación: «¡Ah, Señor, contéplome en toda mi ignominia; sé bondadoso. No seas severo, puesto que yo ya lo soy conmigo. No me castigues, pues te amo. Soy vil, pero te amo. Tú puedes mandarme al infierno, pero aún allí te amaré y gritaré: te adoro eternamente!»

Y luego el hombre de barro vuelve a sus andanzas trocando el amor a lo divino por el amor a lo muy humano de Gruchenka. Demetrio se salva del suicidio, está más lejos de él que Teresa y Escobie, se salva también de la calumnia de parricidio y de la deportación a Siberia, porque el amor de los Karamazoff, ya humano, ya divino, es crisol que abrasa y purifica, pura llama que lleva a lo alto. La sublimación está en Aliocha, monje que rompe los bastiones entre monacato y pueblo, entre Iglesia y laicado, e interpreta al vivo el Evangelio de San Juan, uniendo por el amor a todos los habitantes de la santa Rusia. El amor de Aliocha es locura de amor que le lleva a la más pura catarsis: cual otro Cristo, ofrece expiar en su cuerpo la prisión merecida por sus hermanos. El amor triunfa incluso en la tierra con la liberación de los cuerpos a través de los espíritus, a través de la comunión de los puros y santos.

## ENTRE LA NADA Y EL DOLOR: DESESPERACION SATANICA

Saltar de Dostoyevski a Hochwälder es retornar del ortodoxo Oriente a la católica Roma, con ese anhelo de liberar universalmente por medio de la oración. Sería largo el pretender reseñar el drama Jueves, de Hochwälder, en sus tres actos: «Lunes» «Martes» y «Miércoles». Mas sigamos de cerca al personaje principal, a Pomfrito, a ese hombre de los tiempos modernos, que ha saboreado los mejores licores, libado las más venenosas flores, y que, hastiado y aburrido, quiere dormirse en la nada. Su último anhelo es desaparecer: un suicidio pasivo, nada turbulento; cobarde hasta en eso. El pasillo hacia la nada se monta sobre la eliminación del dolor, porque el dolor es la losa apócrifa que oculta lo auténtico y la gracia. A Pomfrito le asedian, por todas partes, poderes mefistofélicos y angélicos: por la izquierda, a cambio de la renuncia al dolor, una nirvana de viajes ultracósmicos, una casa todo confort, una vedette llamada Frigorífico; por la derecha, fray Tomás, el prudente Kapora y la inocente y casta Estrella. El bando de Dios cerca a Pomfrito, después de haberle arrancado de las garras de los poderes infernales. Este Fausto moderno, vivo pero anun-



La inocencia de la tierra



El viento de las horas

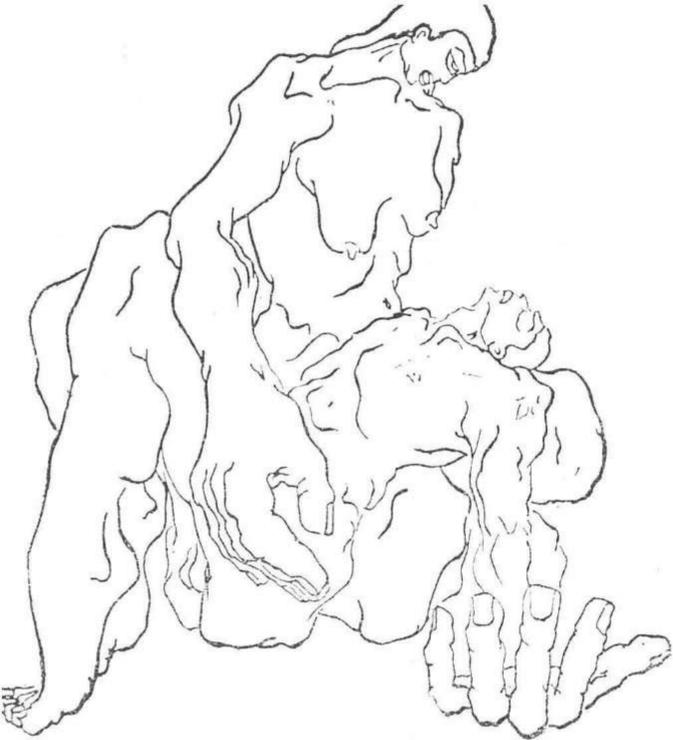
ciado en esquila periodística como muerte, sufre el tira y afloja, la tensión entre la nada y el dolor que reclama una auténtica existencia. Kapora (a Pomfrito): «Desespérate, al menos consolado. La fe brota de la nada. ¿No brotó de la nada la Creación?» Pomfrito: «¿De la nada?» Y, ofuscado por la luz de tan contradictorias palabras, Pomfrito profiere una oración, mezcla de desesperación, de incredulidad, de fe y de esperanza: «¡Oh Dios, en el que no creo, no me dejes perecer. Dame la gracia de elegir rectamente; elimina mis miserias, que son legión; haz que siga mi camino y no mires lo frágil, orgulloso, lujurioso, avaro, pobre y miserable que me creaste, sino ve aquellos dones que poseo para que te sirva!» Valgan como ilustraciones de esta teología atea—mejor dicho, de esta fe por encima de la desesperación—estas dos nuevas versiones del Padrenuestro: una, completamente satánica, de Peter Weiss, y otra, más bien desesperativa, de Peter Coryllis:

Satán, que estás en los infiernos,  
vénganos tu reino,  
hágase tu voluntad  
así en la tierra como en el infierno.  
Perdónanos nuestra inocencia,  
libranos del bien  
y déjanos caer en la tentación  
por una eternidad. Amén.

Peter Weiss, en Persecución y  
asesinato, de Jean Paul Narat.

Padre nuestro, que estás desterrado en el cielo.  
mofado es tu nombre.  
Toda tu bondad,  
abusada.  
Tu voluntad, pisoteada.  
Tu amor, despreciado.  
Loado eres en el cielo,  
en la tierra estrangulado.  
Nuestro pan está mohoso,  
pues la culpa nos ahoga.  
Reos sólo hay en la tierra,  
pues todos culpables somos.  
No sólo caemos en la tentación,  
sino que sin reparo ni vergüenza la fomentamos.  
El mal no tiene límites.  
Padre, te ruego, que se logre tu redención,  
cúmplase así lo sucedido. Amén.

Peter Coryllis.



La canción del agua

Largo sería discutir la ortodoxia de tal súplica, pero ella se da en esos momentos en que el hombre pecador, zancadilleado por la gracia, cae de bruces en un terreno santo, que él desconoce y al que por primera vez besa al meditar en serio sobre los novísimos. El que en el choque se den coques son actos reflejos que aún obedecen a antigua ley. El agua clara de la sierra, tras los grandes aluviones, siempre llegará a vuestros recipientes turbia y cargada de barro; dejadla correr un rato y el cristal volverá a irisar en sus gotas.

A nosotros, hijos de la desesperación, de la vida tibia y airada, que a veces sólo reaccionamos con el choque, no nos cabe otra solución que orar con Papini: «Todo el amor que podemos obtener de nuestros corazones devastados será para ti, ¡oh Crucificado!, que fuiste atormentado por amor nuestro y ahora nos atormentas con todo el poder de tu implacable amor.»

## LA OSCURA NOCHE DEL MISTICO

Tras la desesperación cuya meta es el suicidio y la desesperación que acaba en extrañamiento del mundo y refugio en la gracia, existe otra desesperación, sólo aparente y de formas externas sensibles, en la que también se ora y, a la verdad, de manera más pura y santa. La desesperación del malo quedó reseñada anteriormente en Teresa Desqueyroux; la desesperación del pecador arrepentido encontró su más claro y explícito ejemplo en el Pomfrito de Hochwälder; la desesperación del cristiano, signado por la cruz, ha encontrado cristalización en las oscuridades sensibles de Schneider y Bernanos.

Los estados de desesperación que gloso tienen su paralelismo en las tres formas de angustia que los originan: la angustia del perverso, la angustia del pecador y la angustia de la cruz. La angustia del malo, la de Teresa Desqueyroux, está clavada en el mar, en la perversión. La angustia del pecador, como la de Pomfrito, está asentada en la nada, no en Dios, pues el que a la vez quiere estar en Dios y en la materia cae en la falta de suelo. Es la vida carnavalesca, sensual y materialista, que tiembla en la profundidad de la noche de un Martes de Carnaval ante el gris contorno de un Miércoles de Ceniza de desengaño. Al fin, triunfa la Cuaresma penitencial. La angustia del alma del hombre de Dios, con su culminación en la cruz, es el repetino apagón de la luz, entre contemplación y contemplación. Es la noche oscura o muerte mística descrita por Peter Wust, y cuya desesperación sólo se vence con una oración de humildad, que, según Santa Teresa de Avila, llega a entronizarse reina de este juego de ajedrez y con la que se da mate al rey en el juego del amor. La noche oscura del místico encuentra paralelismo en ese abismo depresivo que se abre tras las intensas actividades creadoras del ge-

nio. Esta angustia cristiana, la de la cruz, es incremento de luz y gozo a base de una mayor superficie de sombra, de dolor y desesperación, de tinieblas que serán chispas, dilatación del camino del parto, dentro de la fe, esperanza y caridad, y que, según San Pablo (Rm., 8-19), desemboca en el nacimiento de un nuevo mundo.

## UN REFUGIO RODEADO DE MUNDO

Prescindo de la desesperación sensible —entiéndase bien: sensible, fisiológica y psíquica— de Cristo en la cruz, en aquella expresión que es dolor y nacimiento de redención, que es desesperación y oración, que es tiniebla y gloria: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?» Fue la máxima expresión de Kenosis, la reducción de la divinidad a suspiro de Dios.

Prefiero, a falta de justa expresión e imposibilidad de descripción, hacer un esbozo de esta angustia de la Cruz, de oración en desesperación, en las figuras reales o literarias que plasmara el genio del cristianismo. No quiero rozar por el momento a aquel místico español, San Juan de la Cruz, del que beben todos estos ensayistas cristianos, tormentados, que acompañaron al gran místico hispano en su subida al monte Carmelo.

Reinhold Schneider, aquel nihilista que volviera a Dios gracias a la espiritualidad hispánica, no cambió su temperamento triste y enfermizo aun dentro de la fe. Como un cargador de muelle que, sobrecargado por el duro peso, resbala insensible por la deslizante rampa que conduce al oscuro almacén de ricas mercancías, pero que —rehecho y asido a un tosco palo— logra llegar, desvanecido, a las puertas del mismo, así cae el místico germano ante el Cristo de su templo interior y aún le resta un último hálito para escribir: «Desde hace años me encuentro en una difícil situación. Firmemente convencido de la divina institución de la Iglesia, y de su existencia hasta el fin de los tiempos, me recluyo en lo hondo de mi cripta. Oigo ya el canto lejano. Sé que El ha resucitado, pero mis energías vitales están tan agotadas, que no puedo saltar por encima de la tumba, no puedo anhelar y temer algo más allá de la muerte. No puedo imaginarme un Dios tan poco compasivo que ose despertar a un mortalmente dormido a sus pies, a un enfermo que ha logrado al fin conciliar el sueño... La cristianidad quiere la oscuridad, pues la oscuridad es la luz... Tu patria está bajo la tierra. Volverás a los primeros tiempos, cuando la Cristiandad sólo era misterio y escándalo, una obra de topos, un refugio rodeado de mundo.»

El lector dudará de la fe de Reinhold Schneider. Yo mismo dudé, cuando por vez primera me acerqué a sus obras. No le había captado y, menos, comprendido. Pero no; estaba lleno de fe. «La fe que lleva a la tumba, con Cristo a la tumba, que resucitará. La fe sólo tiene ese camino: a través de la tumba. Su vida es la misteriosa, subte-

El amanecer de la montaña



rránea agonía; su lugar, la capilla de la angustia de la muerte de Cristo.» Y es que el monte Carmelo de Schneider, como el de casi todos los místicos germanos, es profundidad abisal, cúpula de capilla donde duerme el Cristo muerto que libera las almas de los santos.

## EL AGUIJON DE LA ANGUSTIA

No quisiera terminar sin citar la oración del galo Bernanos. También este ex seminarista supo de angustias y dolores de Cruz, que él dejara plasmadas en una de sus más refulgentes figuras: el Padre Donisán, en Bajo el suelo de Satán. Reconozcamos con Urs de Baltasar, que en estos autores domina un absolutismo católico que espanta y estremece a las formas religiosas no católicas. Son incomprendidos al lado de un Bert Brecht y Sartre. Tal vez convenga lanzar esos puentes más humanos, de Hochwälder y Graham Greene, para absorber las pocas ideas religiosas que aún quedan en los autores no cristianos.

Nuestra absoluta verdad no debe excluir las verdades parciales de inquietud religiosa que pululan en La bondadosa criatura de Sezuán, de Bert Brecht; Os Bandeirantes y Orfeo Negro, de Marcel Camus y de otros autores no católicos. Abominar de lo malo, exige la paciencia que requiere el esperar la maduración de cizaña y trigo, y, luego, la posterior discriminación.

Pero volvamos a Bernanos. Su Donisán, ejemplar sacerdote, se quema en ardores de Cruz, mas Satán se cuela en la más acendrada santidad. La alegría, el gozo, es para Donisán, la cara de Satán. Hay que eliminarlo, buscando la total ausencia sensible de Dios, en la desolación y en la oscuridad. Entonces, en esas tinieblas de oscuridad y de dolor, para purificarse incluso de la natural satisfacción de sentirse hijo de Dios, para librarse de ese último vestigio de egoísmo por la propia salvación, ora y gime ofrendando su propia condenación, si a Dios pluguiera, por la redención de los demás: «Señor, todo gozo es malo, viene de Satán. Vuélveme a la nada. Haz de mí la materia inerte de tu obra. No quiero la gloria; no quiero el gozo ni aun la esperanza. ¿Qué te puedo dar? ¿Qué me queda? Sólo esta esperanza. Quitamela. Si pudiera, sin odiarte, yo abandonaría mi salvación, me condenaría por estas almas que Tú me has confiado a mí, miserable.» Y cuando Dios la escoge para obrar por su medio el sublime milagro de resucitar a un muerto, exclama: «Yo no he solicitado estas gracias extraordinarias; no las he pedido, no las he solicitado. Que se me deje vivir y morir en la piel de un pobre hombre que no sepa ni la A ni la B. Soñaba; yo estaba loco.»

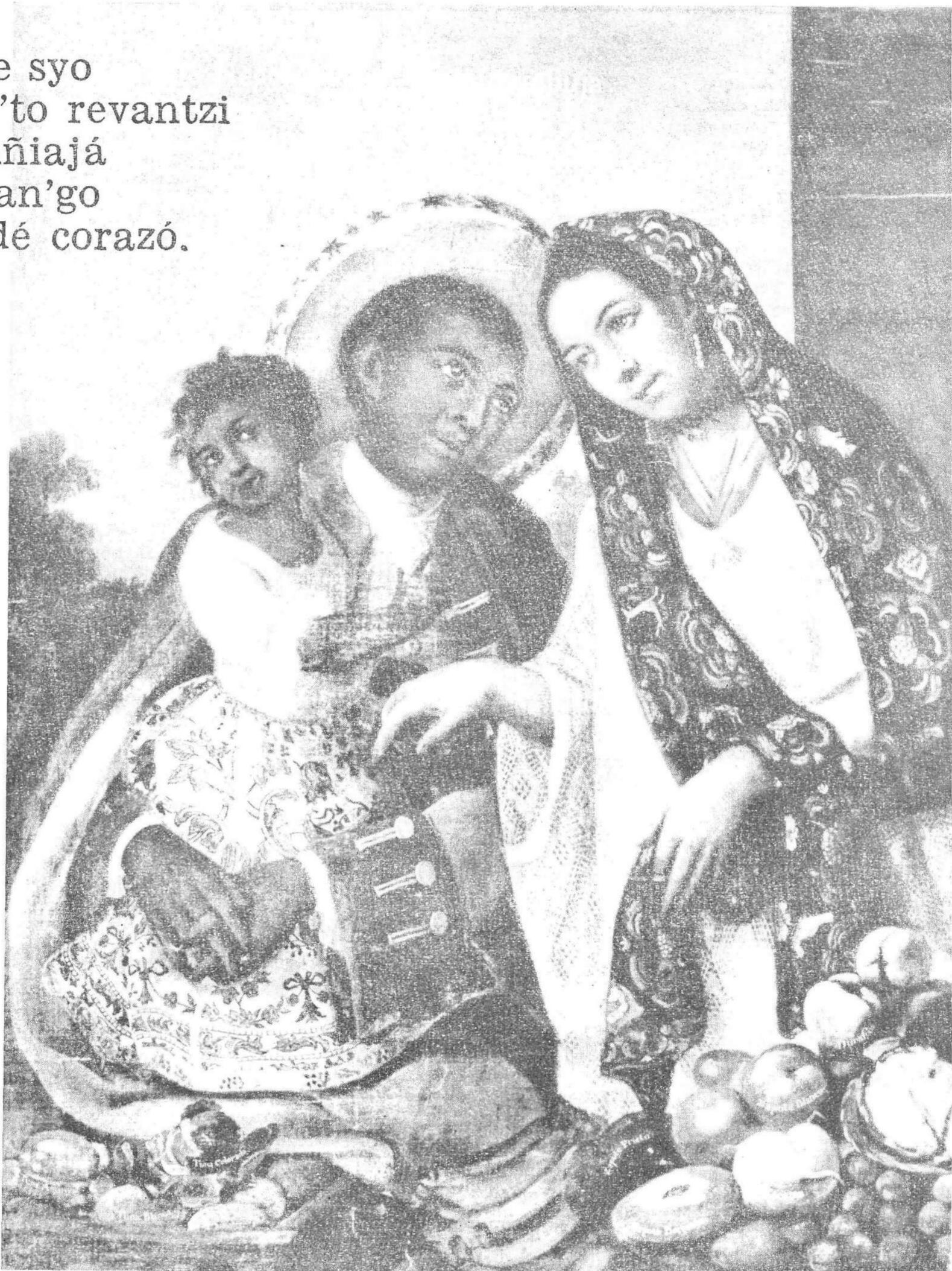
Dos oraciones sublimes, una en la oscuridad no buscada y aceptada, otra en las anheladas tinieblas de anonadamiento. Ambas, bañadas de humildad, esa reina que da jaque al rey en el juego del amor divino. Ambas, hijas del «Nadismo» hispano.

Tras estos estados de desesperación, bañados los tres en oración, ofrendados a Dios en una bandeja de humildad y caridad, no nos queda más que afirmar que es humano y natural desesperar y que es cristiano salvar la desesperación a través de la oración. No dar salida a esos estados de tinieblas, sea el suicida, el pecaminoso o el místico, es quedarse anclado en uno mismo y no salvar la distancia que separa a la Nada del Creador, lo finito de lo infinito. Dios, en sus designios, puso a nuestra altura un Hombre que a la vez fue Dios. Cristo es el puente por donde se pasa de la desesperación a la orilla de la dulce espera. La brisa que empuja el paso es la oración. Pero no todos los hombres están en posesión de la verdad revelada, ya que muchos la desconocen y otros la menosprecian. Mas el aguijón de la insuficiencia humana, de la angustia de encontrarse algún día sin suelo que la sostenga, empuja a muchos a la desesperación y a gritar, in extremis, por un Redentor que esté más allá de sus limitaciones: de su finitud y su nada.

# Cantan las Lenguas a Coro y en Corros

Sor Juana Inés de la Cruz recogía, en 1676, varios villancicos en lenguas precolombinas. La parte literal de la primera de las dos traducciones que ofrecemos en la página siguiente, se debe al doctor Angel Garibay K. y aparece en las «Obras completas» de sor Juana, publicadas por el Fondo de Cultura Económica. Hemos retocado el estilo en nuestro idioma. En cuanto a los versos Yaga Tzeje Syo, que damos sin traducir en esta página, recogidos el 6 de enero de 1950 en Linares, Nuevo León, México, por el señor Agustín Tijerina. Los cantaba su madre.

Yaga tzeje syo  
yanta ran'to revantzi  
huani dehñiajá  
gama haran'go  
porque vidé corazó.



«De Negroyndia, China cambuja». Es el letrero puesto por el pintor en lo alto del grabado. El lienzo forma parte de una serie de cuadros que representan las diferentes estirpes del mestizaje; son piezas mexicanas del siglo XVIII. Con diminutos caracteres se nombran los frutos representados: Las tunas amariya, blanca y colorada —en la península, los higos chumbos americano, español y moscatel, respectivamente—; los plátanos zapalotes; los zapotes prieto, borracho y blanco, variedades del melocotón y paraguayaya, así como los durasnos y las ciruelas. Composición en tres niveles de enorme delicadeza cada uno. Arriba, el juego de los rostros; en medio, la armonía de las manos; abajo, el caudal de los frutos.

TLA YA TIMOHUICA...

Tla ya timohuica,  
totlazo Zuapilli,  
maca ammo, Tonantzin,  
titechomoilcahuiliz.

Ma nel in Ilhuicac  
huel timomaquítiz,  
¿amo nozo quenman  
timotlalnamicítiz?

In moayolque mochtin  
huel motolinizque;  
tlaca amo, tehuatzin  
tiemomatlaniliz.

Ca miztlacamati  
motlazo Piltzintli,  
mac tel, in tepampa  
xicmotlatlauhtili.

DE NEPA TEPATZIN

De nepa tepatzin  
de nepe Tepeyac  
inin Tonantzi  
ahaya tepanti  
ce macehualci  
inin Juan Diego  
inin Tonantzi  
ahaya tepanti.

AUNQUE TE VAS...

*Aunque te vas,  
querida nuestra señora,  
no te olvides, Madre,  
de nosotros.*

*Aunque en el cielo  
gozarás tanto,  
¿nunca, ninguna vez,  
tendrás recuerdos?*

*Todos tus devotos  
podrán ser subidos  
como con cuerda.  
Pero si no, tú  
los alzarás a mano.*

*Pues te debe gracias  
tu hijo querido,  
anda, pídele  
por la pobre gente.*

EN EL CERRITO

*Allá en el cerrito,  
cerro Tepeyac,  
esta Virgen  
a un indito  
llamado Juan Diego  
se le apareció.  
Esta Virgen  
se le apareció.*

Vamos a Belén, amigos;  
vamos que a noite está crara;  
Mingos leva as castañas,  
o seu pandeiro Pascuala.

Cantemos ó Rei dos Ceos  
novas e ledas tonadas,  
ao son da gaita galega  
con muiñeiras e alboradas.

¡Ai, qué Neno tan bonito!  
¡Qué cariña tan galana!  
Nunca Neno tan fermoso  
viron as nosas montanas.

A Nài que paréu tal Fillo  
por sempre seña gabada;  
¡Que cousiña tan garrida!  
¡Ave María de Gracia!

¡Miña xoia!... Deitadiño  
nun pesebre sobre pallas  
está, pobriño e desnudo.  
Un boi ¡meu amor! o abaga.

Mais il chora... ¡miña prenda!  
cala queridiño cala;  
as tuas lagrimas parecen  
as perlas que verte a alba.

En d'eralle pro cubrirse  
a pel da cordeira branca:  
¡quén veste o campo de froles  
desnudo sobre as escarchas!

¡Ai, Dios!... O Neniño chora  
e o coro de ánxeles canta...  
Non entendo istes misterios  
nin podó falar palabra.



Después de los poemas náhuatl, se agrupan cantares navideños no necesitados de traducción porque el lector culto de España puede entenderlos sin dificultad. Aunque le cueste algún trabajo, no parece abusivo a la prueba de atención y al grato ejercicio de percibir las bellezas de lenguas hermanas de la castellana, como son el catalán y el gallego; de lenguas primas hermanas, como el italiano y el francés; y de lenguas primas como el inglés. Caso bellezas de lenguas hermanas de la castellana, como son el catalán y el gallego; de lenguas acompañado de su traducción al español común o general y, por añadidura, de su música. Sean dadas las gracias a don Ramón Otero Pedrayo, que nos ha elegido el villancico galaico, entre otros; según él, aunque escrito a principios del XIX, puede considerarse como popular. A Enrique Badosa, elector del poema catalán, entre los muchos y antiguos y clásicos o medievales de esta lengua. A San Alfonso María de Ligorio (ustedes perdonen), autor del canto pastoril italiano. A Bernadette de Moro y a Deborah Lee Welsh, que resucitan los textos populares galo y angloamericano.

LA MARE DE DEU

La Mare de Déu,  
qua n era xiqueta,  
anava a costura  
a aprendre de lletra.

Dins un cistellet  
du quatre pometes,  
un bocí de pa,  
també avellanetes.

En un llibret d'or  
aprenia lletra;  
els àngels cantaven:  
«Garindó, dindeta».

Filava finet  
i teixia veta,  
cosia vestits  
per 'nà endreçadeta.

En un coixinet  
hi feia puntetes;  
el coixí era d'or,  
les puntetes de seda.

Feia oració  
agenolladeta  
estant retirada  
dins una cambreta.

L'àngel hi va entrar  
per la finestra:  
—Déu vos guard, Maria,  
de gràcia sou plena.

La nit de Nadal  
sereu Mare i Verge,  
que tindreu un noi  
bonic com l'estrella.

Per nom se dirà,  
per nom s'anomena,  
se dirà Jesús,  
rei de cel i terra.

## ORRA MARI DOMINGI

Orra Mari Domingi, begira orri  
gurekin nai duela Belena etorri.  
Gurekin nai badezu Belena etorri  
atera bearko dezu gona zar ori.  
Atoz, atoz, zure billa nebillen ni,  
atoz, guazen, ba, gurtu dezabun  
Belenen jayo dan Aurtxo eder ori.

VASCO

## VED A MARIA DOMINGA

*Ved a María Dominga, miradla,  
quiere venir a Belén con nosotras.  
Para venir a Belén con nosotras  
hay que quitarse esa saya vieja.  
Venid, venid, os andaba buscando,  
venid, vayamos pues, adoremos  
al guapo Niño nacido en Belén.*

FRANCES

## MARCHE DES ROIS

De bon matin  
J'ai recontré le train  
De trois grands Rois  
Qui allaient en voyage

De grand matin  
J'ai rencontré le train  
De trois grands Rois  
Dessus le grand chemin

Venaient d'abord  
Les gardes du corps  
Des gens armés  
Avec tout leur équipage  
etc...

Voici la Noël  
Le temps des Veillées  
Où les fiancés  
Vont à l'assemblée

Va mon ami, va  
La lune se lève  
Va mon ami, va  
La lune s'en va.  
etc...

INGLES

## WE TREE KINGS

We three kings of orient are  
Bearing gifts we travis afar  
Field and fountain  
Moor and mountain  
Following yonder star  
Ooh, ooh.

Star of wonder  
Star of light  
Star with royal beauty bright  
Westward leading, still proceeding  
Guide us to thy perfect light.

Born a king of Bethlehem's name  
Gold we bring to crown him again  
King forever  
Ceasing never  
Guide us to  
Thy perfect light  
Ooh, ooh.

ITALIANO

## TU SCENDI DALLE STELLE

Tu scendi dalle stelle,  
o re del cielo,  
e vieni in una grotta  
al freddo e al gelo.

O Bambino mio divino,  
io ti vedo qui tremar  
o Dio beato;  
ma quanto ti costò  
l'avermi amato.

A te che sei del mondo  
il Creatore,  
mancano panni e foco,  
mio Signore.

O diletto pargoletto,  
quant'è questa povertà  
che m'innamora,  
perché ti fece amor  
più povero ancora.



Agrupada esta doble plana canciones de Navidad en doce lenguas que, evidentemente, necesitan traducción, incluso para el lector culto de nuestra cultura. Todas son poesía popular, de diversas épocas, según se desprende de su estilo y contenido. Desde el chino, con una evidente precisión teológica católica, hasta el bielorruso, que lleva esa alusión, evidentemente moderna, al mal del ateísmo. El texto ruso corresponde a una parte variable de las misas de Navidad. Las versiones literales recibidas no son obra de literatos expertos, con tres excepciones: las de nuestros amigos Sofía Noël, Oldrich Belic y Pedro Martínez Montávez. La primera es traductora del anónimo flamenco del siglo XV Susa ninna susa nie, de cuyo original en su idioma no hemos podido disponer a tiempo. El profesor Oldrich Belic tuvo la gentileza de memorizar para LA ESTAFETA el villancico checo y de traducirlo al castellano. Y, en fin, Pedro Martínez Montávez, sobre proporcionarnos el zéjel original de Humazli Karnuk y traducirnoslo, se ha preocupado también de caligrafiar los caracteres.

## GLOS SIE ROZNOSI

Wśród nocnej ciszy  
Głos się roznosi:  
Wstańcie pasterze!  
Bóg się wam rodził.  
Czym prędzej się wybierajcie,  
Do Betlejem pospieszajcie,  
Przywitać Pana.

## CANTEC DE STEA

Steaua răsărită  
Strălucește,  
Naștere mărită  
Ne vestește:  
Că s'a născut Domnul  
Cel puternic  
Pe pământ, ca omul  
Cel nemernic,  
Din Fecioară sfântă  
Prea curată:  
Astăzi lumea cântă  
Bucurată.  
Magii cum zăriră  
Steaua mare,  
Se călătoriră,  
După zare.  
De la stea'nvățară  
De sosiră  
In Vitleem țară  
Si găsiră  
Pe Christos Mesia  
De'l văzură  
Si de bucurie  
Se umplură;  
Ca la'mpărat mare  
'ngenunchiară,  
Si cu scumpă dare  
Se'nchinară  
Si c'o glăsuire  
Il slăviră:  
Toți într'o unire  
Il măriră.

RUMANO

## CANTO DE LA ESTRELLA

La estrella aparecida  
resplandece.  
El Nacimiento grande  
nos anuncia  
que ha nacido el Señor.  
El poderoso,  
en tierra: como un hombre  
miserable.  
De la Virgen santa  
sin mancha.  
Hoy canta alegre  
el mundo.  
Los Magos, cuando vieron  
la estrella grande,  
echaron a andar  
tras el resplandor.  
Por la estrella sabían  
y así llegaron  
al país de Belén.  
Encontraron  
a Cristo, el Mesías.  
Nada más verlo  
se llenan de alegría.  
Como a un gran rey  
le saludan  
y regios presentes  
le ofrendan.  
De común acuerdo  
lo adoraron.  
Todos a una  
lo glorificaron.

## SUENA UNA VOZ

Noche callada,  
suena una voz:  
¡Arriba pastores  
ha nacido Dios!  
No entretenerse,  
corriendo a Belén  
saludar al Señor.

POLACO

Narodil se Kristus Pám,  
veselme se,  
z růže kvítek vjket nám,  
radujme se.  
Z života čistého,  
zrodu královského,  
nám, nám narodil se.

CHECO

Acaba de nacer nuestro Señor Jesucristo,  
alegrémonos,  
para nosotros nació una flor de una rosa,  
alegrémonos.  
De vientre puro,  
de cuna real,  
para nosotros, para nosotros nació.

## Бог Предвічний народився

Бог Предвічний народився!  
Прийшов днесь із небес,  
Щоб спасти люд свій весь  
І утішився.

Слава Богу, заспіваймо!  
Честь Сину Божому  
І Пану нашому,  
Поклін віддаймо.

UCRANIANO

## LE JOTT HOZÁTOK

Mennyből az angyal  
Le jott hozátok,  
Pasztorok, lásátok,  
Mert Betlehembe  
Sietve menve, Mária, Mária.

HUNGARO

## DEL CIELO HA BAJADO UN ANGEL

Hasta vosotros, pastores,  
baja del cielo un ángel;  
corred a verlo.  
Hacia Belén  
corre que corre María, María.

## ŠIAM KARALIUI

Gul šiandieną jau ant šieno  
Atpirkėjas žmonijos.  
Šiam Karaliui, visagaliui  
Nėra vietos tinkamos.  
Piemenėliai, paskubėkit,  
Dovanas jam savo dėkit,  
Kaip pasaulio Viešpačiui.  
Gul šiandieną jau ant šieno...

LITUANO

## REY TODOPODEROSO

Recuéstate en la paja  
Redentor de la humanidad.  
Ningún lugar hay digno  
para el Rey Todopoderoso.  
Pastorcillos, pronto,  
al dueño del mundo  
id a regalar.  
Recuéstate en la paja...

## DIOS ETERNO HA NACIDO

¡Dios Eterno ha nacido!  
Hoy vino de los cielos,  
para salvar a todo su pueblo  
se regocijó.

¡Gloria a Dios, cantemos!  
¡Al Hijo de Dios, gloria!  
Demos nuestro respeto  
al Señor de los Cielos.

# Рождество Твое

RUSO

# TU NAVIDAD

Рождество Твое, Христос Бог наш,  
Озарило мир светом богопознания:  
Ибо тогда звездам, как Богу, служившие  
Звездой научены были поклоняться Тебе,  
Солнцу правды, и знать Тебя, Восток с высоты,  
Господи, слава Тебе.

Tu Natividad, Cristo, Dios nuestro,  
iluminó el mundo con la luz del conocimiento  
[divino,  
ya que entonces a las estrellas, como a Dios,  
servían, y por las estrellas habían sido enseñados  
a servirte a Ti, Sol de la Verdad, y a conocerte,  
Oriente desde arriba, Dios, gloria a Ti.

## PAŠKADUJ, DZICIATKA BOŽA

Paškaduj, Dziciatka Boža  
Našuju ziamielku mižu!  
Adviarni ad nas biazbožža,  
Daj lubovi, viery sižu!  
Daj nadzieju vytryvalu  
Z sviatymi ũsimi darami!  
O Słova, što Cielam stała,  
Žyvi wiečna pamiž nami!

皇光 維榮 永共 聖三 永聖  
王揚 世稱 美同 嬰天 聖普  
羊且 君敬 列之 世色 時以  
方唱 下際 降空 月民 報天  
光羊 界果 空現 同降 報天  
揚羊 界果 空現 同降 報天

## BIELORUSO

### APIADATE, NIÑO DIOS

Apiádate, Niño Dios  
de nuestra querida tierra.  
Aparta de nosotros el ateísmo,  
danos tu amor y la fuerza de la fe.  
Danos tu fe firme, duradera,  
con todos los dones santos.  
¡Oh, Verbo, que se hizo Carne,  
vive siempre entre nosotros!

Nevando, noche de frío crudo,  
los pastores guardan el rebaño;  
brilla la luz en el campo oscuro,  
cantan los ángeles en el cielo,  
anunciando la venida del Señor.

Todos los pueblos lo adoran,  
Rey de Israel, Cordero Redentor.  
Todo el mundo alaba al Rey Niño Divino.  
Bendita sea la Santísima Trinidad,  
bendito sea el Rey Eterno.

CHINO

## днес се роди Боже Чедо

Ой- Коледо, Коледо-  
днес се роди Боже Чедо-  
Стани - Нине, господине,  
стани посрещни не  
дошли сме ти скъпи гости,  
скъпи гости - Коледари.  
Ой- Коледо, Коледо-  
днес се роди Боже Чедо.

### HOY HA NACIDO EL HIJO DE DIOS

Villancico, villancico...  
Hoy ha nacido el Hijo de Dios.  
¡Levántate, dueño y señor!  
¡Levántate a recibirnos!  
Desde lejos hemos venido,  
somos cantores de villancicos.  
Villancico, villancico...  
Hoy ha nacido el Hijo de Dios.

BULGARO

## FLAMENCO

Nos alcanzó la estrella vespertina  
trayéndonos luz, esperanza.  
Bien hizo.  
Susa ninna susa nie.  
El amor de Dios se adueñó de María.

Al pequeño en su brazo puso.  
¡Con qué ardor lo admirara!  
Bien hizo.  
Susa ninna susa nie.  
El amor de Dios se adueñó de María.

De par en par la casa abrióse,  
casa donde el dulce niño naciera.  
Bien hizo.  
Susa ninna susa nie.  
El amor de Dios se adueñó de María.

El agua del baño la madre vertió  
para su querubín lavar.  
Bien hizo.  
Susa ninna susa nie.  
El amor de Dios se adueñó de María.

Al pequeño puso en tu regazo,  
besóle en la boca redonda.  
Bien hizo.  
Susa ninna susa nie.  
El amor de Dios se adueñó de María.

Con sus manos el niño palmoteaba  
y el agua de la palangana saltaba.  
Bien hizo.  
Susa ninna susa nie.  
El amor de Dios se adueñó de María.

Al pequeño en sus rodillas puso:  
«Grande honor por todos te sea hecho.»  
Bien hizo.  
Susa ninna susa nie.  
El amor de Dios se adueñó de María.

Radiantes el buey y el asno  
al Niño Dios también miraban.  
Bien hicieron.  
Susa ninna susa nie.  
El amor de Dios se adueñó de María.

## ARABE

في مدود بيت لحم  
جاؤوا ملوك العجم  
انعتق نسل آدم  
تأصت فيه العقول

ولدت الابن الوحيد  
من مكان بعيد  
في ميلاد السعيد  
حار فيه كل حكيم

## ZEJEL

Pariste a tu hijo único  
en tierras de Belén,  
y los Magos vinieron  
de lugares remotos.  
Su feliz nacimiento  
ha salvado a los hombres.  
Asombró a los juiciosos,  
y trastornó las mentes.

## IN DULCI IUBILO

ALEMAN

## CON JUBILO DULCISIMO

In dulci iubilo  
nu singet und seit fro!  
Unsers herczen wunne  
let in presepio,  
Leuchtet fur dy sunnen  
matris in gremio.  
Alpha es et o,  
Alpha es et o.

O Jhesu parvule  
nach dir ist mir so we.  
Trost mir mein gemute,  
o puer optime,  
durch alle junckfraw gute,  
o princeps gloriae.

Trahe me post te,  
trahe me post te!

Ubi sunt gaudia?  
nyndert mer den da,  
Da dy engel singen  
nova cantica,  
Da dy schellen klingen  
in regis curia.  
Eya, wer wir da,  
eya, wer wir da!

Mater er filia  
ist jungfraw Maria.  
Wir weren all verloren  
per nostra crimina,  
So hat sy uns erworben  
celorum gaudia.  
Quanta premia,  
quanta premia!

*¡Con júbilo dulcísimo,  
cantad, felices sed!  
Del corazón la dicha  
nos lleva hacia Belén.  
De la Madre en el seno  
como sol brilla El.  
Es Alfa y es Omega,  
Alfa y Omega es.*

*Oh, Jesusito niño  
a quien tanto querré.  
Consuela Tú mi alma,  
Niño y Supremo Bien.  
Nacido de una Virgen,  
Señor de gloria es.  
Condúceme contigo,  
contigo llévame.*

*¿Dónde fué la alegría?  
Allí tan sólo fué.  
Allí cantan los ángeles  
canciones que aun no sé.  
Allí suenan esquílas  
en la casa del rey.  
¡Ay, cuándo estaré allí!  
¡Ay, cuándo allí estaré!*

*Es la Virgen María  
Madre e Hija a la vez.  
Perdidos nos habrían  
nuestras faltas también.  
Ella nos ha ganado  
el cielo ha ganado  
el cielo y su placer.  
¡Ay, qué premios nos da!  
¡Ay, qué premios nos dé!*

Dan aquí fin los villancicos. Aunque pueda ser pascual y navideño el artículo de la plana de enfrente, donde se habla de don Miguel de Unamuno (muerto el último día del año, el día de mañana de la fecha del presente número) y de su fe. Don Miguel de Unamuno, sacado del Índice de los Herejes, es otro pastorcillo delante del Portal; con su atuendo extemporáneo de pastor protestante, con su «clergyman» de anticipación al Concilio; con su barba florida, don Miguel; Miguelillo es otro más, hoy día y hoy siempre, entre los que cantamos confundidos.

El villancico de esta página es de un autor anónimo alemán del siglo XIV. Antonio Iglesias Laguna, anterior redactor-jefe de LA ESTAFETA, lo ha buscado y encontrado en el código núm. 1305 de la Biblioteca de la Universidad de Leipzig. Es para cantar con música alegre, y Antonio Iglesias nos lo ha traducido, conservando el ritmo fonético del original y entendiendo, como él sabe hacerlo, el espíritu de una canción medieval donde juegan palabras latinas populares entonces y palabras germanas arcaicas.

Para falda de la página, una prosa de Luys Santa Marina, tan amador de las palabras de la lengua castellana que sustituimos las suyas a cualquier villancico castellano, que muchísimos hay para escoger y muchos nacen cada año; incluso hogaño.

## VIENEN LAS PALABRAS

LUYS SANTA MARINA

CUANDO estos frágiles, cortos días del año, dan en ser claros de luz y de cielo y el sol se remansa con amore en las paredes de las casas, en los árboles, en el agua de las copas y mares de las fuentes, «fuentes sonoramente suaves», surgen unas horas deliciosas, huidizas, que parecen resbalar por las manos de la vida, cual exigua hacenduela allegada en las estaciones precedentes, pródigas en claridades y larguezas.

Son la más exacta e impar imagen de la vida breve, fluida, bellísima, que se va, que se desliza como llevada por la flor del viento. Se piensa sin amargura en que se acerca el fin, porque no puede echarse el ancla en la mar de la vida, según el decir mariner. Y surge el *carpe diem* horaciano, aún más veraz, más intenso, en estos días de oros discretos, tenues y claros perfiles. Sueños tangibles en realidad, separados por bellezas y bellezas, mudas como una boca sonriente.

La hermosura, el encanto de estos días primorosos, vuela y trasvuela... ¡Si se pudieran detener! Pero huyen sin remedio—ya lo dijo Ovidio en su *Ars amandi*—. Y aconseja: “coged las flores, que a no ser cogidas, tristemente se caeran...”. ¡Y tantos días se van como se vienen!, lamenta nuestro antiguo adagio.

Y por una extraña asociación de ideas o de bellezas, por aquello de que lo semejante acerca y lo dispar repele, sucede a veces que, cual coro de Oceánidas consoladoras del hombre—Prometeo encadenado a lo efímero—, aparecen de pronto las palabras, las hermosas palabras que cada cual prefiere y que no huyen ni se marchitan, por ser incorpóreas.

Vienen a veces en bandadas y con sonoro vuelo, silenciosas otras y una a una, en largas y serenas teorías. A veces se agrupan por ideas, por conceptos, otras porque sí, en alegres y bulliciosos corros, otras por su música, por su misterioso origen, por mil causas. Alguien dijo que un diccionario era un libro de magia, evocador con sus palabras-conjuros de formas, de pasiones, de seres, del cosmos...

Cierto, pero en este afluir de los volanderos días auriazules no hay criterio semántico ni aun ideas afines, sólo mero capricho o personal preferencia o casualidad quizá. Por eso, porque son queridas por nosotros, además de hermosas y amables en sí, vienen cuando quieren y siempre son bien recibidas, se entran por las puertas de nuestro armario como los huidizos soles por nuestros ojos en estos prodigiosos días del año y nos traen frescas brazadas de alegría.

# UNAMUNO con el Hilillo de una Fe Escondida

ANTONIO CASTRO CASTRO

*Un ángel, mensajero de la vida,  
escoltó mi carrera torturada,  
y desde el seno mismo de mi nada  
me hiló el hilillo de una fe escondida.  
Volvióse a su morada recogida,  
y aquí al dejarme en mi niñez pasada,  
para dormirme canta la tonada  
que de mi cuna viene suspendida.*

CANCIONERO, n. 1742. 29-IX-1936

EL Unamuno paradójico en nada ha sido tan diversamente interpretado como en el problema de su fe. Si él gozaba con levantar polémicas en torno a su persona, si él quería que el lector reaccionara oponiéndosele, donde lo ha conseguido, quizá en demasía, es en la interpretación de su pensamiento religioso. Se le han opuesto sus lectores desde lecturas inesperadas. Muchas veces ha quedado solo, marginal, mientras a su alrededor peleaban entre sí intérpretes contrarios. Unamuno ha llegado a ser una mera ocasión, un mero cruce de posturas dialécticas.

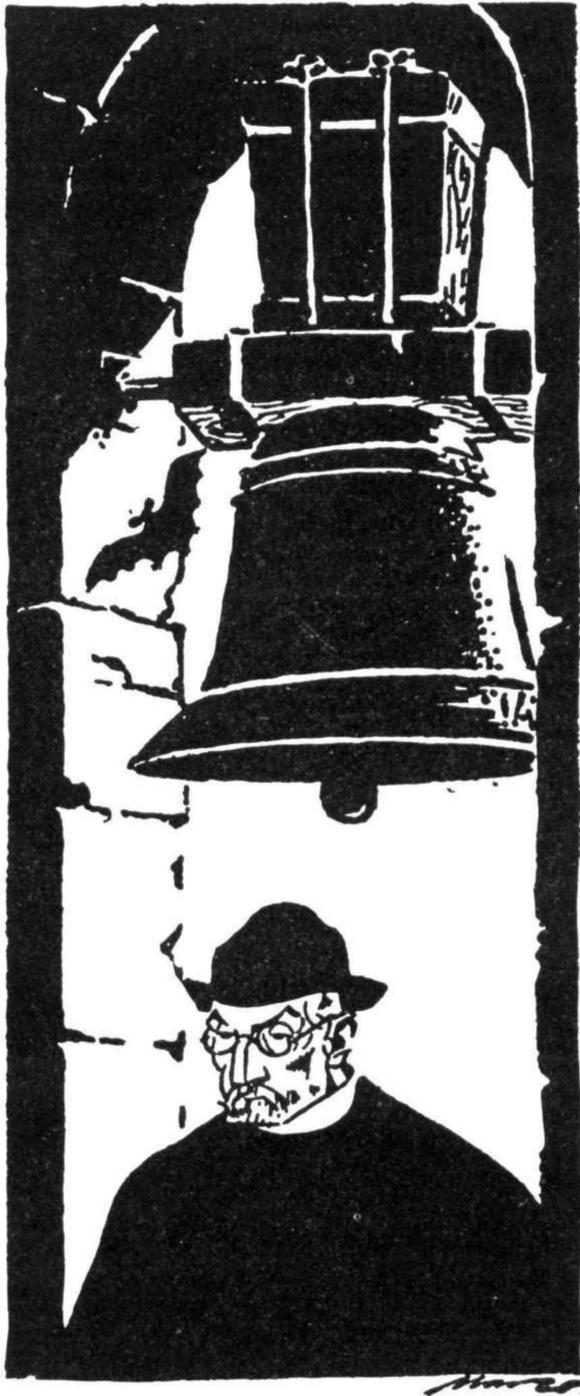
Podemos ver toda una escala jerarquizada de interpretaciones. Sánchez Barbudo afirma el ateísmo y la farsa de Unamuno, y, con un poco menos de seguridad en la afirmación, González Caminero sostiene lo mismo. José M. Cirarda, profesor de teología dogmática, ve a don Miguel como el modernista-tipo condenado en la encíclica *Pascendi*. El P. Oromí tiene páginas en que habla del protestantismo de Unamuno y otras en que cree encontrarse frente a un modernista. Carla Calvetti niega el protestantismo del escritor vasco puesto que lo encuentra sin contenido dogmático alguno. Aranguren, con insistencia en varios artículos, ha escrito acerca del «talante protestante» del rector salmantino. El P. Quintín Pérez hizo un sumario de las herejías reales, aparentes e inventadas por él, al cotejar frases sueltas de Unamuno con definiciones dogmáticas de la Iglesia.

Junto a esta escala de interpretaciones negativas, hay otra escala de afirmaciones. Para muchos, Unamuno es un místico, un católico ferviente, conocedor de la mejor teología escolástica. No merecen citarse ya estas opiniones. Pero recientemente Armando F. Zubizarreta, al descubrir el diario de la crisis de 1897, ha hecho estudios de la antesala de esa crisis en los años anteriores, y ha escrito numerosas veces en su libro *Unamuno en su nivola* las palabras «querer creer» y las frases de «inserción en el cristianismo». En todo su minucioso estudio, abundante en datos nuevos, hay un fallo teológico que invalida las conclusiones, puesto que supone que Unamuno hizo todo lo que estaba en su mano por creer, por querer creer, pero no llegó a creer realmente por el «silencio de Dios». Una inserción en el cristianismo que queda meramente en un «querer creer» no es inserción, sino mero acercamiento.

## PROCESO PARA UNA NUEVA UNIÓN

Junto a estos y otros autores, que han querido llegar a conclusiones claras acerca de la fe unamuniana, queda todo un mundo de atisbos, de toques exactos, de penetración en el alma tenebrosa y resplandeciente—con resplandor de tinieblas, como dice Unamuno muchas veces—del autor español entre sus numerosos críticos.

Creo que, por hoy, no podemos llegar a la síntesis. Nos han dado resultados discutibles y opuestos. Debemos seguir haciendo análisis y visiones parciales. Ya está en esta línea el libro de Pelayo Hipólito Fernández acerca de la influencia de William James, y, sobre todo, el libro sereno y profundo de Jesús Antonio Collado sobre *Kierkegaard y Unamuno*. Con un estudio comparativo entre Unamuno y autores como Pascal, Hegel, Nietzsche, San Agustín, San Pablo, etc., se podrá



ir penetrando en el pensamiento religioso, o, mejor dicho, en la fe de Unamuno. Pero eso está sin hacer.

Julián Marias escribió, hace más de veinte años, acerca de la «innecesaria heterodoxia» de don Miguel. Quería disculparle. Pero son muchos los críticos que en la heterodoxia han visto una coherencia total con el pensamiento general de Unamuno. Su heterodoxia es necesaria dados los supuestos filosóficos en que se apoya.

Mi opinión personal es que la heterodoxia de Unamuno es clara, y que forma parte de su estructura cismática constante. Pero creo que su cisma, su separación, no suele ser más que un proceso para una nueva unión. Unamuno revisa todo lo que ha heredado. Al revisarlo, lo niega, rompiéndolo. Una vez roto, lo añora. Lo intenta unir. Y en su intentada unión aparece siempre la ranura de la vasija pegada.

Para los hombres-piedra, para los hombres-bloque, Unamuno está roto. Para los hombres-astilla, Unamuno está compacto. El hombre que no ha pasado por la duda, el hombre que no ha llegado al ateísmo, ignora lo que cuesta restañar esta negación. El hombre que nunca fue cismático no comprende las dificultades de una nueva unión.

Estamos en época ecumenista. En teoría nos parece fácil la unión con el hombre cismático, con el ortodoxo griego, que apenas tiene verdades nuevas que admitir. Pero la historia del cisma, la historia de los sufrimientos separadores, de las polémicas, de los fallos humanos de ambas partes contrincantes, no son fáciles de restañar. Lo estamos

palpando ahora los católicos y los ortodoxos. Queremos llegar a la unión, pero nos amenaza siempre la brecha.

## DESDE EL SENO MISMO DE MI NADA

Unamuno nació en un hogar católico, creyente, practicante. Salió de su hogar, de su geografía, de sus costumbres. Y, fuera de Bilbao, lejos de la cuna, rompió su fe de carbonero e intentó vivir en la negación, en el ateísmo. Llegó al ateísmo. Pero al volver a su cuna, al ver de nuevo las montañas verdes de su niñez, al recordar la inocencia pacificadora de sus años primeros, y al convivir en un hogar con rezos, y visitar a una mujer amada y creyente y al recibir golpes de dolor en sus propios hijos, Unamuno intentó recoger los añicos de su fe y unirlos. Es la historia de su antesala y de su intento de nuevo cristianismo, en el año 1897.

En ese año intentó creer, «quiso creer».

Desde entonces la fe de Unamuno está cercana a su infancia, a su mujer—madre de sus hijos—, pero sufre los ataques de su juventud atea. Unamuno lucha con la razón, racionaliza la fe. Lucha contra la razón que le destruyó su fe. Y en esa lucha anti-racionalista sigue siendo racionalista, aunque intentando creer por otros medios, por el sentimiento.

## UN ÁNGEL, MENSAJERO DE LA VIDA

Este fue su ángel, su Concha, su costumbre, su ancla. La mujer-madre de sus hijos, su espejo de fe, hizo de ángel mensajero en su vida. Unamuno es un obseso de la muerte. Pero ante los ojos de Concha se enraiza en la vida. El está cercano a Satán, pero cuando siente el rezo de sus hijos, o de su madre, o de su esposa, renace el creyente, el Unamuno contemplativo, el de *Paz en la guerra*.

Este ángel, «escoltó mi carrera torturada». Unamuno vivió la vida corriendo hacia la muerte, huyendo de la muerte, torturado por la muerte. Y vivió su vida, en lucha. Tortura ante su misma nada, ante el algo que puede morir definitivamente, y tortura ante la tontería humana que le irrita como a Flaubert, y tortura entre la envidia hispánica que le zarandea después de todas sus conquistas, y tortura por la miopía de unos hombres que se dicen políticos y solamente son electoreros. La tortura de Unamuno es el diario vivir entre gentes de sentido común que no comprenden más que la vulgaridad, que se sienten incómodos ante una paradoja profunda. Luchador que fulmina paradojas, que se llama erizo, jabalí, perro, hombre cinico, pero que en su tortura acude al lago de los ojos de Concha, su intrahistoria.

## ME HILO EL HILILLO DE UNA FE ESCONDIDA

Si Unamuno hubiera terminado su carrera universitaria de Madrid con un ateísmo definitivo, su obra sería muy otra. Quizá más grande, o quizá ni siquiera sería digna de estudio. Ciertamente sería otro hombre.

Pero Unamuno muestra constantemente el hilillo de su fe escondida. Los que han afirmado en páginas insistentes su fe, tienen que acudir a la «farsa» o a la «máscara» para intentar quedar tranquilos con sus negaciones. El P. Quintín Pérez mismo, tan acérrimo escrutador de herejías, necesita de una nota larga para hablar del «otro Unamuno», del que a escondidas creía.

Y es que no se explica que un joven que termina en negación, escriba los libros que ha escrito Una-

muno siendo un ateo. No. Hay fe en *Paz en la guerra*, y hay fe escondida en *Nicomedeo el fariseo*, del año 1899.

Tal vez Unamuno seo eso. Un hombre que busca a Jesús de noche, a escondidas. No un mero hombre, sino un fariseo, un fanático que busca en la noche a Jesús.

Fe escondida aparece en las diatribas de su *Vida de don Quijote y Sancho* contra los curas y los jesuitas. Fe escondida en los ensayos más irracionalistas e ideóforos de los años primeros de este siglo. Fe escondida hay que ver, sobre todo, en las poesías que publica el año 1907. Fe en los libros heréticos de mayor pensamiento, y en las novelas y en el *Cancionero*, y en las obras de teatro, y fe en la creación de *San Manuel Bueno*, que «creía no creer».

Pero fe «escondida», «sudada fe» de *El Cristo de Velázquez*. Fe con dudas, fe agónica y desesperanzada esperanza, como ha demostrado Lain Entralgo, en toda su obra.

### AL DEJARME EN MI NIÑEZ PASADA

Para Unamuno dubitante, teorizante de la fe vitalizada por la duda, ensayista de un cristianismo agónico, su mujer representa la seguridad, el «ancla», la «costumbre». Pero cuando muere ella, cuando ella «volvió a su morada recojida» (así escribe esta palabra él) Unamuno reencuentra la niñez pasada.

Unamuno apenas tuvo juventud. Lo confiesa él. Su vida es niñez y recuerdo de niñez. Este recuerdo es largo. Antes de los treinta años ya escribe sus *Recuerdos de niñez*. En toda su vida están presentes sus años primeros. Pero es en la vejez cuando el recuerdo de la infancia llega a ser obsesivo. Su vejez es un recuerdo de esperanzas. Unamuno se dedica a saltar. Recuerdos de esperanzas es un salto para recordar el porvenir. Unamuno salta de su vejez real a la lejanía de la infancia. Es el mero recuerdo. Allí revive, recordándola, su niñez, su niñez que fue esperanza de un porvenir. Y en este movimiento pendular de vejez-niñez parece haber siempre un hilillo de fe.

El recuerdo de la niñez es más intenso cuando queda solo, cuando vive sin su mujer. Por eso es tan fundamental lo escrito en los años de destierro para entender su fe. *De Fuenteventura a París*, *Cómo se hace una novela*, *La agonía del cristianismo*, y, sobre todo, el *Cancionero*, son obras con infancia creadora. Unamuno añora a su mujer y recuerda su infancia. Son años de mucho sufrimiento. Pero con el recuerdo logra soñar otra vida, la de antes. Es el tiempo recorrido al revés, *arredrotiempo*. Es el tiempo en que busca desnacer, es el tiempo en marcha hacia atrás, buscando el principio, con miedo a la meta. Es el tiempo de la psicosis de regresión.

### ... LA TONADA QUE DE MI CUNA VIENE SUSPENDIDA

Unamuno, hombre torturado, sin poder descansar, recordando la infancia, recordando a su mujer—permanente infancia—oye que ella canta: *para dormirme canta*. El Unamuno agonista, ante los ojos de su mujer es contemplativo, romántico, aislado, dormido. Lo ha demostrado con profundidad y belleza Blanco Aguinaga.

Su mujer le lleva siempre a la infancia, a la cuna. Y desde la cuna viene una tonada por el cauce de un hilillo de fe escondida.

Y este hilillo, esta fe escondida, es la que le permite escribir tantas cosas rebeldes, es la que le permite andar entre herejías, y entre dogmas. Unamuno es un hombre enredado, entre redes de fe, entre hilillos que rompe, que hace trizas, pero de los que no logra desprenderse.

Y cuando se encuentra conquistador de una negación definitiva, cuando ha llegado a un momento de aniquilación de un misterio, mira a los ojos creyentes de su Concha, concha de esperanza, y cree desde ella en Dios. Pero si ella está muerta, entonces retorna a su infancia, a su cuna, y tira del hilillo, deja aflorar aguas ocultas, y descansa. Tal vez al día siguiente de una negación, un verso nos diga claramente su fe. Tal vez un artículo contra esto o aquello deje apuntada una creencia. Tal vez un personaje de sus novelas parezca un ateo, pero el cerrar el libro el creador Unamuno se convierte en crítico y afirma que *creía no creer*.

Una lección nos da, constantemente don Miguel: el problema religioso es el tema central del hombre. Si no hay más allá, la única solución racional que cabe al hombre es el suicidio. Pero si hay más allá, entonces hay que enloquecerse, como Don Quijote, como Cristo, como San Pablo. Una lección para los ateos que viven sin dudas, y una lección para los cristianos que viven sin riesgo.

# EN SU «ARTE NUEVO» LOPE Replicó a una Agresión de CERVANTES

ALFREDO MARQUERIE

(Respuesta a José F. Montesinos)

**E**N un agudo estudio publicado en la Revista de Occidente (año II, 2.ª época, número 15, pág. 327), decía José F. Montesinos: «Hay en el Arte nuevo (de Lope de Vega) un pasaje extraño, al que podían agregarse otros lugares de la obra del autor, y es aquel en que éste manifiesta su temor de que, dejándose llevar por la vulgar corriente, "le llamen ignorante Italia y Francia". ¿Quién hubiera podido hacer esto», se pregunta Montesinos. Y a continuación específica, con razón, que el teatro italiano era más rudo que el nuestro y que el teatro regular francés aún no existía, y lo que existía era muchas veces de imitación española. «Ni autores ni público—sigue diciendo el ensayista—hubieran podido hacer lo que teme Lope; únicamente lo hubieran hecho—lo destacado es mío—, allí como aquí, los pedantes, los que no sabían escribir comedias, pero sabían sobre ellas cuanto había que saber. Esos pedantes no dejarían de atacar a Lope, pero mucho más tarde.»

A la pregunta de Montesinos «¿Quién hubiera podido hacer esto?», a su aseveración de que los autores no lo hubieran podido hacer y que si atacaron a Lope fue mucho más tarde, creo poder contestar que alguien lo hizo, y precisamente en 1605, cuatro años antes de la aparición del Arte nuevo. Ese «alguien» fue Cervantes en el capítulo XLVIII del Quijote, donde en el tan conocido coloquio del Cura y del Canónigo sobre los libros de caballería puso en boca del primero estas palabras: «... porque los extranjeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros e ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos.»

Al comienzo del citado capítulo, Cervantes había dicho por boca del Canónigo, refiriéndose a «las comedias que ahora se representan»: «Si éstas que ahora se usan, así las imaginadas como las de historia, todas o las más son conocidos disparates que no llevan pies ni cabeza, y con todo eso el vulgo las oye con gusto y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo, y los autores que las componen y los actores que las representan dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo; no de otra manera...»

Cierto que Cervantes enmascara este ataque a Lope con un elogio previo a La enemiga favorable, porque «guarda los preceptos del arte» y «no fue disparate», y cierto también que, más adelante llama a Lope «felicísimo ingenio de estos reinos...», «que tiene lleno al mundo de su fama»; pero, después de estos y de otros elogios a la producción lopesca, añade, hablando de sus comedias, que, «por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de perfección que requieren.»

En la disquisición acerca de las comedias «que de ordinario ahora se representan» y de «los poetas que las componen», agrega que «algunos hay de ellos que conocen muy bien en lo que yerran y saben extremadamente lo que deben hacer, pero como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen

verdad, que los representantes no se las comprarían si no fuesen de aquel jaez; y así el poeta—al que luego llamará, para disimular, «felicísimo ingenio»—procura acomodarse con lo que el representante que le ha de pagar su obra le pide.»

Entre cautela y distingo—una de cal y otra de arena—, es incuestionable e indiscutible, pues, como se deduce de las anteriores y de otras palabras semejantes, que Cervantes dedica la mayor parte de su mentado capítulo XLVIII del Quijote a «meterse» con el teatro de Lope. Y, más o menos, entre líneas unas veces, y otras explícitamente, le acusa de:

- A no guardar las leyes de la comedia.
- Ser tenido por el extranjero como bárbaro e ignorante, a causa de...
- Los absurdos y disparates de sus obras.
- Halagar al vulgo con la disculpa de que así las quiere y no de otra manera.
- Acomodarse al gusto de los representantes, con mengua de su perfección, y a lo que el que ha de pagar le pide.

Lope se dolió, sin duda, de estos y de otros ataques cuando, cuatro años después de la publicación del Quijote, escribe su Arte nuevo de hacer comedias, y contesta a las agresiones empleando deliberadamente el mismo vocabulario cervantino: «Porque, como las paga el vulgo, es justo hablarle en necio para darle gusto...» «... me dejó llevar de la vulgar corriente adonde me llamen ignorante Italia y Francia.» «... hallé que las comedias estaban en España..., como las trataron muchos bárbaros.»

El cotejo de las expresiones no deja lugar a dudas, ni el léxico tampoco. Cervantes dice «halagar al vulgo», «el que le ha de pagar» y «ser tenido en el extranjero por bárbaro e ignorante». Lope repite locuciones, sustantivos y adjetivos. La relación entre ambos textos es

Lope, visto por Benítez Troya, sobre una página de su biografía

Las mejores comedias de Lope de Vega son «La dama boba», «La estrella de Sevilla» y «El mejor alcalde el Rey». También es muy famosa «Peribáñez y el Comendador de Ocaña».

A Lope de Vega le llamaron «Fénix de los ingenios», porque «había mucha ingeniosidad», «había mucha ingeniosidad», «había mucha ingeniosidad». En sus comedias de Lope de Vega, «había mucha ingeniosidad». Porque en lugar de usar los argumentos exóticos, bebía en las fuentes de la cultura popular; o sea, se inspiraba en la vida, en las costumbres, en la poesía del pueblo. Era un observador, muy conocido del corazón humano y muy poeta; es decir, que encontraba raudales de poesía en las cosas al parecer más vulgares y humildes.

Versificó con extraordinaria facilidad, y así se comprende que escribiera mil ochocientas comedias y cuatrocientos autos sacramentales, aparte de otras obras novelescas.

En su vida, Lope de Vega tuvo muchas grandes glorias nacionales. Fue el primero que escribió en su obra nuestras creencias y nuestros defectos. Muchos de los que lo han imitado mucho, lo han estudiado más todavía.

A los cuarenta y dos años recibió las órdenes sagradas y a los cuarenta y tres se casó cristianamente.

tan evidente que no creo necesite más insistencias.

La polémica sigue. En 1614, nueve años después de la primera parte del Quijote, y cinco desde la aparición del Arte nuevo, Alonso Fernández de Avellaneda, el autor del Segundo tomo del Ingenioso Hidalgo, ataca a Cervantes por haber ofendido, «a quien tan justamente celebran las naciones más extranjeras, y la nuestra debe tanto, por haber entretenido honestísima y fecundamente tantos años los teatros de España con estupendas e innumerables comedias con el rigor del arte que pide el mundo». Esta defensa del «rigor del arte» de Lope, ¿no es también elocuente?

Transcurre otro año. Llega el 1615, y en el prólogo de la Segunda parte del Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha, Cervantes, ansioso por desvanecer el enojo de Lope y de los lopistas, responde a Avellaneda que se había engañado «de todo en todo», «que del

tal (Lope) adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupación continua y virtuosa» (transparente ironía esta última, referida a la vida irregular y nada casta del sacerdote-poeta).

Mucho me alegrará que mi respuesta haya servido para contestar a la interrogante formulada por José F. Montesinos en su admirable estudio La paradoja del «Arte nuevo». No sólo las discusiones, sino a veces hasta las «agresiones» literarias, ocasionan repercusiones insospechadamente positivas y fecundas. Si Cervantes no hubiera dedicado un capítulo de la primera parte del Quijote a combatir, con más o menos insinuación sinuosa e insidiosa, el arrebatador teatro de Lope, éste no habría escrito, espoleado y azuzado por tal ataque, El arte nuevo de hacer comedias en este tiempo, que, como dice Montesinos muy justamente, captó «en vivo, con dos siglos de anticipación, un principio revolucionario en la historia de la literatura».

# EL FOLLETIN

ANTONIO MANUEL CAMPOY

SERÍA interesante que nuestros sociólogos (pienso en Salustiano del Campo y en Luis González Seara) aprovecharan el centenario del folletinista Luis del Val —1867-1930— para hacer un estudio serio sobre el género literario que más ha influido en el pueblo español, no sólo a lo largo del siglo XIX, sino también en las primeras décadas del XX. Creo que el folletín no ha sido considerado con la atención que merece, ni por parte de los historiadores de la literatura (excepción hecha de nombres como Dickens, Balzac, Victor Hugo) ni por los analistas de la sociedad. El folletín, que influyó en las gentes más que ningún otro consumo literario, sigue siendo el maldito de las letras, y hasta en libros tan pormenorizadores como *Moral y Sociedad*, de J.-L. Aranguren, es tratado muy marginalmente.

Y es el caso que sin tener en cuenta la proyección social del folletín, su hondo calado en el alma de las masas obreras que emergían en la sociedad decimonónica, sería difícil explicarse el ambiente propicio que tuvieron los movimientos revolucionarios del siglo pasado, tan orientadoramente estudiados por G. D. H. Cole en su *Historia del pensamiento socialista*. Creo que si no hubiera existido el folletín (pensemos en la Inglaterra de Dickens, en la Francia de Eugenio Sue, en la España de Pérez Escrich) las masas obreras no habrían asimilado tan vivamente las doctrinas socialistas y anarco-comunistas. El folletín era el vehículo más indicado para caldear el ambiente, y a través de sus historias terribles y sentimentales (las inhumanas condiciones del trabajo industrial, la explotación de los niños, la usura y la lascivia de los patronos), los económicamente débiles fueron adquiriendo conciencia de su situación y de su destino vulnerable.

Sabido es que las obras de Dickens promovieron en la Inglaterra victoriana iniciativas favorables al mundo obrero, y se sabe que una novela como *La cabaña del tío Tom*, publicada en 1852, creó tal estado de opinión antiesclavista, que diez años después de aparecer el presidente Lincoln tuvo que lanzar su Proclama de Emancipación. Unas veces por la vía tremendista, como en el caso de Eugenio Sue, y otras veces con la elocuencia de la retórica, como en Victor Hugo, el folletín iba sembrando en las mentes y en los corazones de «los miserables» movimientos de rebelión contra sus opresores, preparándose así el terreno para

cualquier adoctrinamiento revolucionario, es decir, para la lucha de clases.

La mayoría de los folletinistas se limitaban a describir infaustos episodios de la vida doméstica, en escenarios lóbregos y desamparados, tristes, por los que cruzaban señoritos sin escrúpulos, damas sin entrañas, virtuosas muchachas que siempre eran víctimas de las asechanzas más siniestras, y estos episodios, que partían el corazón, se contaban en folletines interminables, morosos, lacrimógenos, organizándose verdaderos revuelos populares cuando alguno de los héroes estaba en peligro, y viéndose días de duelo cuando uno de ellos moría (como ocurrió en Londres con varios personajes de Dickens), arrastrando a las masas a estados de cólera indescriptibles (en Londres y en París se vieron mujeres del pueblo amenazar sañudamente a los ricos), creándose, en suma, una inquietud social.

Sería curioso saber hasta qué punto son reflejo de la España del XIX ciertas obras de Pérez Escrich, Tárrago, Fernández y González, Ortega y Frias y Luis de Val. ¿Está en estos autores la cambiante sociedad española que va del reinado de Isabel II a la regencia de doña María Cristina, pasando por la República y por las guerras civiles? Ese período turbulento va de «la gloriosa» a la restauración, 1868-1874, coincide con la introducción en España de las ideas socialistas, y es, cabalmente, la época del gran folletín. En España, desde los días de la Unión Liberal, se vivía dentro de un orden económico totalmente nuevo: la burguesía se afianzaba, las ciudades crecían, el país se industrializaba... Pero, al mismo tiempo, las concentraciones obreras plantearon graves problemas, desconocidos hasta entonces. En 1870 (año clave en las luchas sociales, pues es el de la Comuna, tan bien evocada ahora por Albert Olivier), en 1870 llegaban a España Paul Lafargue, heraldo del marxismo, y el anarquista Fanelli, emisorio de Bakunin.

José Luis Comellas, en su *Historia de España*, publicada estos días, estudia con claridad este interesantísimo período, pero tampoco se ocupa de la influencia del folletín, tal vez por que no lo considera indispensable en su esquema. Por regla general, el historiador prefiere manejar los documentos y los tratados de los especialistas, a través de los cuales obtiene cuadros sintomáticos y fenomenológicos, pero casi nunca puede aprehender el clima espiritual en que se desarrolló un movimiento



¡Vos... caballero!... ¡Vos no sois mi padre!...



Les habían dejado allí para que no se muriesen de hambre



Magdalena

social determinado. Engels, en cambio, prefería acudir al novelista cuando se quería explicar bien el espíritu de una época, y es sabido que Carlos Marx aconsejaba a su yerno Paul Lafargue, cuando éste estudiaba la sociedad francesa del imperio y de la restauración, que en vez de leer a los economistas y, en general, a los profesores, se leyera detenidamente la *Comedia Humana*, de Balzac.

No hay que engañarse: las llamadas obras egregias de la literatura jamás han influido tan directamente en el pueblo como el folletín, ni como ahora influyen sus versiones (policíacas, rosáceas, de ciencia-ficción) más actuales, en la edición quiosquera, en la radio y en la televisión. *Los ángeles del hogar*, el serial más famoso de Luis de Val (¿o son *Los ángeles del arroyo?*), alcanzó veintidós ediciones copiosísimas; *El hijo de la obrera*, doce ediciones; *Sin padres*, diecisiete... El escritor folletinista (Luis de Val y Pérez Escrich eran, como Blasco Ibáñez, valencianos)

tendía siempre a un humanitarismo demagógico, y al par que conformaba unos caracteres casi incommovibles (el bueno era buenísimo, y el malo tenía que ser malísimo) proporcionaba al pueblo lector una heroica imagen de sí mismo, cuya consideración masoquista siempre acababa violentamente.

El folletinista, con su lenguaje lleno de imágenes llorosas, transfería a sus lectores no pocas ideas de las que circulaban por las alturas intelectuales y políticas. La teoría de Pi y Margall sobre la soberanía del hombre (un ser al que nadie puede mandar), adobada convenientemente en el folletín, caía como una bomba mesiánica en casa del jornalero que ganaba seis reales. Luis de Val, y antes y mejor que él muchos otros, ofrecía a sus lectores por el módico precio de unos céntimos, en cada «entrega» semanal, una materia sentimental tan delicada y explosiva que, como más tarde se vio, andar con ella tenía que ser tan peligroso como jugar con pistolas cargadas.



Nina estaba sola en el bosque

## POTAJES GITANOS Y CLASES DE ESPAÑOL

JOSE MARIA GIMENO

EN el número 375 de LA ESTAFETA LITERARIA, que leo con retraso, Manuel Ríos glosa, con dominio completo de fondo y forma, un «volumen de seguiriyas literarias en pleitesía de la utrerana olla de garbanos cocíos» que se llama *Potaje gitano*. El título me había inquietado al momento con el temor retrospectivo de no entender una reseña sobre estos temas. Por fortuna, después de leerla hasta el final con gusto, puedo decir tranquilo que lo comprendo todo y —preocupación obsesiva— que a mi vez podría explicarlo a un extranjero que no haya probado jamás tales potajes. Véase, en efecto, cómo esta vez está todo claro, pues entre los párrafos más difíciles escojo para muestra el siguiente: «... la solemnidad angustiada de Manolo el de Angustia, ébano sarméntoso del pozo de lo jondo, de sus manantiales mismos, y los revuelos alegres de La Inesita y del Bambino, sin olvidar la crujía guitarra del maestro de escuela Pedro Peña, gitano de la ralea perrate». Lo de «la ralea perrate» plantearía un importante problema filológico, por lo menos para mí, si no viniera a resolverlo otra frase y una fotografía que ilustra la glosa de Ríos. Por lo demás, tampoco es floja la referencia que más adelante se hace a «la Niña Vega, la del braceo más garboso que vieron los cabales». Para hacer comprender lo del braceo a uno del Benelux lo mejor sería sin duda ponerse a bracear garbosamente ante él, pasara lo que pasara; pero tener que explicarle cabalmente eso de «dos cabales» ya sería cosa de echarse a temblar.

Estos temblores ante la aparición de potajes gitanos más o menos espesos y la citada preocupación obsesiva se me han pegao al cuerpo sin saberlo yo desde que hace años, aquí en Roma, me atreví a dar clases de español. Se dirá que eso lo hace cualquiera y con la mano izquierda. Y eso creía firmemente yo. Pero al embarcarme en la aventura estaba muy ajeno a lo que el futuro me reservaba, en tres tiempos.

### AMARILLO MELOCOTON

Al principio todo fue como una seda, por la sencilla razón de que los alumnos dejaban de estudiar cuando íbamos a levantar el vuelo lingüístico. Es decir, nos quedábamos en posesión de un vocabulario suficiente para preguntar si en España el agua era potable, si teníamos penicilina y si en Madrid

había tranvías, cuestiones que siempre preocupan por aquí fuera. Pero he aquí que un nutrido grupo, muy internacional, de alumnos muy serios cuajó, fraguó como el cemento, y arreó en el estudio avanzando sin parar. En dos zancadas nos habíamos plantado en los colores, capítulo que, como se verá, había de revestir importancia verdaderamente fundamental en aquel memorable curso. Ya entonces se produjo la primera gran novedad. Hay colores españoles muy raros, como el cárdeno y el carmesí; pero entonces supe que, en general, todos están bien, menos el amarillo, que está mal; tendría que llamarse jialo, jielo, jonio o gelbo, si tuviéramos un poco de lógica. Yo les recordé la banderita roja y gualda, pero se hicieron los sordos; resolvieron sin apelación que el amarillo es una irritante aberración ibérica. Por cierto que precisamente el grupito italiano, perteneciente a un pueblo que, como es sabido, también habla una lengua neolatina, se distinguía marcadamente en esta tendencia crítica, y poco menos que cada nuevo vocablo hispánico lo acogía con sorpresa divertida o incluso con ribetes de sorna. «¿Cómo se dice 'per favore, prego'?» «Pues 'por favor'». Carcajaditas reprimidas. Al parecer, eso de «por favor» tiene una gracia enorme que a los españoles se nos escapa. Resultó que mariposa es también un término risible. «La mariposa que voló sobre el mar» es para desternillarse. En cambio, el equivalente italiano, «farfalla», posee una intensa carga lírica, aunque vuela sobre el Tirreno. Pues ¿y qué decir del modesto melocotón, que provocaba verdaderas convulsiones de hilaridad en la delegación itálica? «Melocotón, melo-cotón; ¡che buffa parola!» No podían calmarse, en medio de la desorientación del resto de la clase, con predominio anglogermánico, que miraban despistados sin saber qué demonios estaba pasando, y del amostazamiento del profesor, que en el melocotón no veía el menor motivo de regocijo. Pero del misterio de los melocotones nos ocuparemos quizá en otra ocasión.

### ¡JESUS, QUE LIO!

Todo esto es puramente incidental en la vía de los potajes; sin embargo, hizo que el profesor empezara a perder la serenidad y que los nuevos términos y giros de nuestra lengua los presentara medrosamente («tomar el pelo», por ejemplo, es chus-

co a más no poder). De todos modos, avanzamos con rapidez, y pasada la fase en que una clase de idiomas parece una congregación de deficientes mentales, con el profesor a la cabeza en mi caso, rompimos a dialogar con animación. Era tristemente evidente, sin embargo, que había desaparecido ya sin dejar rastro mi superioridad indiscutida de la primera época. El grupo anglogermánico recuperó al galope la desventaja inicial, y se dedicó a poner pegadas sutilísimas, afirmando, por ejemplo, que es propio de un sistema dictatorial prohibir que se diga secundamente, terceramente, cuartamente, etcétera; que es una trampa desleal que divertido quiera decir divertido; que «bufanda» es vocablo de pueblo insuficientemente desarrollado; que si no tenemos nada mejor que «su, sus», porque nunca hay manera de saber de quién es realmente «su» sombrero. Se indignaban por no poder decir «las seis menos pico» cuando efectivamente eran las seis menos pico, y no es para dicha su horripilación al enterarse de que hay españoles que se llaman Jesús, irreverencia inconcebible. Aprendí mucho en poco tiempo y hubo momentos en que me parecía tener una visión instantánea del español desde fuera, tanto, que a partir de aquellas movidas sesiones no puedo oír ni leer palabras como morrocotudo o zopenco sin sufrir una cierta conmoción.

No obstante, pronto había de ver con recelo que todo aquello no eran más que escaramuzas de frontera. Las hostilidades propiamente dichas las rompió a poco una alumna recién vuelta de España que, cuaderno a la vista y lápiz en mano, abrió a quemarropa un tableteo de preguntas demoledoras: «¿Qué significa 'fetén'? ¿Cuándo tiene bigote una cosa y no un hombre? ¿En qué ocasiones conviene decir 'ni pún'? ¿Qué quiere decir 'la clásica leandra'? ¿Por qué es clásica? Si no se llamara leandra, ¿sería clásica? ¿Qué diferencia de tamaño hay exactamente entre chiquitín y chiquirritico? ¿Por qué en Madrid le llaman al sol Manolo cuando calienta? Explíqueme las palabras azarbe, opilativo, astrito, filopéndola, ledo, carmenar, faldistorio, garvines, arcadores, chicarrerros y perchadores que he leído en Azorín.» Huelga decir que a partir de entonces fui siempre a clase con temor, y con un diccionario gordo. Cuántas veces me acordé de don Miguel de Unamuno cuando decía que estaba leyendo el Quijote en inglés, para entenderlo mejor. Fue

aquella la fase en que la actitud de los alumnos cambió. Las sonrisas ya no me parecían ni cordiales ni corteses, sino indefinibles, y algo que flotaba en el ambiente me hizo concebir la sospecha de que se había tramado una conjuración, confirmada por el redoblar del interrogatorio; seguro que aquella gente no dormía dedicada a formar listas de pegadas del español. Yo tampoco dormía mucho, pero al menos podía felicitar en secreto por haber soslayado los dos grandes temas que me infundían pavor, cuales eran (y son) el vocabulario de la tauromaquia y el flamenco y familia. En cuanto parecía que nos íbamos a acercar a estos asuntos, cambiaba de conversación aunque me tomaran por loco. De la primera gran cuestión me salvó para siempre una británica que decretó que era indigno de personas civilizadas ocuparse del toreo. Nadie se atrevió a replicar, y menos que nadie el infrascrito. Pero los temidos potajes gitanos quedaron agazapados como amenaza latente.

## LAS AJUSTADAS ABSTRACCIONES SUCESIVAS

Contrariamente a mis esperanzas más íntimas, la guerra de trincheras con morterazos lingüísticos duró muy poco, y de golpe entramos en la segunda etapa, de torvas perspectivas. Una tarde fatídica me quedé sobrecogido viendo que la ofensiva gorda daba comienzo por un sector inesperado y mal defendido: comandos de la clase daban golpes de mano con textos de poesía española contemporánea. Explotando la brecha se aprobó sin previo aviso la propuesta de leer y comentar *inmediatamente* el fragmento de poema que una alumna gigantesca leyó acto seguido con voz de contralto tan resonante, que no podía haber la menor duda de las palabras que pronunciaba, que eran éstas:

*¡Al azar de las suertes  
únicas de un tropel,  
surgir entre los siglos,  
alzarse con el ser  
y a la fuerza fundirse  
con la sonoridad  
más tenaz: sí, sí, sí,  
la palabra del mar!*

Silencio impresionante. En medio del profundo estupor general, la sabihonda que nunca falta manifestó que lo entendía todo perfectamente, pero que no podía explicarlo. Y fue una lástima, porque los demás adoptaron la decisión de arrellanarse cómodamente para escuchar las luminosas aclaraciones del profesor. No es mi ánimo alabarme, pero quiso la suerte que vagamente me acordara de glosas que

había leído al respecto y que fui emitiendo con cautela. «Es evidente—dije entre largas pausas—, que aquí se trata del postrer estadio de una serie de de ajustadas abstracciones sucesivas de la realidad misma, que el poeta, que se ha hundido en los estratos profundos de lo esencial buceando en los fondos abisales del ser, que es su delicia, canta al resurgir con voluntad de recreación poética de las cosas obedeciendo con ceñida precisión a una especie de impulso clarividente, en contacto entrañable con la triple raíz del existir, la incertidumbre del azar y la multiplicidad totalizadora, que aquí se afirma arrolladoramente en este triple sí, sí, sí.» Con esto consideré que había salido del aprieto decorosamente, y miré a mi alrededor; pero el ambiente reinante no prometía nada bueno. Como un solo hombre, los alumnos me miraban en la actitud expectante del que espera lo decisivo, la revelación del misterio oceánico, la llave de la puerta cerrada para no pasar la noche a la intemperie; pero yo había agotado mis recursos hermenéuticos y di la clase por terminada. Una voz inglesa comentó: «Criptico». Alguien preguntó en voz baja si toda la poesía española era así, y el tono zumbón que me pareció percibir me irritó. «También lo es—repliqué en seguida airadamente—buena parte de la poesía de la Comunidad Económica Europea de ustedes. Y debo hacer constar que ese trozo que me han servido es muy estimado por poetas y críticos eminentes, lo cual por algo será y tendría que darles que pensar. Porque ustedes y yo no somos más que los buenos burgueses que no entendemos nada ni por el forro, y lo mejor que podemos hacer es seguir leyendo y estudiando, a ver si un día se nos hace la luz.»

## UN INEXPLICABLE TOPICO DE VIDRIOS

Pretextando una indisposición, la clase siguiente me la salté para tener tiempo de encontrar textos con que protegerme. Pero cuando me disponía a efectuar un buen despliegue de poemas españoles contemporáneos, bastante claros para cualquier mortal no analfabeto, sonó la hora de la verdad, entró la campaña en su fase decisiva. Una alumna me ganó por la mano y con sublime tranquilidad profirió esta terrible frase: «Antes que nada quisiera saber qué significa *con precisión* 'verde que te quiero verde'...» Recuerdo haber pensado entonces que la fatalidad es inexorable. Yo ya no me esperaba nada de aquello, porque al capítulo de los colores, como se recordará, ya le habíamos dado carpetazo, y el verde estaba bien. A la defensiva, declaré que suponía, suponía, nada más, que aquello era un juego verbal monocromático, una fantasía onírica unicolor, una vivaz imagen de reverberación glauca,

sugestiva, sugeridora, evocadora. «Evocadora de qué? De una amplísima, poética vaguedad toda de cauce verde... La incredulidad fue general y hubo suspicacia a granel.

Para romper la violencia del momento, un simpático muchachote rubio se decidió a cambiar de tema preguntando qué quería decir *exactamente* «un tópico de vidrios» y «un sueño de trece barcos», añadiendo que le interesaba mucho también saber cómo eran en Andalucía las «hermosas muchachas con la cintura de agua». Y aquello fue como la señal para que, sin más esperar, todos se pusieran a tratar de satisfacer la curiosidad que les producía el mundo andaluz, flamenco, jondo. Nos pusimos a nadar en el más espeso potaje gitano. Una muchacha, de cuya nacionalidad no quiero acordarme y cuya cintura no parecía ser de agua, sino de barco de trece sueños, quería saber *de verdad* si en España era obligado regalar costureros después de ciertas aventuras fluviales. ¿No se regalaban nunca castañuelas de nácar? ¿Eran corrientes entre los españoles las corbatas carmesí? ¿Se llevaban mucho los zapatos color corinto? ¿Era cierto que la Guardia Civil vestía de verde botella, que descendía por línea directa de la famosa Santa Hermandad y que aparecía por todas partes, hasta en los ríos? ¿Había por las calles muchos morenos de verde luna? ¿Cuánto costaban las navajas de Albacete, y por qué se ponían tan bonitas con la roja sangre del rival cetrino?

Una temible discípula con marcada tirria a todo lo español aprovechó la ocasión para apuñalarme con saña: «Ya que no sabe usted lo que significa 'Verde que te quiero verde' ni nada de estas cosas, a pesar de hacer de profesor de español, al menos sabrá decirnos por qué razón Antoñito el Camborio se murió precisamente de perfil, porque ninguno de nosotros se lo explica.» Acorralado, resolví arrojarle en brazos de la sinceridad, y confesé virilmente que no lo había sabido en mi vida. Me dije que por lo menos no podrían negar que los españoles somos sinceros, cualidad que en algunas naciones se aprecia mucho y podía ganarme su estimación. Y entonces, mi amigo rubio, viendo que la situación se ponía francamente mal, dijo que seguramente sería mejor volver a los textos escritos, y queriendo ayudarme propuso para un detenido análisis el que a continuación se reproduce literalmente:

*El viento vuelve desnudo  
la esquina de la sorpresa  
en la noche platinoche  
noche que noche nochera...*

En medio de una tensión que se rompía lo vi todo negro. Las dos sienes me zumbaban negro que te quiero negro, mientras a mi alrededor voces cavernosas repetían en asombrada salmodia «notche que notche nochera». Y lo que entonces me pareció una idea feliz resultó una ocurrencia fatal: me agarré a lo que creía el cable de salvación: el «desgarro». Afirmé que aquello era un desgarró del poeta, muy andaluz, muy flamenco, muy gitano, muy jondo, que era un desgarró, un desgarró... Pero en la explicación del desgarró me enredé tan lastimosamente, que fui dando tumbos por todas las esquinas de la sorpresa, sin tiempo de bracear garbosamente. Oscuramente percibía que los revuelos alegres de La Inesita se perdían en la platinoche de los tiempos desnudos. Todo terminó en un verdadero tópico de vidrios, náufragos del mar gitano, y una vez más, para cerrar por completo el círculo, volvimos a los colores, polarizados en la cara del profesor, bella de sangre cautiva, que fue pasando del rojo y gualda al corinto y luego al carmesí para resurgir convertido en moreno de verde luna, de extraña semejanza con la ralea perrate. La clase entera asistió a aquella trasmutación profesoral en expectación inconfundible: esperaban que el profesor sucumbiera de perfil. Luego, si algunos componentes mostraron un poco de caridad cristiana haciéndose los desentendidos ante tanta incapacidad e incompetencia, la mayoría se despidió con esa frialdad inequívoca del que se sabe estafado y no puede decirlo.

De aquel k. o. filológico-estilístico puede reponerme gracias a la bondad de una alumna que no puedo olvidar. Al disponernos a salir, me anunció que tenía que hablarme en privado. Recelosamente esperé a ver qué nueva emboscada se me había tendido. «Señor profesor: no se preocupe usted. Sus lecciones nos han servido a todos de mucho. Pero éstos no entienden nada de la fatalidad de ser español, y no tienen remedio. Lo que yo quería pedirle ahora es que me dijera, con la entonación y expresión justas, unas cuantas blasfemias de cresta roja, de las de García Lorca.»



Un garboso y varonil «braceo» gitano en una fiesta sevillana a principios de siglo

Para la inteligencia de este poema inédito que Eduardo Carranza ha leído y nos ha entregado el 14 de diciembre, según se refiere en la Crónica Social del presente número, debe saberse que Eduardo Cote Lamus murió estrellado en automóvil, en la ancha carretera de Pamplona a Cúcuta, a las dos de la mañana de un día de junio de 1963. Iba con él Alicia, su mujer, y tienen tres hijos. Alicia y su marido se habían conocido de la buena mano de Carlos Robles, Pamplona y Santander de los versos son poblaciones de Colombia. El turpial es un pájaro colombiano, a manera de ruiseñor, con plumón entre pajizo y rojizo.

## Réquiem con una ROSA

EDUARDO CARRANZA

(Para Eduardo Cote Lamus)

*Mientras te escribo, Eduardo, un turpial  
picoteando mi infancia y el silencio. [canta  
Amanece en el pan.*

*En mi jardín (tengo un jardín, ¿sabías?),  
lentamente, soñado, cae un pétalo.  
La luz repasa su lección, paseando  
por los cerros lejanos. Sale el humo  
de los sueños nocturnos.*

*Volando sobre amores y trabajos  
y niños que silbando se encaminan  
a la escuela, un avión pasa muy alto...  
El sol que viene de los Llanos trae  
hasta el balcón un ramo de furiosa  
luz que huele a novillo cimarrón.*

*Eduardo: nos pasamos nuestra vida  
escribiendo, soñando y escribiendo  
cartas a lo invisible. Somos tiempo.  
Por eso tu palabra está tejida  
de tiempo y música y amor y polvo.*

*Y de nada. Y por eso estamos siempre  
a punto de caer como la hoja  
del árbol en otoño. Basta el viento.  
Y ahora que digo otoño y digo viento,  
déjame recordar, con la memoria  
como una piedra atada al corazón:  
el otoño de Castilla es parecido  
a una dorada lámpara de niebla  
y, a veces, en los días lentos, azules,  
que de dulce mirar son alabados,  
a un árbol o una piedra incandescente:  
una Tarde, Castilla, Otoño, Viento.  
Me dijiste: «Yo escribo para cuatro  
personas solamente. Tú ya sabes...»*

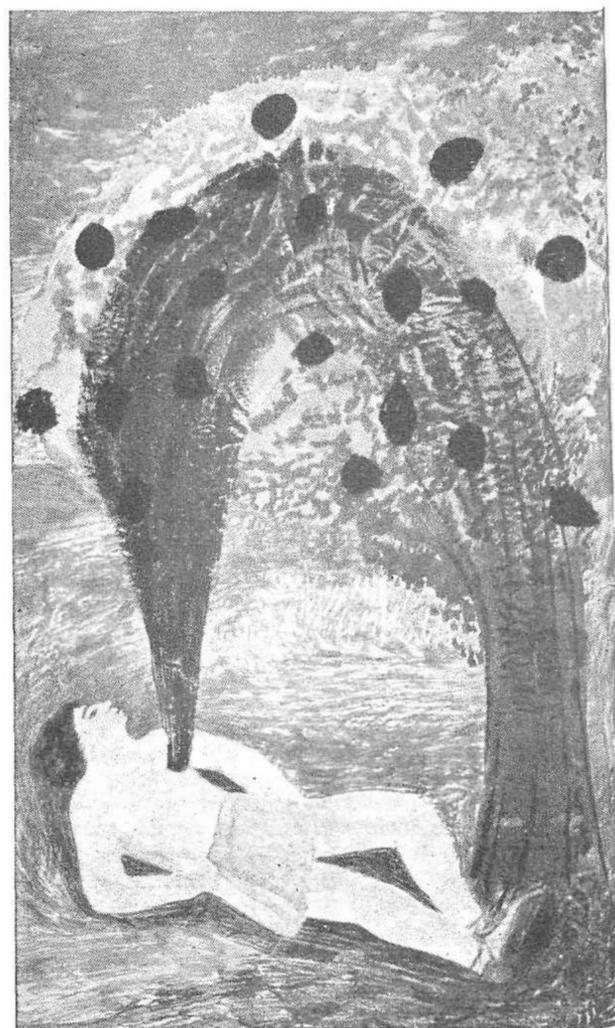
*(Yo conocía tres. La otra era el viento  
de Santander.)*

*Eduardo, te han quitado de los pies  
el camino. Y el fruto que mordías  
y los zapatos que iban al amor  
te han quitado. También el silbo rojo  
del vino. Y tu palabra entrecortada  
de pasos donde iban días, amigos,  
árboles, libros, nubes de Pamplona.  
Y la voz con que habías vuelto a inventar  
palabras como Alicia, trigo, madre.*

*La saliva y la yema de los dedos.  
Y tu pecho de hombre que cruzaban  
el río Pamplonita y una calle  
de pueblo con sus palmas y sus tiendas  
y su banda de música el domingo.*

*Y el abrazo que sabía enlazar un potro  
y medir una trémula cintura,  
y la batalla entre el olor a honor  
y a pólvora y jazmín de la alborada,  
y los bolsillos, llenos todavía  
de versos y de llaves y de sueños,  
y el sillón del señor gobernador,  
y tu corbata azul y tu pañuelo  
rabo-de-gallo, y, otra vez, tu pecho,  
que ahora comparo a una ventana  
con forma sideral de corazón,  
en donde se asomaba una mujer  
rodeada por tres flores...*

*Eduardo, amigo mío, hijo mío:  
te lo han podido quitar todo, todo,  
hasta la vida,  
menos la roja rosa solitaria,  
que aprietas contra el alma.*



uñas de genio y suele ser humilde, ratifica su vengancia de ayer y su borrachera de hoy, sublimada en sed de lectura, deporte que no ayuda mucho a menguar los pensamientos et la saña, sino que los atiza.

Leer libros resulta difícil (y en esto nada pinta el precio, que ahora se adquieren a plazos, como los hijos). Para llegar al libro primero hay que pasar por cadáveres de quiosco en número alucinante. ¿Y quién se salta a la torera, sin ir más lejos, la decena de diarios? Porque es necesario hojearlos, que cada periódico tiene su acento y cada periodista su estilo: Hermida, Umbral, Tico Medina, Pedregal...

En número alucinante y alucinógeno, podría añadir por presumir de darwinista y freudiano (¡Dios qué palabras!) en una sola pieza; también a ustedes—si son sinceros—les conducirá donde a mí la asociación de ideas, ¿no viene a la memoria el LSD frente a los ND, ABC y SP?

Los periodistas en circulación—algunos son escritores y al revés—padecen el «yoyoísmo», enfermedad anterior al «yeyeísmo» reinante. El que compone este artículo, cuya alergia a la vacunación viene de antiguo, conlleva idéntico mal, y en su afán por sanar dio en prescindir de lo diario y meterse en lo clásico o eterno.

Empapóse la esponja, salió el nihil novum sub sole a la superficie y aclaráronse las ideas.

El «yoyoísmo»—que equivale a ser personal en los escritos, individualizar, etc.—es latino de toda la vida; que se lo pregunten a Publio Ovidio Nason, vecino de Roma hasta que Jesucristo cumplió los dieciséis años. Yo se lo pregunté y me contestó que sí; da gusto leer con él, pues es hombre culto y habla divinamente de sus viajes al Asia Menor. Una cosa encontré en su lectura que me llamó la atención, sus conocimientos de cierta meretriz llamada Dipsa, abuela sin duda de nuestra Celestina: «Ella domina las artes de la magia, las canciones de Colcos y los conjuros que obligan a retroceder las rápidas aguas hacia su fuente. Sabe muy bien las virtudes de las plantas, del lino arrollado en el rombo y del virus que destilan las yeguas en celo.»

«Se propuso mancillar el tálamo púdico de los esposos y no faltó a su lengua una pérfida elocuencia.»

Siento que este tema no entre en lo tratado, a la erudición y meticulosidad de Nicasio Salvador Miguel me remito y le brindo el asunto, que del medioevo a lo otro no hay más que un paso.

El «yoyoar» (dejemos a un lado el «ego», convertido en metafísica de calderilla de tanto manoseo) se prodiga no por ansias exhibicionistas como los listos creen y los sabios a la vinagreta (receta J. E. A.) afirman, sino que nace de parto ordinario en la matriz de la sinceridad absoluta.

Yo narro, tú entrevistas, él articula... Ni yo, ni tú, ni él podemos pensar o sentir en «otro»; de ahí que en beneficio de lo auténtico recurramos al yo—me río, me duelo, me critico—único medio posible para errar en menor grado.

El «yoyoísmo» no es una de las pedanterías al uso, sino que es un abrirse de par en par para que los demás hagan la vivisección sin exponerse lo más mínimo.

## YOYOISMO

FERNANDO POBLET

CUANDO se fue holgazán por vocación y se es flaco de memoria por naturaleza, no hay más remedio que tragar cucharadas de cultura para que funcione con regularidad la sesera. Este aburrirse antes de empezar, o gandulería crónica o pereza mental (hago una llamada a los ciencia-ficción que

no me dejarán mentir), trueca el cerebro en esponja sedienta.

A los omes bien nacidos e dottos—que diría el marqués de Santillana—les sucede lo mismo, olvídense, aunque no lo confiesan.

Uno, que tiene arrinconadas en la trastienda las

—Bueno, déjalo. Vamos a hablar de otra cosa. ¿Cuándo me llevas al cine?

—Esta noche. ¿Qué echan por ahí?

—Aquí echan... Pero hoy no. Hoy no puedo ir. Tendría que haberle fregado los cacharros ahora, y, fijate, casi lo está haciendo ella todo.

—Claro. ¿Pero no lo puedes arreglar?

—Hombre, cómo voy a decirle que los friegue también esta noche.

—Pues se los friegas tú mañana a ella.

—O vamos mañana.

—No; hoy. Así es mejor: todo seguido. Mañana sabe Dios. Además, así me olvido un poco de todo esto.

—No sé... Bueno, lo intentaré.

—¿Y el viejo? Mira que también.

—Sí; todo se pone a favor. Es un imbécil.

—Pobrecillo... Los niños sí que son imbéciles. ¿Vas a preguntárselo?

—¿Cómo? ¡Ah!, sí. Espera... Bueno, abre tú y mira.

Esteban salió, mostrándose natural, delante de Pascuala, como si nadie hubiera con él.

—Nada—seguida forzando su postura. Sintió un poco de vergüenza. El disimulo es para el pasillo, y sólo en el caso de que pasara alguien, o le vieran desde algún rincón, o desde alguna puerta entreabierta.

Pascuala se asomó con cuidado y arrancó de prisa a andar. Cuando ya no la veía, la mano aún dijo adiós al lado del marco de la puerta. Esteban la cerró. Encendió un pitillo. Alisó la cama, la abrió. Se desnudó. Se puso el pijama y se metió en la cama. Siguió fumando. El pitillo lo había dejado en la mesilla de noche con el fuego colgando en su abismo. Le vino el sueño de nuevo. Chupó por última vez el pitillo y lo dejó caer al suelo. Antes de que el pequeño incendio del suelo se apagara o se consumiera, recibiendo el humo por las sábanas y el pelo del cogote, se durmió.

—No sabes cómo te lo agradezco. Mañana, ya sabes...

—No me agradezcas, que un poco más, y mañana te doy yo enviando a ti.

—¿Y la patrona dirá algo?

—Que diga. ¿Se hacen las cosas o no? Pues entonces es igual. Pascuala ayudaba a secar.

—Anda, vete, que yo mañana no toco un cacharro, ¿eh?

—Desde luego. Lo convenido es lo convenido, pero no me cuesta trabajo.

Esteban se dio la vuelta en la cama dormido. Arrugó un poco la nariz por un rizo de humo. Se movió otro poco todo él. El humo rompió su marcha hacia todos los lados. Pascuala ya tiene el sí de la amiga. Esteban, en este momento, y para toda la tarde, no puede encontrarse más feliz: ahora, durmiendo, y luego, a un cine con la señora. Lo malo es que duerme, y su felicidad él mismo se la está negando.

—Bueno, me voy a decírselo.

—Que te diviertas.

Se fue hacia la habitación 14, por el pasillo adelante, con una escoba en la mano (a recoger un poco de basura que hay en el hall. Con la lluvia...) para disimular llegado el caso, para no tentar demasiado la suerte. Pasó por delante de la puerta y siguió un poco adelante. La casa está tranquila. La habitación de la patrona queda algo lejana. Sólo se oye la radio de un cliente un poco. Anuncia cosas la voz. Volvió para atrás. Dentro de la 14 no se oye nada. La puerta cedió sólo con tocarla; no estaba bien encajada: ¡clac! Pascuala se asustó del ruido. Dentro, el cuerpo se movió. La mujer esperó un segundo, fue a pasar de prisa y volvió a salir. Esteban está durmiendo, se ha vuelto a dormir. Con la escoba de regreso a la cocina, comprendió las razones de su rápida ida y vuelta. Las puso en orden: dormido, luego se lo dirá, y todo lo que dos razones pueden soportar.

Al cerrar la puerta—esta vez con sumo cuidado, para que la puerta no sonara: por Esteban, que dormía; porque el resto de la casa no se diera cuenta—, el pequeño ruido, inevitable, que produjo hizo que el amigo, dormido, gruñera—el sueño al protestar—, sin que Pascuala lo oyese. Una puerta—casi la cogen—se abrió.

—Hola, Pascuala.

—Hola, buenas tardes.

Pascuala se puso colorada. Gracias a que el pasillo está continuamente en penumbra. Luego la alegría del otro será más grande. Un sueño, la noticia y, por la noche, al cine. La pena es que duerma y no haya podido entrarles al mismo tiempo la espera del gran placer.

En realidad, no se sabe si el gruñido de Esteban—un ruido que nació y murió al tiempo—fue por cerrar la puerta o por la caída de la escoba al suelo. Pascuala, con el esmero que puso al cerrarla, olvidó por un instante el palo, que estaba apoyado en el quicio, y lo movió. Al levantarla, alguien la saludó.

Por la caída de la escoba y el horrible ruido que produjo en el silencio del sueño de Esteban, Pascuala quizá descuidó un poco el cerrar la puerta en su aturdimiento.

Cuando le saludó el del pasillo, a pesar del azaro, respiró más tranquila: comprendió que la puerta del otro fue verdaderamente la que hizo ruido. Aunque ese respirar hondo fue producido también—nadie lo duda—por haber cerrado tan a tiempo, cuestión de

segundos, la puerta de Esteban y librarse del inmediato cachondeo comentado a partir de que la hubiesen visto.

A pesar de todo, siguió el camino a la cocina contenta, pensando en la noche y dando escobazos a una porquería, invisible por la oscuridad, mudándola de sitio para adelante y para atrás, al vaivén de su escoba. Volvió a ayudar a su amiga en la cocina, y hablaron, y cuando dijo:

—Parece mentira, pues durante mucho...—entonces se despertó Esteban.

Justo en el *pues* se despertó. Abrió los ojos, parpadeó dos veces. Es de día... Por la tarde... Esteban ha comido al mediodía en la pensión. Fue por la mañana lo de la bronca y etcétera en el colegio y los niños. Buscó a Pascuala por la habitación. Era lo único que no comprendía. Hasta la llamó.

—Pascuala... No está.

Esteban miró el reloj. Las cinco y media. El cabeceo ha sido bastante largo. Ahora, a esperar que llegue Pascuala con la contestación de la amiga. O ya ha ido, y se ha vuelto a ir, al estar él durmiendo. Cuando vuelva, todo se aclarará. Ahora, a reposar la siesta y a disfrutar, que al dormir se disfruta como idiotas, sólo al pensarlo o al recordarlo.

La habitación de Esteban, con poca luz, triste, callada, y él tumbado en la cama, quieto, casi muerto, parece el reflejo de un espejo diminuto. Sólo, alrededor, el mortecino sonido de un ambiente cualquiera, algo indescriptible, una nada muy cercana a la negación. En el fondo, la neblina de un ligero rumor: los coches y su ruido, multiplicados constantemente hacia el cero. El niño que en su lejanía maulla acercándose al minino. El insecto—mosquito trompetero, mosca de la mierda, moscón ariete—infla su zumbido por la constante cercanía de su huido cuerpo. La bañera lejana, llenándose de agua, clueca igual que una catarata que nadie puede localizar.

—Pascuala... Sigue sin estar.

El semirumor que le rodea y su pensamiento que él mismo sustenta le hacen olvidar su circunstancia de pensionado. La nueva casa de él y la Pascuala le hacen pensar en el grito que ahora mismo va a dar para llamarla, que ya se ha despertado y la necesita para cualquier cosa; sólo que la imprecisa realidad cambia el pensamiento en silencio.

—Pascuala—dijo de nuevo y (en vez), bajito.

La puerta se abrió y entró.

—¿Ya te has despertado? Buen sueñecito...

—Ya lo creo. Me ha dejado nuevo.

—No le importa.

—Hombre, me alegro... Parece buena, ¿verdad?

—Buena compañera si que es. Claro que hoy por mí y mañana por ti.

—¡Ah!, sí. Tú también le has echado una mano.

—Las dos, una a la otra, muchas veces. Que sí no se lo hiciera yo, de dónde.

—Bueno, mujer. Claro, así tiene que ser. Pero eso no dice nada malo para ella.

—Sí, sí, desde luego. Al menos, se puede hacer con ella. Otra no querría. Pero lo que te digo: no hace nada del otro mundo.

—Bien. ¿Y a dónde vamos? ¿Por aquí cerca hay algo?

—No sé. Habrá que mirar el periódico.

—Tú te encargas, y luego me lo dices.

—Entonces me voy a ver si consigo la cartelera. En algún periódico de ayer..., en la carbonera...

—¿Te marchas ya?

—Claro, algo siempre hay que hacer.

—¿Hacer?

—Hacer que hago, por lo menos.

—¿La patrona?

—¿Dónde? ¿Viene?

—Ja, ja, ja—Esteban se rió.

—¿Qué pasa? ¡Calla, hombre! Nos van a oír.

—Te preguntaba si era por la patrona.

—¡Ah!, ya comprendo. ¿Por quién va a ser si no?

—Sí, bueno, pues vete y busca eso. Yo iré al comedor a primera hora.

—Hasta luego.

—Dame un beso.

—Hasta luego.

—Adiós.

Esteban se tumbó otra vez. Acababa de abrir y cerrar la puerta para que saliera Pascuala con el campo libre. Ahora, y la otra echaba a correr por el pasillo, para inmediatamente continuar andando como si viniera de cualquier lado, hasta con una canción en los labios, un canturreo especial de disimulo, el diario, aprendido día a día: lunes, martes, miércoles, etc.

Al salir, Pascuala tropezó con el marco de la puerta y, de rebote, con Esteban, que aprovechó la ocasión, recogiendo con cierta suavidad el encuentro de ella. La mujer, por el camino, miró hacia atrás (no del todo; casi; que tenía que fijarse en lo que pudiera haber delante, y siempre las correrías llevan algo de intranquilo consigo), y su cara, invisible para Esteban—y así, mejor para los dos:

Esteban nada supo nunca; Pascuala, con cinco minutos, olvidaría lo que pudiera haber de malo y empezaría a recordar lo bueno—, dejó salirse la ira, no por la acción, sino por el sistema. Ninguno pudo darse cuenta aprovechable del roce. La criada incluso pensó que se había portado con cierta ira.

—Oye, ¿has visto alguna prensa por aquí?

—En la carbonera, ya lo sabes. ¿Al cine?

—Pues sí, ya te dije.

—No hace falta que lo mires; ahí—y señaló con la mano—ponen...

La conversación sigue, mientras Esteban empieza a dormitar, por tercera vez, la pesadilla del colegio. Sin embargo, una ilusión muy cercana ya—la de la noche—le trae algo de alegría y de desasosiego. De todas formas, la noche pasará con todo lo bueno que traiga, y mañana tendrá que volver a hacer el payaso delante de los niños, aunque mañana le toquen los que menos guerra le dan, que por miedo ni se atreve a pensar cuál de los dos grupos está previsto. Esteban, sin embargo, es el mismo siempre. No importa que los niños de mañana sean los menos malos. Esteban, con su derrota ya declarada de profesor, provocará al primer signo su caída por el empeño que con los restos de su carcomida hombría pueda oponer contra ella, precisamente. («Niños, a callar... Esto no puede ser, ¡caramba!» «Ja, ja, ja.») Luego el tobogán se hace tendiente e infinito: largo como cuarenta y cinco o treinta, o veinte, o quince... minutos de espera, para que llegue la tregua, la que anuncia el bedel con su voz dadivosa.

—La hora.

Y a respirar hasta mañana, o hasta pasado si llega el domingo. Pero la amenaza está, y ella impide la rebeldía y el cambio: la busca de un nuevo trabajo, donde los niños vuelvan a ser como antes: un peligro callejero, incluso divertido.

Desde la pesadumbre no ha visto pasar a Matilde. Está todo muy vivo. El cambio de presión, de la clase a la calle, le ha taponado un poco los oídos. El camino le empieza a calmar y la esperada vuelta a la escucha normal de las cosas le hace tentar la suerte: dentro de ocho pasos empiezo a oír. Siguen los taponcillos: uno, dos, tres... Cuando llega, todo se hace alegría, al menos en ese instante: el sordo que vuelve a oír. Si coincide con la quiniela, la alegría es doble, de dos instantes: uno por acertar, otro por oír. El trajín le ha alejado 30 ó 40 pasos del colegio. Matilde pasó, y se han dicho «hola» y «buenos días», nada más. Esteban está resultando fiel a la Pascuala, hasta en lo más insignificante, sin proponérselo.

Sintió sed. Se levantó y bebió agua con el vaso del cepillo de dientes, que enjuagó y llenó en el lavabo. Esteban ya no se echó. Miraba por las paredes buscando algo, lo que nunca se encuentra. Se estiró, ahuyentando el sueño, el vago, el aburrimiento, y su cuerpo quedó, un momento, formando un aspa tirante y frágil por los brazos y las piernas. En el armario tampoco hay nada; alguna ropa, papeles y unos periódicos que forran defectuosamente las baldas. «La Federación Catalana de Esgrima considera...», no interesa. «Tedeum por la reconquista de los valores...», no interesa. Hacia el lado derecho, doblado y contra el fondo, hay un crucigrama que asoma. Miró hacia la ventana y vio un lápiz en la mesa. El papel se rasgó fácil alrededor de las chinches al tirar de él. Desdoblado, el juego quedó intacto. Los cachos del periódico se fueron esparciendo por el suelo, al tiempo que el pasatiempos iba quedándose solo, cada vez más, en las manos del profesor. Se apoyó, casi echado, sobre el brazo izquierdo, y con la derecha, con la mano, más que con la cabeza, empezó a intentar resolverlo. Consonante: be, ce, de, efe, ge, hache, jota... Y por la ventana, entrando una luz muy triste, de tarde. Si se levanta y da a la luz, y la patrona la tiene ya dada, la habitación cogerá algo de alegría al menos, pero se tiene que levantar... Y por las paredes, o por el techo, o por la ventana otra vez, se filtra una conversación de radio, estúpida también como la misma luz mortecina. Si la patrona tuviera ya dada la luz, si se levantara y diera a la llave, todo parece—debía ser así—que se pondría más vivo, casi más alegre. El momento, sin duda, se está acercando; no debe de quedar mucho, pero es arriesgado todavía siquiera pensar en levantarse. Las consonantes pueden ser muchas. Río italiano, de dos letras. El autor del crucigrama se llama Tuskol, igual que un perro mimado, y cobra por él seis duros. Treinta por veintiséis, al mes, unas ochocientas. Más gana Esteban, pero el Tuskol sólo tiene que luchar con las letras.

La corbata cuelga de la llave del armario. Está muy arrugada. En la cocina se la pueden planchar—es la hora de la plancha—, y así se entera de paso qué hay del cine y echa unas palabritas con Pascuala. Un poco de soltura es lo único que necesita para la patrona, si llega el caso.

—Buenas tardes.

Las mujeres de la cocina respondieron alegres. Pascuala y la amiga se miraron. La cocinera se metió en el grupo—siempre ajena con sus cosas y difícil de trato por su edad—con las dos jóvenes amigas. El hombre entró, era el mismo gallo de la cocina, de lo

serviciales que en el gesto se las veía a todas ellas, lógico por la continua reclusión entre sus trabajos.

—¿Me podrían planchar esta corbata?

—Si no es más que eso—dijo la amiga, y miró con descarado aire a Pascuala: «Este planchón es para que el mozo vaya guapo al cine.» Pero su cara no expresó enemistad, nada. Lo hizo por el placer de hacer algo oculto a otra mujer. La curiosidad se alegra al saber lo que los demás no saben, por la avaricia de poseer las cosas, incluso las palabras. «La vieja, de campo, y nunca sabe lo que nosotras; para eso es vieja y no huele bien.»

—Mujer...

«Que le den morcilla.» La amiga, por lo menos, quería disfrutar ella sola con el secreto; Pascuala ya disfrutaba con el otro, y la vieja, que disfrute con lo que quiera.

—¿Qué hay del cine?

Hablaban en un descuido de la cocinera. Aquí, tal y tal...

—Aunque lleguemos a la primera un poco empezada...

—Tome usted, señorito. No ha sido ninguna molestia—le guiñó un ojo—, ¿verdad, tú?—le guiñó también el ojo a la otra.

Por los ojos de la planchadora pasó el odio al galope de la ira. «Te vas al cine, pero ya te la están guardando.»

—Muchas gracias.

—De nada, señorito.

Se quedaron las dos solas. La cocinera no cuenta. Tardaron en hablar, no porque no tuvieran nada que decirse; callaron las cosas que luego iban a decirse. En ese intervalo de silencio, los pensamientos fueron mucho más allá, y por esos lugares las palabras se hacen cobardes, y lo que se dice entonces es inventado, no tiene nada que ver con nada.

—Buen tiempo está haciendo hoy.

—Ya lo creo.

A Pascuala no le empezaba a gustar lo del cine. Esteban es muy impulsivo. Al cine y al cine. Y nada, al cine. Y la mujer, aguantando en la cocina lo que venga y recargándose de trabajo para el otro día, porque buen día se va a tirar mañana Pascuala con una casa de tanto trajín.

—¿Te molesta que vaya?

—A mí, ¿por qué me va a molestar?

—Mujer, parece que estás no sé cómo.

—Anda, tú ves visiones.

—No, creía...

La amiga se sintió cogida, y eso la cabreó más.

En la habitación, Esteban deja pasar el tiempo dibujando a Pascuala. Un buen cuadro es lo que hay que hacer para ponerlo encima del aparador del comedor de la casa. La patrona y todos los demás, a la calle. Que dejen todo tranquilo, y Esteban la pintará a ella desnuda y la perseguirá por todas las habitaciones vacías y limpias. Dibuja sin ganas, mientras la hora esperada (que tampoco se quiere que llegue, porque luego, mañana, etc.) se acerca segura: en el cine, la tarde también muere (aun a oscuras siempre); la película tiene un reloj en sus tripas inventado para el engaño, y su tiempo se estira y se encoge a voluntad de unas imprecisas ideas, económicas, intelectuales, sociales o lo que sea, y que así se han dado en llamar para enmascarar estúpidamente la misma vida, que también tiene un reloj, aunque útil.

Fue llegando la hora de cenar, y cenó en el primer turno, veloz, y todo con el mejor sabor de lo recién hecho. Después la hora del cine cayó, y fueron al cine, más tarde de lo que hubieran querido y mucho más pronto de lo que debieran haber ido. Esteban esperó en la esquina, fuera de los ojos vecinos y despiertos.

—¿Qué hay?

—Hola.

—Todo arreglado.

—Todo tranquilo.

—¡Coño, mira que hay que hacer números para salir!

—Ya ¡Qué le vamos a hacer!

Una organización ridícula, para el cine ridículo, por personas ridículas, para personas ridículas, contra personas... Dos películas alegres, vivaces, de héroes, y complemento para que el triste invente la alegría por tres horas, el muerto recuerde la vida durante un tiempo, el apocado pruebe el valor con una chupada.

—¿Nos tomamos un cafetito?

—Claro, mujer, a eso vamos.

—¡Qué bien! El caso es que volverse ya...

—Sí.

—Pero ahí hacemos un ratito.

—Claro.

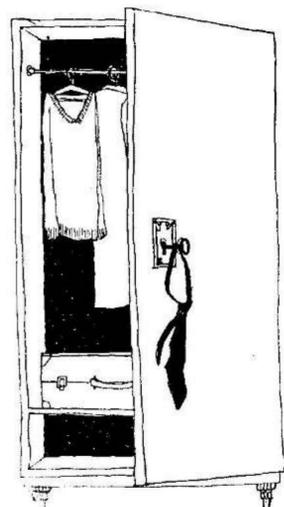
Pascuala iba muy agarrada del brazo de Esteban.

—Dos cafés cortados.

Esteban encendió un pitillo. Sabe bien después de no fumar un buen rato.

—Un poco de sifón, por favor.

En la calle hace fresco y la cama y las ganas de mear hacen desear la llegada. Esteban dejó correr el grifo del lavabo un poco después de hacer pipí.



En la cama, antes de dormirse, en realidad ya dormido, resonó la última traición del día, una vez más, bronca y jaleo...

V

La amiga de Pascuala se ha chivado a la patrona y Pascuala se ha tenido que marchar antes de que la corran de vergüenza. Esteban había pensado ir con ella al cine y ya no puede, eso es lo que más siente. Lo demás poco importa; con hacerse la puñeta todo se soluciona. Pascuala era un apaño porque estaba cerca, porque se dejó en seguida. Si se marcha o si la echan, bien está. Las manos son un instrumento muy útil que todo lo arreglan, o casi todo. Y si se le hincha la tripa, más lejos está. Lo peor es no poder ir al cine con ella, pero puede mañana decirselo a Matilde, aunque no es lo mismo. Tendrá que hablar con ella y decirle cosas agradables, eso es lo molesto. Con Pascuala era más fácil y muy cómodo sobre todo; le prestaba una mano, ella se la colocaba en algún lado y ya era feliz. Esteban, aunque al principio le costó algo acostumbrarse, después se olvidó de esa mano, y pronto se hizo a ser manco en el cine; más difícil sería ser tuerto. Ella hasta que llegaba al cuarto llevaba consigo la mano. Después, en cuanto se daba cuenta de que tenía dos manos otra vez, ya estaba en el chorro del agua para limpiársela, para refrescarla, para quitarse el olor: el pescado y el sudor mezclado con la oscuridad de los lugares escondidos de la criada. Su mano entonces resucitaba y hasta podía con ella limpiarse los mocos, dibujar o comer; era la derecha.

—Comprender, niños, que es justo, incluso deber de la sociedad, dejar que un hombre se gane su pan por medio de un salario mínimo. Nada puede compararse al sustento diario ganado día tras día con el trabajo honrado. El tiempo va pasando y sus huellas quedan en el hombre como testigos de su hombría, de su trabajo, etcétera. Comprender, niños, que boicotear (esa palabra ha quedado bien) el trabajo de un humilde obrero es manchar con rasgos indelebles y nefastos vuestros espíritus...

Cambió de táctica.

—Niños, el que un hombre se gane la vida no es cosa de risa. Me cago en diez, estaros quietos—gesticulaba y chillaba.

En el pasillo, dos comentaron.

—¿Qué le pasa?

—Será desde que se ha ido la Pascuala—y se echó un dedo a la sien, meneándolo para adelante y atrás.

Se fueron.

—Porque vais a estaros quietos y escuchados..., eso. Y a escuchar, como que me llamo Esteban. Que no hay derecho... Respetar y seréis respetados y enseñados...

Los alumnos desaparecieron del espejo. Se encontró en su habitación de pronto. Pero esta tarde no llamará Pascuala para pedirle la mano en el cine. Ya se ha ido y todo queda ya lejano. (Pascuala, ¿dónde estás que no te veo? Debajo del perchero.)

—Y cuando diga que el triángulo es una figura geométrica, le chillamos; y cuando nos mande callar, le chillamos; y cuando alguno pida permiso para ir al retrete, le pateamos; lo que tenemos que hacer es patearle y chillarle.

Esteban se ha quedado quieto, ni siquiera piensa. El espejo le refleja, nada más. Ahora parece que se descubre; poco a poco su figura se va viendo en sus ojos: algo viejo ya. Un mechón de pelos se le medio cae por la frente; se lo echa para atrás con la mano. Sí, ahora incluso está hasta más guapo. Distráidamente, el pelo, al inclinar la cabeza o con la mano otra vez, se le ha caído o se lo ha llevado hacia adelante. No, no le favorece mucho así el pelo. La punta de un zapato está blanqueada de polvo, como si se hubiera arrodillado en la iglesia; es una mancha bastante perfecta para ser casual; se la limpia en el calcetín del pie contrario. Así está mejor. Los dos zapatos perfectamente iguales (en apariencia) de limpieza o de suciedad. Parece que los dientes están algo más limpios esta temporada, desde que se acuerda de frotárselos todas las mañanas. Allá en el espejo se ven claramente, apretados unos contra otros, de arriba abajo y de un lado a otro.

Dejarse de tontadas y pensar en cosas más importantes es lo que hay que hacer. El colegio no es muy allá que digamos. Pascuala ya está lejos, ya dobló la esquina y sólo un recuerdo absurdo, el dedo meñique, que fue lo último exactamente que de ella se vio (empequeñeciéndose en el tiempo, empañándose su visión fresca) es lo que quizá de cuando en cuando se deja ver: la fotografía del pequeño miembro a lomos de la figurita de metal que navega por un canal sin agua tirado por una fina cuerda invisible ante el torpe paisaje del fondo de la barraca de feria de tiro al blanco, que a trompicones llega a dar incontables vueltas en un día.

La tiza vuela por la clase, y los alumnos, agachados para evitar los tiros, rugen de alegría. Los trozos van dejando blancas señales en todas las partes oscuras, armarios, mesas, pizarra, paraguas del señor profesor, etc. El suelo ya está sembrado, pero aún quedan en el aire miles de surcos continuos, blanquecinos, cambiantes: una red absurda de huidizas cuerdas donde se va trabando la congoja de Esteban.

—Silencio, ¡silencio!

Los niños callan, pero las tizas, lo mismo que si fueran vivas o que si flotaran, rasgan el aire (su siseo no se puede llegar a considerar ruido y por tanto transgredir la orden del profesor) y dan en los puntos previstos—no por quien las lanza—por las normas de la dirección, sentido, fuerza, gravedad, frotamientos y azar. Aquí, allí

acá, allá, las señales van quedando. Dos tizas, de pronto, han chocado en el aire: una ha caído, la otra ha seguido su camino dando vueltas sobre sí misma renovada su fuerza. El ruido ha vuelto y es una pena, porque entornando un poco los ojos y la vergüenza hasta resultaba un espectáculo bello.

—Comprendo que preferáis las guerras de tizas a las prácticas de dibujo, pero conviene que os intente enseñar las reglas de las nobles contiendas, ya que las del estudio debo de comprender que explicarlas resulta estúpido e inútil de todo punto.

Nunca debe un tirador intentar sorprender con malas artes a su enemigo.

Nunca lanzará más de un trozo de tiza, y éste no deberá exceder de un tamaño tal que de una completa sacará como máximo tres proyectiles.

Nunca acometerá al caído en la lucha.

Nunca intentará dar dos veces seguidas al mismo enemigo y menos en igual sitio.

Nunca desoirá los avisos, amonestaciones y consejos del juez de campo.

Y el juez de campo soy yo.

—Todos contra todos.

—¡Todos contra todos!

Los malos vientos de la tormenta se levantan desde los cuatro puntos, encontrándose y desbaratando (la risa es la peor compañera del tirador) las trayectorias de los tiros. ¡Ja, ja, ja, ja, ja! Millonarios en risas, cortos en caridad, los niños machacan su vitalidad contra los que más a mano tienen.

—¡Que llamo al señor director! ¡Señor directooooor!

La voz de Esteban se confundía—como algo más de ella—entre la espantosa barahúnda de sus alumnos.

—Pom, pom, tran, tran; pom, pom, tran, tran...—uno.

—Pium, pium, piuuu...—dos.

—Tararí, tararí, tararíiii...—tres.

—Trainn, trum; trainn, trum...—cuatro.

—Chin-chón, chin-chón, chin-chón...—cinco.

—Ahaaa, ahaaa, aaaaah...—seis.

—Tararaaa, tararaaa, taraaa...—siete.

—Iguales para hoooy; iguales para hoooy; iguales...—ocho.

—Bravo, bravo, bravoooo...—y aplaudía, nueve.

—Toc, toc, toc...—diez.

Así hacían ruidos los alumnos más claros de voz o que por su situación en la clase resultaban los más fáciles de entender. Estos y los restantes niños formaban un conjunto, una reunión de todos: un estrepitoso aahaah, aahaah..., igual que un tren al pasar veloz, igual que los espectadores de algo público, igual que los fieles de determinado culto o religión, igual que un hormiguero laborioso... ..

Esteban paseaba (lo único en que todavía demostraba su libertad). Sin embargo, un día, al rato de soportar la gresca de los alumnos, se hace el silencio más absoluto entre los niños. ¿Un milagro? ¿Un extraño suceso imprevisto? ¿Una coincidencia por azar? Lo que sea, sigue. Esteban, que su feliz asombro le dejó quieto, acaba de volver a pasear, y el aahaahaah... aparece de nuevo. Fue un suceso imprevisto o el mismo azar que rompió su paseo, quizá.

La clase diaria se había concertado perfectamente. «Usted nos deja hacer lo que queramos y nosotros no tocamos su persona.» «Vosotros me dejáis tranquilo y yo no me meto en vuestras cosas.» De acuerdo. Mientras ninguna de las dos partes intentaba sobreparse, las cosas marchaban. Lo malo es que Esteban procure poner orden; todo lo que le queda en pie, lo poco, se desmorona; y son necesarias muchas razones para volver a lo pactado. Aparte de esto está el tiempo de duración de la clase, tres cuartos de hora, pero esto está fuera de las dos voluntades enemigas.

Con el paseo Esteban llegó a la pared de los armarios y volvió casi sobre sus pasos: tac, tac; tac, tac. Algo impreciso se empezó a formar: como si fuera expectación, como un trance que va llegando poco a poco de mística escolar. El jaleo se fue convirtiendo en rumor... Esteban percibía también las mágicas notas del aire. Calmaba su paso al compás del rumor, que cada vez era más quedo.

—¡Ji, ji!—alguien que no lo pudo contener.

La sonrisa, tan aislada, resultó incluso algo provocativa; sin embargo, un nuevo silencio reclamó cualquier atención. Una nueva alternativa mostraba la ya cansada cara de la clase, un impreciso y mágico ambiente. Era ilusionante pensar que algo podía cambiar en la estúpida vida de unos alumnos y un profesor.

—Silencio.

No, ya pasó la calma. Esteban está llegando a la otra pared. Fue demasiado el silencio, y Esteban, al andar y oír la gritería, se sintió aliviado. Haaa...

Después de la clase Esteban recuerda los sufrimientos pasados: una gran losa que mañana volverá a caer. En cambio, cuando está entre sus alumnos, si bien tiene ganas de que el tiempo pase, volando a ser posible (difícil o imposible, porque eso no le ocurre al tiempo y por el deseo tan grande de que así ocurra), para poder mortificarse en la espera del resto del día siguiente, se regodea sin pensarlo en lo que todo aquello representa, en la espera de algo—el timbre o la hora o el bedel simplemente, que aparece como se lo dice la costumbre tan poco gloriosa de asomarse (cada vez menos) a cada puerta que tenga encima del dintel número y no letras: W. C., ordenanzas,



servicio, laboratorio, etc.; o del aviso al teléfono, o de la visita de inspección, o de la llamada a algún alumno al teléfono, que antes era para el profesor—y suspender la clase por alguno de los motivos para siempre (hasta la del lunes, o martes, o miércoles, o jueves, o viernes, o sábado, según el día que sea hoy) o para un rato simplemente, pero que ya parte en dos o en tres la clase, y volver a ella vagueando un poco con cualquier tontería para llegar a tiempo de esperar sólo un rato y salir a la calle, aunque el profesor ya no sabe qué es lo que debe desear: si una clase corta y desagradable o una espera larguísima y amarga. Posiblemente el paso de una a otra situación, el cambio constante, de aquí para allá, y de aquí para allá, y de aquí para allá, ahora, ahora,

ahora, es lo que más desee, lo único que pueda desear—aunque también malo—por perecedero, fugaz. (Salta, monito, salta, al compás de tus broncas. Que ya son tuyas; especialmente dedicadas a ti.)

El espejo está en el mismo lugar. Siempre que lo busca, siempre que lo quiere mirar, ahí lo tiene, delante de él, haciendo de perfecto compañero, inseparable. Con él morirá también. Después ya la inútil plancha de cristal se quebrará con cualquier golpe. Los trozos irregulares y cortantes, desde el suelo, por sus finas aristas, resplandecerán por las pocas cosas que un hombre en su vida ha hecho como hombre. Lo demás se quedará en algún lugar oculto del vidrio.

La paz y la guerra se suceden extrañamente en los minutos y los días, alternándose sin razón alguna. La dramática experiencia de Esteban le hace esperar el siguiente trancazo o la nueva calma con el miedo al segundo desconocido en que empezará a regir la siguiente situación; si paz, la guerra; si guerra, la paz.

Sin embargo, ese instante es lo único que le reconforta. Lo doloroso es que el presente no es más que un huidizo pasado que se recuerda, que no sirve ya, y el futuro una constante evasión al infinito. Ese instante, ese cambio esperado por Esteban no es más que un engaño-bobos, un trago de saliva: la esperanza convirtiéndose en desesperanza y, al tiempo, el cuerpo volviendo a empezar a crear otra esperanza, otro futuro trago, para que ocurra lo mismo.

Esteban se desazona con la calma. Todo está quieto, pero esta quietud ya está fabricando los vientos de la tormenta. Los niños le miran tontamente, pero en sus ojos—si lo hay, lo hay; si no Esteban lo arregla todo con su pensamiento—está incubándose el porqué del ventarrón.

Esteban sufre con la tormenta, le da miedo; pero a fuerza de padecerlas se va haciendo a su miedo, que no es más ya que una costumbre. Más tarde la calma tendrá intranquilo a Esteban por la preocupación a que se acabe, al cambio violento cuando llegue el primer trueno (por el miedo al instante desconocido, no a la cosa, que ya sabe cómo es); sin embargo, eso es precisamente lo que desea que llegue, aquello que no le preocupa, ni espera ni tiene miedo; pero es un instante tan fugaz...

Esteban sigue absorbo los altibajos del aula durante el tiempo de la clase; se infla hasta estallar de gritos y jaleo o se deshinchaba de tal forma que hasta falta el aire de paz y silencio. O se llena de un aire viciado o que queda casi sin aire que respirar y se le juntan mucho las pieles de delante y atrás. El es algo más que padece las órdenes de una voluntad poderosa y colectiva: el azar, quizá. Los niños, igual que el profesor, sufren la fuerza sólo que al contrario del dibujante, no en el respirar (ni siquiera en la alegría por el momento de victoria, siempre para ellos victoria), pero sí en una felicidad teórica al pensar que ellos hacen lo que quieren.

Sin embargo, así está ya cifrada la conjunción de las dos partes. En un punto cualquiera se han juntado y, hagan lo que hagan, aquello que harán en un determinado momento ya es esperado por las mismas cosas que desencadenarán tal situación. Tal situación, naturalmente, será la última, el fin de la batalla total, aunque el recuerdo pueda o no pueda perdurar.

—Veamos, niños, silencio.

—¡Veaaamos...!

Qué vamos a tener que ver. Nadie necesita ver nada. Y si no, ahí están los ciegos. Esteban es el que tiene que mirar en dónde pisa, que si no va a poner el suelo bueno de manchones de tiza blanca aplastada, que las mesas, paredes, manos, ya están buenas, ya. Esteban debe mirar para el suelo. Ahí se encuentran siempre las cosas; hasta se puede encontrar la razón de la calma y la guerra diaria. Una señal, cualquier cosa (un círculo marcado con tiza que al pisarlo restablezca la paz y para siempre mientras lo esté pisando y no abuse, claro es, demasiado) que le indique el porqué de tan absurdo comportamiento y se obligue todavía más con sus alumnos, ya que él mismo será el que desee buscar y encontrar el cepo que agarre su paz, aunque también sea el trincado. Usted precisamente que es libre, por lo menos dentro de sí, pierda su libertad, déjese llevar por ella y apúntese, comprométase con algo. ¡Ya la libertad ha pasado a ser una palabra del diccionario perfectamente definida, acotada, clasificada, viene del latín...!

Esteban comprende, ya era hora de que algo le entrara en la cabeza, que su vida, como la de los santos o la de los héroes—de tonto que es—, no es cosa de este mundo, como dicen los tratados de espiritualidad. Pero esto ya no tiene remedio.

—Salta, monito, salta... —le están diciendo en estos momentos sus alumnos a coro.

Y Esteban a la orden recorre la clase de un lado para otro, a la pata coja, al canguro, al paso de baile. Los niños se rien que no pueden más con el mono recién acabado de domar.

—Ha quedado un número muy simpático el del mono.

—¿Verdad?

—Ya lo creo —dijo otro—; cuando daba los saltos de costadillo.

—¡Ja, ja!

—¡Je, je! Ya lo creo.

Esteban reconoce que su payasada ha quedado bastante perfecta. Igual que si lo hubiera hecho un profesional. Y en realidad él cobra un dinero y lo paga como puede. Una de cal y otra de arena. También en la pedagogía moderna dicen que la enseñanza debe ser amable y entretenida para las tiernas cabecitas de los niños.

—¿Sabe usted algún salto más, señor profesor?

—Pues sí, me figuro... ¿Por qué?

—No, por nada; por saberlo...

—... Para otra ocasión.

—¡Ja, ja! ¡Je, je! ¡Ji, ji! ¡Jo, jo! ¡Ju, ju! —dijeron todos los niños al tiempo.

Las risas se cortaron, tajantes, a un «¡ya!» a viva voz que dominó la clase. Esteban de nuevo se sorprendió; es un hombre que fácilmente se sorprende. Miró rabiosillo con ojos de perro faldero enfadado; buscó, pero nada encontraba. Sin embargo, algunos se miraban y se frotaban las manos demostrando su complicidad. La vista se les iba hacia el suelo. Esteban miró y vio, por fin, alrededor de él un círculo marcado con tiza.

—Ya se ha dado cuenta.

—¿Ves? Por mirar.

—Bueno, es igual.

Las voces fueron nada más que un susurro en el silencio. El profesor mandó callar. «Y tiene razón», susurró otro; chiss, todos pensaron que tenía razón. El pacto, aunque fuera entre ellos mismos y para reírse, había que respetarlo. Esteban se salió del círculo de costadillo, y los niños, al traspasar la línea, volvieron a gritar.

—¡Ahaaa..., ahaaa...!, de costadillo, de costadillooo...

Esteban probó a entrar en el círculo otra vez.

—¡Ahaaa!... —no les dio tiempo a más.

Esteban ya estaba en su guarida. Ya le han enseñado una nueva cosa en su amaestramiento, en su doma. Ya está domado, pero ha conseguido saber algo que le permite mantener en silencio a sus alumnos, aunque le ha costado mucho berrinche.

Volvió a salir, quizá por asegurar su hallazgo, quizá por olvido incomprensible. ¡Ahaaa!... Sí, es eso. El círculo supone la paz. Se sonrió, ya están dominados. Eso pasa: el esclavo, en cuanto encuentra un truco que dulcifica a su opresor, se cree que ya está libre, que incluso —bonita cosa— ha conseguido su libertad. Y sólo es darle un poco más de cuerda al collar del cuello del animal. El profesor espera que el círculo esté todos los días pintado; pero comprende, no sin temor, que no debe demostrar excesivamente su conocimiento, no vaya a ser que los niños se den cuenta, se aburran y vuelvan a empezar con la siguiente tabla de la doma. Y vuelta a empezar.

Con un poco de tiento puede hacer creer al resto del colegio que ha conseguido al fin lo ya imposible, dominar. Con unas cuantas entradas al círculo dosificadas puede conseguir cara al pasillo, a la dirección, que todo ha empezado a marchar.

—Cuando se quiere dibujar un arco como si dijéramos cortándole un pico a la elipse... —decía desde dentro.

Los alumnos callaban, la voz se podía oír.

Esteban se fue hacia la pizarra. La contenida gritería saltó sobre su espalda, la machacaron y fue al suelo por fin. La espalda se sintió herida; la espalda de la cobardía, la del que da y la del que recibe. En la pizarra, pintando mecánicamente, recién estudiado, con el modelo a la vista, nada molesta. Después con valverse al círculo podrá explicar lo que ha pintado. Todo es sencillo ya.

Esteban, al final de la clase, tiene que andar desde su guarida a la puerta al amparo de lo que quieran hacer los niños. La estruendosa traca final, a pesar de la calma del círculo, le deja el recuerdo de los alumnos; un saborcillo de boca difícil de quitar. Lo bueno sería tener el círculo al lado de la puerta o poder dar un salto como la distancia que le separa de ella, por grande que fuese.

—Adiós, adiós, ya se va.

Ni volvió la cabeza para contestar. Mañana tendrá que dar la clase, pero cuanto antes deje de verlos, mejor. En la calle se encuentra solo. En la pensión, también. Ya no tiene a Pascuala, y de los niños, cuando uno deja de soportarlos, es mejor olvidarse; sin embargo, si no está con los niños, nada tiene que hacer. Estos son los que le dan de comer y un alivio para después de la clase; sus buenos alumnos le dan una lata terrible para que después él comprenda mejor lo que es la tranquilidad; y mañana al mediodía volver a comprender lo que es que los niños estén a una tarde y una noche de distancia; y pasado mañana, al mediodía, comprender que los niños hacen esas cosas que hacen por su bien casi, sólo porque son niños

# HEMOS VISTO SU ESTRELLA...

JOAQUIN ESTEBAN PERRUCA

ERA como una gigantesca bola de cristal desprendida de un invisible abeto navideño. Se posó suavemente, sin ruido, sobre la tierra seca, y tres hombres surgieron de ella. Iban vestidos como beduinos del desierto y comenzaron a subir, lentamente, por la ladera de la áspera quebrada que se hundía en el Lago de la Sal.

Caminaban en silencio, y al llegar a lo alto de un alcor, se detuvieron. Otearon un momento el horizonte y siguieron avanzando hacia el norte, en línea recta.

Era invierno y caía la tarde. El sol, rojo, inmenso, amorataba los valles y ensangrentaba los cerros. Un vaho cabrilleante subía del Poniente, como si el astro, al caer, estuviera haciendo hervir las aguas del Mar Muerto.

Ya de noche, llegaron a Bet-Harán. Uno de ellos preguntó a una mujer si Jericó estaba muy lejos. La mujer no supo qué decir y condujo a los tres hombres a la caravánera. Dos comerciantes de Alepo les dijeron que les quedaban seis horas de camino. Entonces decidieron pasar la noche allí, bajo los pórticos, no lejos de la hoguera que habían encendido unos camelleros.

Antes de dormirse, contemplaron el cielo. La estrella estaba allí, al noroeste, con su cola azulada brillando débilmente. Se miraron y sonrieron...

Desde la destrucción de Sodoma no habían vuelto. Recordaban, sin embargo, la ofensa inferida a sus enviados y cómo Dios les había autorizado a arrasar la ciudad con su fuego. Luego se habían aproximado muchas veces, pero Dios ya no quiso jamás que intervinieran. Sólo ahora, desde hacía cuarenta jornadas, se encontraban de nuevo sobre esta tierra inhóspita, esperando el momento solemne, aprendiendo el idioma y estudiando las costumbres del pueblo.

Hasta que apareció la estrella. Entonces ocultaron la nave en lo hondo de aquella quebrada y descendieron...

Por la mañana, muy temprano, abandonaron Bet-Harán. Hacia frío y marchaban con paso ligero. Sería mediodía cuando apareció allá abajo el valle del Jordán, verde, risueño, como un espejismo en medio del desierto. Tomaron un sendero que discurría entre peñas, y al llegar al río, descubrieron la caravana que venía de Oriente.

Era una larga caravana encabezada por tres jinetes a caballo, y sin duda se trataba

de grandes personajes—principes, reyes, magos o sacerdotes caldeos—, pues les acompañaba un rico séquito: veinte asnos, cuarenta dromedarios, cincuenta camellos...

Al ver a los tres hombres, uno de aquellos personajes—el más viejo—se detuvo y destacó un emisario para que les preguntara adónde se dirigían y quiénes eran. Al saber que eran simples beduinos que no llevaban armas y se dirigían a Jerusalén, el anciano les invitó a unirse a la caravana y les ofreció tres camellos.

La estrella apareció una noche en el firmamento de los tres planetas, muy cerca de Sirio. Al verla, todos comprendieron que había llegado el signo de los tiempos, y los tres reyes se pusieron en camino. Una inmensa multitud los despidió en silencio. Llevaban la representación de toda la Humanidad de todos los planetas, pues sólo ellos serían capaces de llegar a tiempo. Dios había permitido que los hombres fieles se incorporaran así a la Redención de los rebeldes, presenciando el misterio de la Encarnación del Hijo, y los tres reyes de los tres planetas más próximos a la Tierra habían sido los elegidos.

Los tres se reunieron en uno de ellos. Los tres se abrazaron, temblando de gozo ante el increíble misterio. Luego penetraron en la esfera que, suavemente, se fue alejando del planeta hasta que no fue más que un puntito azul en la cola azul de la estrella...

Al llegar a Jericó hicieron alto en el camino. Los caldeos invitaron a los beduinos a tomar con ellos una infusión de hierbas. ¿Quiénes eran aquellos hombres de rostro luminoso y mirada serena que ocultaban su dignidad y su nobleza bajo una siroquera de burda lana y un oscuro cafetán de estameña?...

Para hacerles hablar, les contaron, en lengua aram a, que eran magos, sacerdotes persas, y desde sus *zigurats* habían visto una estrella... Esa misma estrella que ahora titilaba en el crepúsculo, sobre sus cabezas. Ellos sabían—no explicaron cómo—que anunciaba el nacimiento de un niño. Un niño que llegaría a ser Rey y uniría a todos los hombres bajo su cetro... Por eso se habían puesto en camino, porque querían adorar los primeros al nuevo Rey que dominaría la Tierra...

Entonces, los rostros de aquellos tres hombres se iluminaron. «Nosotros—dijeron—también vamos a adorarlo, porque ese Niño es Dios y hemos visto su estrella»...

La habían seguido durante mucho tiempo. Iba describiendo una órbita gigantesca, un arco inmenso que abrazaba a la Tierra, y cuando estuvo cerca, se alejaron de ella...

Lentamente, la esfera empezó a ser atraída por nuestro planeta. Dio varias vueltas a su alrededor y los tres reyes contemplaron, abortos, mares, ríos, montañas y selvas. Luego descubrieron aquel pequeño mar—el que ocultaba las ciudades malditas, el lugar más humillado de la Tierra—y posaron suavemente la nave en un hondón desértico.

Cuarenta días observando. Cuarenta días aprendiendo... Cuarenta días encerrados en su cápsula, tendiendo los ojos y los oídos de otros mundos sobre este mundo nuestro... Hasta que, al fin, cuando creyeron que ya sabían bastante, tejieron aquellas toscas ropas y abandonaron la esfera...

Entraron en Jerusalén por la Puerta de las Ovejas. La ciudad, alborozada, acudió para verlos, y el rey Herodes envió un mensajero. ¿Quiénes eran aquellos orientales que traían séquito tan nutrido y tan fabulosas riquezas?

El rey Herodes se conmovió, y con él, toda Jerusalén. Recibió a los tres magos en el patio central de su palacio de mármol, y aunque se mostró muy cortés, todo en él era fatuo, hinchado, untuoso y altanero.

«Cuando le encontréis, avisadme, os lo ruego, pues yo también quiero ir a ofrecerle mis respetos»...

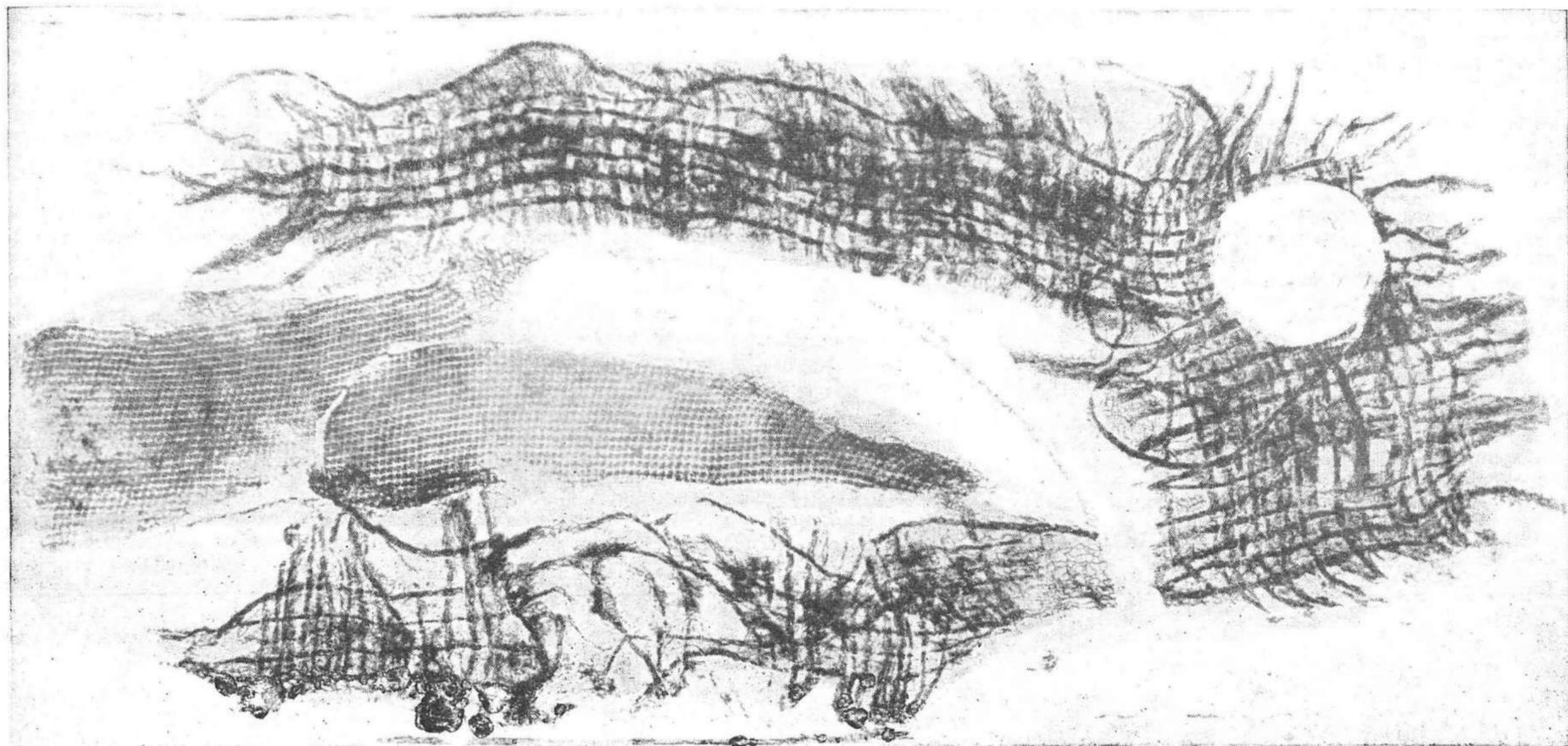
Los ojos de los tres reyes perdieron su brillo porque en los de aquel hombre descubrieron, de pronto, toda la mentira de este mundo nuestro...

Fue todo muy simple, muy sencillo. Los tres magos se acercaron y, con hermosas palabras, ofrecieron sus tesoros al niño. Los tres reyes, sin embargo, permanecieron mudos ante aquel misterio. Al fin, tímidamente, se acercaron y pusieron en manos de la Madre una flor blanca, de raro perfume e increíble belleza. Luego se retiraron, inundados de gozo, pero el corazón deshecho. Dios, el mismo Dios que había permitido que ellos castigaran a las ciudades malditas porque habían querido corromper su pureza, se entregaba ahora, inerme, a la locura de los hombres de esta tierra...

No regresaron por Jerusalén. Acompañaron a los magos hasta los límites del desierto y se despidieron.

Largo rato caminaron en silencio. No querían hablar. No podían hablar, porque ahora sabían que Dios, su Dios, el Dios del Universo, se había hecho hombre, como uno de ellos. Lo que no sabían era que allá, en la gruta de Belén, una Mujer, una Madre tan limpia como ellos, mientras mecía al Niño, apretaba la flor contra su pecho.

Una flor de increíble belleza que jamás se marchita, porque crece en las cumbres más altas de lejanos planetas...



## ¿CONCIENCIA O REINCIDENCIA?

**AMIGO NUÑEZ DE CASTRO:** Por segunda vez ocupas este recuadro. Nuestra excepción obedece a dos razones: una, que los escritos que nos mandas siguen teniendo la rara sinceridad que los principiantes pierden nada más haber principiado. Otra, que (¿nos pasamos de listos?) ese autor de versos, cuyo apellido coincide parcialmente con el tuyo, eres tú mismo.

REIGATE (Surrey)  
11th November 1967

Sr. Don Luis Ponce de León  
Director de «LA ESTAFETA»  
MADRID

Estimado amigo:

*El pasado abril, en el número 368 de su Revista tuvo la amabilidad de publicarme un cuento: «La vencida».*

*Desde entonces ha pasado mucho tiempo y probablemente, entre sus muchas actividades no me recuerde.*

*El mejor modo de ensamblar este tiempo es haciéndole un nuevo envío de mis escritos.*

*La fiebre de escribir no cesa en mi vocación.*

*Pero la mayoría de mis escritos son tan turbios y oscuros que no tienen otro destino que permanecer mudos en el cajón.*

*En medio de esa confusión va creciendo una obra de teatro que, como la anterior (le hablé de ella en una entrevista que tuve con usted en la Redacción), volverá a yacer sin la palpación de un escenario.*

*Frente a estas frustraciones queda siempre esa esquinilla de esperanzas que quizá algún día destapen el cofre.*

*He seleccionado los dos ejercicios—no se les puede llamar de otro modo— que le mando.*

*Verá que sumo a mis dos artículos una poesía. Conoci aquí al autor (coincidente en apellido); un interesante estudiante que me leyó sus poemas, desordenados y contradictorios pero, a mi juicio, de una calidad excelente.*

*Le sugerí la idea de publicarlos y se negó a ello. Consegui con esfuerzos extraerle éste (no de los mejores) y yo mismo lo he pasado a máquina. Ahí lo tiene para juzgarlo, y si es posible publicarlo.*

*La próxima semana marchó de vacaciones a España. Al margen le adjunto mi domicilio ahí, agradeciéndole me tenga al corriente de la suerte de mi envío.*

*Muy probablemente a mi regreso de nuevo aquí pase por Madrid. De seguro que de ser así le haré una visita. Tiene un poderoso modo de convencer a los que todavía no estamos seguros del azar de nuestra pluma.*

*De nuevo darles las gracias.*

*Queda de usted reconocido y amigo.*

*Afectuosamente,*

ADOLFO NUÑEZ DE CASTRO Y CANO

## ROZAR DE HOY

Tras el cotidiano asalto de la vida, uno cansada-  
[mente se desnuda...]

se deja  
esa atención constante y trabajosa por las cosas

(estúpidas, lejanas)  
cuando cae indiferente la corbata.

Desabrocho lentamente la camisa  
y tras cada ojal vacío

caen como clavos, pequeños, duros,  
las heridas del rozar de hoy...

el nudo del zapato se me lia...  
paciencia... (siempre se resiste uno a sincerarse)

Al fin fuera,  
y van con mis despechos

esos zapatos que golpean la puerta del armario,  
Me quito el cinturón, [despedidos,

los pantalones,  
y yacen arrugados esos pudores míos

que tantas veces traicionaron ese joven querer que  
[resucita.

Qué de cobardías arrastra  
el caer lento de esa tibia camiseta,

vacía...  
Y cuánta miseria propia en esos calzoncillos.

El daño que hice, frío,  
la sonrisa dura,

libros  
se ven con las gafas, civilizada huella, lúcidas y  
[ciegas.

Desnudo estoy,  
como una hostia puro...

Si la muerte existe, quiero morir ahora.

Soy hermano de ese mar nocturno,  
Dios es ahora Dios, y yo me reconozco.

FRANCISCO BENITEZ CASTRO

**AMIGO RUIZ DE ADANA:** «El encuentro» ha sido afortunado. Por eso la respuesta la recibirás impresa y con una ilustración de propina. No te desahuciamos, pero tampoco has de envanecerte más de la cuenta, que si uno sirve o no para escritor, es algo que no llega a averiguarse con certeza ni después de haber escrito miles de folios.

Segue con tu «tremendo ardor literario» y, por si acaso, no des de lado tus estudios. Ya sabes que un conocido novelista francés adquiriría—o perfeccionaba—su estilo literario en la detenida lectura del Código...

Sr. D. Luis Ponce de León  
Director de LA ESTAFETA LITERARIA  
MADRID

Estimado Sr.:

Como escritor novel que soy, me dirijo a usted y a su magnífica sección «Principio Quieren las Cosas».

Soy principiante, ya lo he dicho, y joven—diecinueve años—, pero en mí bulle un tremendo ardor literario. Me es imposible refrenar esta vocación. Por eso escribo, por eso quiero seguir escribiendo, y para esto le envío uno de mis relatos: «El Encuentro».

Mas, sin embargo, siento cierto vago temor al escribirle al mandar el relato. Presiento que no le va a gustar, que van a desahuciar mi vocación, que voy a fracasar—casi antes de empezar—. Es lo que siempre me desespera: «¡No sirvo como escritor!»

Sin embargo, a pesar del miedo, espero ilusionado su contestación. Seguiré escribiendo, leyendo, estudiando—Derecho—, hasta encontrar su respuesta, impresa o en carta particular.

Y ahora reciba mi cordial saludo.

JOAQUIN RUIZ DE ADANA Y BELLIDO

## EL ENCUENTRO

*La noche va avanzando lentamente. Una oscuridad fresca se cierne sobre todo el misero ámbito de la choza. Fuera, cae la lluvia impetuosa y pesada. De vez en vez, suena el estruendo de la tormenta antecedido por la instantánea blancura de un rayo.*

*Yo voy anotando todas estas circunstancias con una febril minuciosidad. La intensa fiebre que me abrumba me hace sentir con impetuosidad romántica los mismos monótonos fenómenos a los que he asistido indiferente durante sesenta años—aunque, en realidad, no siempre he sido indiferente a las tormentas, de pequeño me causaban un pánico absoluto (ahora veo que era injustificado).*

*He vuelto a evocar brevemente, aunque con intensidad, toda mi vida. La fiebre se me ha intensificado. Intento, con absurdos esfuerzos, apartar mis pensamientos de mi vida vacía. Hoy ya nada me importa. Ni la miseria que me rodea y me ha rodeado durante los últimos años, ni el fracaso rotundo de mi existencia, ni el olvido y el desprecio de mis «semejantes», ni el despiadado destino que me ha atenazado en mi camino desastroso. Hoy, ahora mismo, la muerte calienta todo mi ser, me hace hervir en las últimas, febriles, agonías, mientras, fuera, el destino parece celebrarlo con sádico estruendo.*

*Pero, ¿qué sucede? En un instante ha cesado toda la furia de la borrasca, se ha hecho la calma. En seguida comienzo a apreciar una vaga sensación de luz. Empieza a amanecer. En poco tiempo distingo las sombras y perfiles de las cosas que, amontonadas, llenan la choza que me guarece y amortaja.*

*De estas sobras se destaca la sombra móvil de un hombre. Se me acerca. Aproxima su rostro a mis ojos: es un joven. ¡Soy «Yo»!*

*Soy yo en mi juventud. Es mi «yo» joven que, por causas misteriosas, viene a encontrarme en los últimos momentos de mi vida.*

*«¿Dónde estoy? Me he perdido en una tormenta y he buscado refugio en esta choza. ¿En qué lugar me encuentro?»*

*El joven —«Yo»—, apuesto y ambicioso, me acaba de dirigir estas palabras.*

*Me extraño al verlo dirigirse a mí con tanta naturalidad, sin percatarse de mi estado. La enfermedad y el hambre me han venido destrozando durante meses. Por último, la fiebre y los estados agónicos que me han sumido han debido dejarme desfigurado, espectral.*

*Mas, ¡claro, no ha notado nada porque nada tengo! En un instante ha desaparecido todo signo de enfermedad. La fiebre ya no me atormenta, no siento hambre, ni sed.*

*Me levanto y contemplo mi rostro en el espejo roto que cuelga en una pared. ¡Asombroso! Toda mi faz rebosa alegría y salud—una alegría y salud que sólo de joven experimenté.*

*Mi joven Yo, que me ha seguido extrañado de mi asombro hasta el espejo insiste, impaciente, en su pregunta.*

*«Hijo—respondo—, esa es una cosa a la que hace un momento te hubiera contestado, mas ahora ni yo mismo me atrevo a decir dónde nos encontramos. Pero, dime: ¿Quién eres? ¿Qué buscas, qué esperas, a qué aspiras en tu vida?—le pregunto ávido de curiosidad—. Mas demasiado bien conozco la contestación a mis preguntas.*

*Una llamarada de orgullo ilumina la faz de mi «Yo» Su «yo» sale radiante por sus labios. En un momento se muestra a sí mismo como un genio. Los desprecios a los humanos se amontonan en su boca. Los elogios a su propia persona sobrepasan el límite de mi cansada fantasía. Se presenta a sí mismo en el porvenir como el único genio de la Historia, como el gran descubridor de todos los misterios humanos, como el más grande poeta de todos los tiempos, como el más intenso y profundo pensador, como, en fin, el hombre más extraordinario que jamás existiera. —Me resisto a reconocerme en él—. A cada nuevo ensalzamiento que se hace, su orgullo y su desdén por los hombres y por mí mismo van creciendo apresuradamente.*

*Cuando ya no le quedan virtudes que otorgarse, ni defectos que achacar, cesa en su allocución.*

*Yo, anegado en amargura, sumido en una profunda tristeza, apenas sé qué decir. Le hablo de mi vida desgraciada, de mis fracasos, del horrible vacío de mi existencia.*

*En seguida veo marcarse en su cara el odio y el desprecio, su mirada hermana me taladra con su orgullo. Se yergue altivo y sale apresuradamente de la choza.*

*Un vendaval de lágrimas baña mi cara. En el manso fluir de mi desesperación vislumbro vagamente la interrumpida noche, la tormenta estrepitosa, la fiebre que vuelve a abrazarme.*

*En esto, voy notando con alegría que expiro lentamente...*

## FIN, CASI UN FIN, UN ENIGMA Y UN RECUERDO DE SWIFT



LUIS BONILLA: *Mitos y creencias sobre el fin del mundo*. Escelicer. Madrid, 1967. 234 págs. Ø11,5x19Ø. 100 ptas.

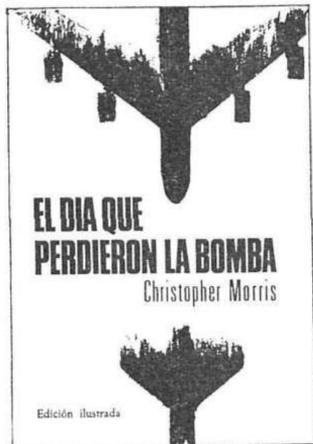
«La humanidad no ha creído jamás en la destrucción total del cosmos; pero el fin del mundo fue admitido siempre, no ya como una posibilidad, sino como una certeza, que a través de las más diversas culturas adquiere justificaciones astronómicas, mitológicas, religiosas o de expiación. En todo caso, el fin del mundo se considera desde dos puntos de vista generales: como destrucción definitiva o como regeneración periódica.» Luis Bonilla, partiendo de estos dos grandes apartados, de los que ramifican los demás en el tema, nos ofrece un interesante ensayo, así como un buen y completo documento. Indudablemente, por medio de los mitos y creencias sobre el fin del mundo, se puede profundizar en la mentalidad de los pueblos, no solamente en lo religioso. Bonilla hace historia, recorriendo la historia y estudia los hechos, procurando llegar a la trascendencia de los mismos. Desde los tiempos primitivos, desde las opiniones de los maestros chinos, Bonilla analiza este tema que, en el presente, ha cobrado gran actualidad ante los acontecimientos que presagian un fin realizado más por los propios humanos que por las fuerzas de la naturaleza. En el último capítulo, dice: «La cuestión del hambre suele inquietar menos que la amenaza de una guerra nuclear; pero de los dos peligros es más conocido y ponderable el primero. El peligro de las bombas nucleares ha llevado al límite el descontento por el rumbo de la técnica, y defrauda la ficticia felicidad que proporciona al crear, con el auxilio de la industrialización, necesidades superfluas que atan al hombre espiritualmente y le consumen en su adquisición todo lo que gana con su trabajo. Un círculo vicioso del que la humanidad difícilmente podrá salir. Pero en último extremo no hay que olvidar que también la técnica está logrando la posibilidad de emigrar a otro planeta, donde empezar de nuevo quizá a partir del arco y las flechas, si nuestro mundo comienza a arder en la inmensa hoguera nuclear de la ambición y la incompreensión.» Bonilla se detiene en las antiguas creencias de Indochina y la India, en la influencia de la astrología radicándola en Babilonia, en los pronósticos de Zoroastro y en los libros sagrados de Persia, en los profetas hebreos y en los apocalipsis apócrifos y en los monjes de Qumran. Pasa a los mitos griegos, a la concepción del fin del mundo según Séneca y a las señales en los Evangelios. Después de estudiar la antología nórdica, la Edad Media y las creencias musulmanas, bosqueja la obsesión de las personas en las profecías de los siglos XV y XVI. Américas y las nuevas concepciones con

el desarrollo científico en el siglo XIX. Es un magnífico tratado, necesario en la consulta de lo que siempre resulta, de una forma u otra, una amenaza.

JUAN JOSE PLANS

CHRISTOPHER MORRIS: *El día que perdieron la bomba*. Plaza & Janés. Barcelona, 1967. 317 págs. Ø14,5x22Ø. 150 ptas.

«Las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos mantienen todavía una patrulla de bombarderos, dotados de armamento nuclear. Cualquiera día, a cualquier hora, el silbido de sus motores, mientras estas naves surcan el cielo, podría representar el preludio de un desastre de carácter nuclear parecido al que tuvo lugar en España. No debemos perder de vista que, en tan sólo ocho años, se han producido ya en el seno de las Fuerzas Aéreas estadounidenses trece accidentes relacionados con armas nucleares. No hay duda alguna de que ha de producirse una nueva catástrofe: un segundo Palomares. Forzoso es que se produzcan nuevos accidentes si los gigantescos bombarderos del Mando Aéreo Estratégico continúan aterrizando en sus bases y despegando de ellas. Tal vez un día, ¿quién sabe?, será recuperada la bomba, aún perdida, que hace más de cinco años se tragó un pantano tras estrellarse un B-52 veinticinco kilómetros al norte de la base Seymour Johnson de las Fuerzas Aéreas, en Goldsboro. Pero lo que sí es imposible es que ni los mejores mecánicos del mundo garanticen que ningún otro aparato portador de bombas nucleares ha de volver a destruirse en suelo extranjero. La próxima vez que esto ocurra puede ser en Gran Bretaña, en Alemania, en Holanda o en cualquier otra nación de la Europa Occidental, de Asia, de Africa o Hispanoamérica. Y tampoco pueden, ni los más sabios hombres de ciencia, descartar por completo la posibilidad de



una explosión accidental. De lo contrario, ¿a qué someter esos terribles artefactos a pruebas tales como sumergirlos en balsas de petróleo inflamado o lanzarlos contra un muro o entregarlos a la acción del agua por espacio de varios meses? Por esta razón, la historia de Palomares no tiene verdadero final.» Así finaliza esta obra de Christopher Morris, que es un buen trabajo periodístico. Las consideraciones a las que ha llegado el autor son interesantes y dignas de tenerse en cuenta para un futuro, próximo o lejano. Es indudable que otra vez puede llegar a ocurrir un suceso semejante al de Palomares. Y, tal vez, sus

consecuencias sean realmente dramáticas.

Christopher Morris nos narra lo sucedido con un estilo periodístico que prende el ánimo del lector. Los detalles están contados con minuciosidad y presenta, a la par, las repercusiones políticas internacionales del suceso. También describe el pueblo de Palomares y las vicisitudes de sus habitantes y hace historia del tratado en virtud del cual los Estados Unidos de América, «a cambio de cierto apoyo militar y económico necesario para el resurgimiento de la Hacienda española, adquirirían el derecho de utilización de bases a instalar en el territorio español» (23 de septiembre de 1953). Todo lo contado parece verosímil, es decir, fiel a la realidad. Como objeción pondré a la obra de Morris sus simpatías comentarios que resultan demasiado etnocentristas.

JJP



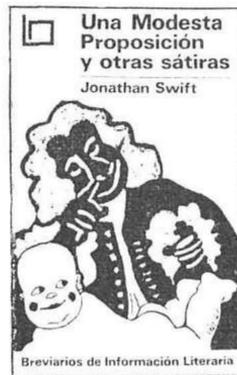
JOHN G. FULLER: *Incidente en Exeter*. Plaza & Janés. Barcelona, 1967; 311 págs., Ø14,5x22Ø, 150 ptas.

El autor, once días después de que dos oficiales certificaran la presencia de un OVNI (Objeto Volante No Identificado), se encontraba falto de inspiración para no dejar en blanco su columna en la revista Saturday. «Por aquel entonces no sabía nada del incidente de Exeter y poco, por no decir nada, sobre objetos volantes no identificados. Una vez, hace unos años, ayudé a producir un programa de televisión en la CBS que tenía, como invitados, a unos técnicos que habían visto "plátillos volantes". Esto era todo lo que yo sabía sobre el particular. Como de costumbre, empecé la lenta y pesada búsqueda en la mezcla de recortes y notas indescifrables que guardaba en el último cajón de la derecha de mi mesa, a fin de encontrar material para mi artículo.» Pero el material era poco prometedor. Y Fuller decide investigar por su propia cuenta el caso de la aparición de un OVNI en Exeter, New Hampshire. En el libro, siendo el escritor principal protagonista, nos va relatando de una forma amena su contacto con las personas y autoridades del lugar. Llega a la conclusión de que, ciertamente, el OVNI ha sido un hecho verdadero. Y por si le quedara alguna duda, él mismo ve un «plátillo volante». El libro está plagado de casos, de informes, de investigaciones, de documentos. Resulta de interés, aunque, literariamente, carezca de valor. Naturalmente, la obra tampoco resuelve el si existen o no los OVNI.

JJP

JONATHAN SWIFT: *Una modesta proposición y otras sátiras*. Editorial Brújula. Buenos Aires, 1967. 91 págs. Ø 11 x 17,5 Ø. 50 ptas.

Hemos de reconocer que, si bien Jonathan Swift ha sido uno de los más importantes escritores satíricos de todos los tiempos y personaje que no dudó en tratar con especial maestría arduos temas que en no pocas ocasiones le hicieron presa fácil de espinosos peligros, se encuentra prácticamente olvidado hasta por aquellos españoles que toman la lectura como una de



sus más importantes actividades. Son contados—casi todos ellos especialistas, desde luego—los que colocan al autor irlandés en su relevante puesto literario. Una mayoría, dentro del grupo de los que leen (que no tiene nada de común con el de los que se limitan a comprar libros como motivo decorativo), lo asocia a *Los viajes de Gulliver*. Otros lo recuerdan una vez que les ha sido dicho de antemano el título de la mencionada obra. Y es muy raro, ni en los ambientes universitarios, que alguien sea capaz de nombrar y conocer otras de sus creaciones. Existe también, desgraciadamente, la opinión de que *Los viajes de Gulliver* es una obra para mentes infantiles, sin más valor que el de ofrecernos una sucesiva serie de amenas aventuras. Y para redondear el desconcierto hemos de sumar ese amplio número de ediciones que han mutilado el primitivo texto, sin tener clara idea los responsables del porqué y del para qué. Ezequiel Martínez Estrada, en su obra *En torno a Kafka y otros ensayos*, dice: «No se coloca a Swift entre los que dieron los primeros pasos por la senda de la Economía ni lo mencionan los ulteriores maestros de las ciencias económicas. Esta injusticia me parece que se debe a tres razones: a que fue excesivamente audaz, a que tuvo demasiado sentido común y a que escribía en buena prosa. Y por si fuera poco, tenía jocunda imaginación, facultad negativa en los peldaños más bajos de la investigación. Sobre todo, era excelente observador, implacable crítico de lo que más tarde se acuñaría en frase lapidaria como «la injusticia social». Para evitarla, ¿qué mejor que combatirla a ultranza, despiadadamente?» Es la obra «modesta proposición para impedir que los niños de los irlandeses pobres sean una carga para sus progenitores o para su país, y para hacer de ellos un beneficio público» lo que así hace pensar a Ezequiel Martínez Estrada, quien también indica: «Se anticipa en muchos años a la inquietud de los filántropos que, afiliados o no a las escuelas fisiocráticas y socialistas de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, se aplicaron a estudiar las leyes de la producción y distribución de la riqueza en las naciones civilizadas. Sin embargo, nadie hasta muy recientemente alcanzó la objetividad científica del precursor.» Pero no sólo hemos de ver en Jonathan Swift un precursor de las ciencias económicas, un extraordinario satírico o un agudo crítico. Hemos de ver de igual forma en él al verdadero precursor del género de la ciencia ficción. Su obra *Los viajes de Gulliver* es la que nos induce a pensar de tal manera, principalmente por «Viaje a Laputa», país que, dadas sus características, es un satélite propulsado por energía atómica. Swift da claras muestras de es-

tar muy al tanto de los descubrimientos científicos de su época. Resulta, a la par, una sagaz crítica de sus contemporáneos.

Hemos celebrado el 30 de noviembre del ya casi desaparecido 1967—apenas quedan unas horas para inaugurar nuevo calendario—el tercer centenario de su nacimiento. Fue en Dublín, donde fallecería el 19 de octubre de 1745. Enterrado en la catedral de San Patricio junto con Esther Johnson, la mujer que le dedicaría su vida, es ahora, y desde su enterramiento con los ingleses, un ídolo de Irlanda. Nos ha llegado, coincidiendo con este tercer centenario, la publicación de *Modesta proposición...* y otros de sus trabajos. Eduardo Stilman, encargado de la selección y notas, indica: «Hace más de dos siglos que Jonathan Swift viene soportando un equívoco cruel: él es un creador famoso (se publicaron cien-

tos de versiones infantiles de su Gulliver), pero el poder de su genio y a verdadera índole de su mensaje permanecen ignorados por casi todos nosotros. Es una lástima, porque ni su genio ni su mensaje son superfluos.» En el libro se recoge *Una modesta proposición...*, publicada en Dublín en 1729. Con certeza, se trata de la sátira más cruel de Swift. Le siguen a este trabajo *El arte de la mentira política*, *Un examen de ciertos abusos, corrupciones y enormidades en la ciudad de Dublín*, *Una disgresión concerniente al origen, el uso y el mejoramiento de la locura en una sociedad de naciones*, parte del viaje de Gulliver al país de Los Houyhnhnms, *Un proyecto para un hospital de incurables* y varios pensamientos. La fuerza de los escritos de Swift radica para un presente en que siguen siendo vigentes.

JJP

## CHICOS, MUCHOS CHICOS

MERCEDES BALLESTEROS: *El chico*. Ediciones Destino, Barcelona, 1967. 185 págs. Ø12x18Ø. 125 pesetas.

Además de la novela corta que da título al volumen, lo completa otra narración breve—*Eclipse de tierra*—que, en 1954, obtuvo el premio «La Novela del Sábado» y fue publicada en la colección del mismo nombre, fenecida poco después. La edición conjunta de ambas novelas supone un acierto basado en diversas razones: de una parte, por la concordancia que hay en cuanto que los protagonistas son crios que andan entre los once y los doce años; de otro lado, porque permite al lector constatar la capacidad descriptiva de la novelista, que en los años transcurridos entre *Eclipse de tierra* y *El chico* ha evolucionado en el tratamiento dado a los temas—resueltamente mágico en la primera y por la conjunción de realismo y poesía en la segunda—; y, en fin, porque otorga nueva oportunidad de leer una delicada novela corta ya conocida, a la vez que ratifica en *El chico* la insólita cualidad de Mercedes Ballesteros para coonestar sobriedad de medios con riqueza expresiva. En esta última faceta, es evidente el avance conseguido desde aquella excelente novela corta de 1954 a esta titulada *El chico*, que, si mal no recuerdo, también fue premiada en Valladolid años atrás. Aunque, como el dato no figura en la presente edición, también pudiera ser que se trate de una nueva redacción muy reelaborada del texto que, con el mismo título, resultó premiado en Valladolid.

*Eclipse de tierra* relata las peripecias colegiales de Andrés, un muchacho de doce años que a pies juntillas cree en lo imposible... y posibilita que se produzca. El ambiente del colegio, con los dos bandos—empollones e indisciplinados, con el protagonista en medio—está diestramente recogido por Mercedes Ballesteros, en un lírico relato al que no faltan los elementos mágicos, místicos y fantásticos, tan relacionados con el mundo de los chavales y a la atracción que sienten por todo lo misterioso, con el adecuado aderezo de unas notaciones de intencionado humor. En breves palabras define el carácter del protagonista, y son suficientes para aprehenderlo: «El pequeño Andrés era de tal madera que si le dicen que los burros vuelan, se lo hubiera creído. Se lo hubiese creído por una razón sencillísima: porque él había visto los burros volar.»

*El chico* es novela de pareja sobriedad expresiva, pero en la que resultan visibles los avances en cuanto a madurez estructural. Con otro tratamiento—dados los factores que en el relato se concitan—, habría resultado una folletinesca narración: chico pobre que vive con su tía, que resulta ser su madre, aunque esto sólo lo sabe él por unas vecinas, tras la muerte de la su-puesta tía; que es calificado por el barrio como «hijo de nadie» hasta que el padre aparece para llevarse al pueblo serrano, donde reside junto a una

borrachina madrastra y una medio hermana idiota, con la cual, tras salvarla de un incendio declarado en su humilde vivienda, acaba en las aguas cenagosas de una charca inmediata. ¿Verdad que con tales elementos habría podido salir un relato folletinesco y desventurado?

Pues nada más distante a *El chico*. Los recursos narrativos de Mercedes Ballesteros van por muy otras sendas. Su protagonista es un chico soñador, al que le bastaba haber descubierto en un tebeo el nombre de algún famoso astrónomo para pensar que «tal vez, en alguna estrella lejana habría un niño como él, acostado en una cama, que no podría dormirse porque le entraba un rayo de luz de la tierra». Pero la novelista, atenta a la idiosincrasia infantil, agrega al texto citado una frase de oportuno humor: «Y entonces fue y le sacó la lengua.» Que es algo que suelen hacer incluso los chavales introvertidos, por mucha vida interior que tengan.

Interesa particularmente la sencillez expresiva con que la novelista relata el súbito nacimiento en el protagonista del sentido de la paternidad y su encuentro con la tierra, a la que había ignorado durante su estancia en Madrid, y cuyo valor descubre en el viaje al poblachón donde el padre reside y es dueño de una parcela. Cuando la propiedad está en peligro y el cabrero se dispone a defenderla, su hijo descubre la estrecha relación existente entre los dos sentimientos recién descubiertos: «Un padre es algo que no se deja quitar la tierra.»

*El chico* supone una nueva e importante aportación de Mercedes Ballesteros a la novela corta española. Y *Eclipse de tierra* es su cabal complemento.

JUAN EMILIO ARAGONES



MIGUEL BAYÓN: *El que va de paso*. Editorial Albaicín. Granada, 1967. 251 págs. Ø12,5x18Ø. 130 ptas.

Con esta novela, el autor—veinte años—ha ganado el premio «Albaicín» en su primera convocatoria. En nuestro número anterior lo hemos incluido

## MIENTRAS SE ACERCA EL 100

La colección El libro de bolsillo (Alianza Editorial), desde su aparición, viene publicando una interesante selección de obras que abarca todos los temas. Dentro de pocas semanas alcanzará el número 100. Las últimas novedades recibidas de esta colección son las siguientes:

*La China del siglo XX*, de Georges Dubarbier (250 págs. Ø18x18Ø 50 pesetas). El fin del Imperio Manchú—comenzado en 1898—daría paso a la revolución de 1911 y a la proclamación de la república. La anarquía y las guerras civiles se hicieron frecuentes. Partiendo de estos sucesos históricos Dubarbier analiza, hasta el presente, la situación política de China, tanto en régimen interior como en el internacional. Obra documentada que resulta, para el estudioso, un buen compendio, en cuanto al tema, de «La conquista de China por Mao Tse-Tung», del general L. M. Chassin, también publicada por Alianza Editorial (número 18).

*Sodoma y Gomorra* (IV parte de *En busca del tiempo perdido*, 600 páginas Ø11x18Ø 100 ptas.), de Marcel Proust. Por el camino de *Swann*, *A la sombra de las muchachas en flor* y *El mundo de Germantes* son los títulos que preceden a la obra maestra de Proust. Seguirán *La prisionera*, *Albertine* y, finalmente, *El tiempo recobrado*. La lectura de esta serie se hace indispensable para conocer al escritor que, sin pretenderlo, ya ha creado escuela.

*El cementerio marino*, de Paul Valéry (151 págs. Ø11x18Ø 50 ptas.) La obra, que fue publicada por primera vez en 1920, ha sido decisiva para la cultura poética. La traducción que en 1929 hizo Jorge Guillén es la publicada en este libro, junto con el texto original. Ensayo de explicación de Gustave Cohen.

*La noche*, *El eclipse*, *El desierto rojo*, de Antonioni (257 págs. Ø11x18Ø 50 ptas.). Con un prólogo de Michelangelo Antonioni se dan a conocer los textos de tres de los guiones del que es uno de los más discutidos directores de la actualidad.

en la sección «Principio Quieren las Cosas» con su relato *Golonárinas muertas*, que esperaba letra impresa desde el pasado abril. En su autopresentación, la que figura en el libro, leemos: «Escribir no es bastante, pero acaso sirve para poner las cosas un poco más en su sitio. A los dieciocho años yo era un poeta y un irreductible individualista. Ahora siento que escribo para pagar mi deuda contraída por todo lo que he tenido miedo de hacer de cara a quienes no son yo.» Honesta preocupación, con muchos años por delante para subsanar lo que realmente, dada la edad, bien poco será. *El que va de paso* ha permitido a Bayón entrar a formar parte del mundo literario. Indudablemente aún le queda mucho camino por recorrer para llegar a una madurez. Digamos que sí está en ese

«Principio» que nosotros tanto pretendemos ayudar. Y como principio, es un buen principio. No se trata de una buena novela, pero sí un paso interesante. El personaje Jorge no llega ni a la categoría de *beatnick*. Ni sus compañeros ni la mayor parte de las situaciones pertenecen a ese mundo creado por un movimiento generacional. Digamos que Jorge es, simplemente, un conato púber que más se acerca al que no sabe qué hacer en el planeta que a un personaje enclavado en un entender moderno de la picaresca. El personaje se pierde en medio de unas circunstancias ya tópicas. La niña que se ofrece de buenas a primeras en un tren, la extranjera que no duda... No obstante, en *El que va de paso* se nota una fluidez, un saber narrar.

JJP

## COSAS DE LA GENTE

JUAN GARCÍA HORTELANO: *Gente de Madrid*. Barcelona. Seix Barral. 1967. 208 págs. Ø13x19,5Ø. 150 ptas.

Me eran perfectamente conocidos los grandes éxitos literarios, dentro y fuera de España, del madrileño Juan García Hortelano. El «Premio Biblioteca Breve 1959» ganado por su primera novela *Nuevas amistades*, El «Prix Formentor 1961» (¡qué bien suena lo de Prix!) otorgado por un jurado internacional a su segunda novela *Tormenta de verano*. Las traducciones a catorce o dieciséis idiomas de estas novelas. Las críticas incondicionalmente panegíricas dedicadas a estas novelas por la minoría de críticos exquisitos del área catalana y de algunas revistas madrileñas para grupos de amiguetes. Pero confieso con humildad que no había leído nada de lo escrito por García Hortelano hasta que llegó a mis manos, solicitando mi atención, por envío generoso de la Editorial Seix Barral, *Gente de Madrid*, suma de cinco relatos, algunos de ellos con extensión de novelas breves, y alguno con dimensiones de cuento largo.

¿Por qué yo, ansioso y empedernido lector, auténtico devorador de libros de las más variadas disciplinas, conocedor de los galardones obtenidos por mi paisano Juan García Hortelano, no había leído sus novelas? Primera posibilidad: la limitación de uno, sólo capaz de seguir estudiando, a diario, lo indispensable—que día a día se amplía—para no quedarse rancio, y de recrearse

en las lecturas de las obras enviadas, para honrarme con su elección, por autores o editores. Segunda posibilidad: que uno esté ya excesivamente escamado de la frivolidad con que se otorgan en España los grandes premios literarios, envueltos los otorgamientos en una publicidad altamente escandalosa, como la de cualquier producto de cepas andaluzas o de caldos de gallina. (Es bien sabido de todos que la publicidad la paga el consumidor... a expensas casi siempre de la calidad del género anunciado). Fuera cual haya sido la causa de mi ignorancia de las novelas de García Hortelano, se comprenderá el interés con que he leído *Gente de Madrid*. El interés y la morosidad. Y con el añadido de haber acompañado mi lectura con señales marginales, casi página a página, relativas a las impresiones, extrañezas, juicios que me iban exigiendo los relatos. Que son cinco: *Las horcas caudinas*, *Riánsares y el fascista*, *Sábado, comida*, *La noche anterior a la felicidad* y *Marcapiiede Izquierdo Avenue de Wagram*. ¿Relatos? Exacto. El autor los ha calificado con precisión. Los dos primeros recogen casi escenas costumbristas de una gran ciudad—¿Madrid?, ¡pues Madrid!—durante una guerra de Liberación; escenas de ciudad sitiada, a retaguardia de varios frentes de combate muy próximos, contados por un adolescente, Gabriel, entre los trece y los quince años. El tercer relato describe la celebración de un ágape por varios funcionarios de uno y otro sexo, de las Secciones de

Nóminas, Valores, Acciones y Bonos y Cuentas Corrientes, de una gran empresa, para celebrar el cobro de una paga extraordinaria. El cuarto relato desarrolla episodios y anécdotas de una cena de matrimonios, con el consiguiente jolgorio y ciertas interferencias afrodisíacas entre varones y hembras no correspondientes a los emparejamientos de los santos lazos matrimoniales. El quinto relato refiere las peripecias en París de unas cuantas españolas, sacerdotisas de Venus, que posiblemente como tantos otros cientos de miles de españoles, emigraron al extranjero con ánimo de revalorar su profesión. Cuatro de estos cinco relatos—exceptuado el tercero—llevan un lema, bien en inglés, bien en francés, bien en castellano, *nada menos* que de, por orden de colocación de los relatos en el libro, James Joyce, Carlos Barral, Paul de Gondi, Cardinal de Retz y Marcel Proust. Con los que García Hortelano ha pretendido, quizá, contribuir a su reconocimiento para algunos de aquellos idiomas no castellanos a los que fueron traducidas sus novelas. Si yo dijera que me han gustado o que, sin gustarme, me parecen buenos los relatos de García Hortelano, mentiría. Tal vez de ser García Hortelano un novel, me hubiera prohibido yo comentar su libro, por consideración elemental. Mas tratándose del ya tan afamado novelista—más fuera que dentro de España—, me creo en el deber de escribir mi comentario con sinceridad absoluta.

Los cinco relatos de *Gente de Madrid* están transidos por una frialdad de museo de figuras de cera; parece como si el escritor hubiera operado no sobre seres vivos y patéticos, sino sobre conejillos de Indias; tanta es la indiferencia con que los mueve, los hace dialogar, los complica con bajezas y perversiones. Los cinco relatos están con exceso aderezados en sales y picantes; por partes, alusiones crudas de afrosia mental; por partes, dicharachos y palabrotas. García Hortelano es, como la mayor parte de los narradores de menos de cuarenta y cinco años, decidido y experto tacólogo (¡ojo, linotipista: tacólogo, de *taco*) y excrementólogo. Tan abundante siembra de excrecencias y palabrotas no sólo no añade un adarme de fuerza a los relatos, sino que los priva de dignidad literaria. Aun concediendo que en determinadas circunstancias del diálogo, la palabrota o la alusión fecal puedan quedar justificadas en las reacciones de unas criaturas de nivel social bajísimo.

También cuesta trabajo admitir que una criatura de trece o quince años, sin ninguna educación cultural, de sensaciones primitivas, sea capaz de escribir lo que escribe, con mucho desparpajo golfante, por supuesto, pero con enorme facilidad para el cuento. ¿Gente de Madrid? Bien. No negaré que en Madrid vivan tipos—casi todos con signo social muy negativo—como los retratados por García Hortelano. Pero si puedo jurar que también viven, calcados en igual patrón, en Londres, en París, en Barcelona, en Málaga... ¡Caray! llevamos una temporadita los madrileños aguantando un buen chaparrón de literatura pintoresca dedicada, casi siempre por los periféricos, a poner nuestra Villa y ex Corte como no digan dueñas...! En fin, ya escampará...

FEDERICO CARLOS  
SAINZ DE ROBLES

JOSÉ MARÍA GIRONELLA: *Gritos del mar*. Planeta. Barcelona, 1967; 515 págs. Ø15x22Ø, 275 pesetas.

Desde mi punto de vista, José María Gironella es mejor periodista que novelista. El presente libro *Gritos del mar* así me lo confirma. Forma el volumen un total de 88 artículos, aparecidos en la prensa entre los años 1963 a 1966. He dicho artículos y no es exacto, ya que el volumen comentado tiene de todo: reportajes, entrevistas, crónicas viajeras, impresiones, meditaciones inclusas...

El propio autor ha hecho un trabajo de recopilación nada fácil, y ha agrupado sus temas según estos epígrafes: «Meditaciones diversas», «Temas españoles», «Sobre el arte moderno», «Experiencias viajeras», «El turbulento siglo XX», «Polémica en torno a los médicos», «Sugerencias», «Temas religiosos», «Temas políticos» y «Entrevistas».

Naturalmente, ante este amplio panorama, el lector tiene dónde elegir. Más de una vez sus opiniones no estarán de acuerdo con las del autor, en alguna ocasión le irritarán y otras se sentirá predispuesto al aplauso. Gironella, en su prólogo, dice que sólo una definición le halaga: la de hombre sincero. Pues bien, estos *Gritos del mar* son retazos de su sinceridad, una sinceridad agarrada al momento actual de la vida española, una sinceridad palpitante y polémica, pero bastante pensada y pensativa. Gironella—y eso es agradable—nunca habla «ex cátedra», y si en alguna ocasión actúa como un petulante lo hace como resultado de una postura de defensa ante sus atacantes. Sin embargo, predomina en el libro su amor por ciertas cosas, ciertos personajes, y, en especial, por ciertas tierras por él visitadas. No oculta su admiración por personas o cosas, pero lo hace de forma sincera, nunca adulatoria. Quizá el defecto de Gironella es que se siente demasiado seguro de sí mismo en estos artículos. Aunque comience el libro con la frase «Soy un ignorante», hace en todo momento lo posible para que no se le note. Y lo consigue. Vaya si lo consigue. El libro es un retablo de la España actual, y como tal, absolutamente válido.

CARLOS PUERTO

Fritz Woss: *El pescado empieza a heder por la cabeza*. Editorial Plaza y Janés. Barcelona, 1967; 697 págs., Ø20x13Ø, 225 ptas.

*Las novelas de la guerra siempre han tenido éxito; sobre todo si son las que se refieren a las grandes contiendas. Las que se han sentido de cerca, en la propia carne o, da lo mismo, las que se conocen simplemente por medio de la prensa, por lo que dicen los enviados especiales. No hay que negar que las matanzas entre los hombres, sea cual fuere el motivo, gusta después a los hombres que quedan, al resto de la humanidad, que se las cuentan; cuanto más subido sea el tono, mejor. Cuanto más enconado, más emoción; cuantos más muertos, más encogimiento de corazón, pero nada más. Y el hombre, ¿se ha preguntado alguna vez por qué le ocurre éso?*

*El párrafo anterior viene a colación a propósito de la última novela aparecida en España de Fritz Woss, «El pescado empieza a heder por la cabeza», la odisea de los supervivientes de Stalingrado, los supervivientes alemanes, está claro; parece ser que a lo largo del extenso libro, Woss se pregunta el porqué de tanto desaparecido, de una guerra que, al fin y a la postre, a nada condujo.*

*Fritz Woss, no es un autor hecho alrededor de una mesa, imaginando batallas y hombres que mueren en la nieve o en las trincheras. Fritz Woss es un autor experimentado tanto en los frentes francés como ruso, especialmente en Stalingrado, durante la Segunda Guerra Mundial, lo que le ha permitido albergar una serie de experiencias que a la fuerza necesita ir soltando, sobre todo si se siente la literatura, la llamada del novelar; y esto le ocurre al narrador alemán, por otra parte ya conocido por los lectores españoles con aquella novela suya, «Perros, ¿queréis vivir eternamente?», un libro de dolor, testimonio de un episodio cruel e insensato, valerosa acusación de un régimen de vesania. La narración de «Perros...» tenía una trama discontinua, con retrocesos en el tiempo, a capricho de*

*las evocaciones del protagonista. El comportamiento de los soldados alemanes a lo largo de angustiosos meses de asedio, suscitaba respeto y piedad. Y, sobre todo, el libro era una severa advertencia, amarga y dolorida, para que la nueva generación evite el peligro de encontrarse ante otro Stalingrado.*

*El nuevo libro de Fritz Woss, «El pescado empieza a heder por la cabeza», está escrito con «llamas de ira en el corazón»; es un informe sincero en el que se describe (ya se ha insistido sobre los conocimientos que el autor tiene sobre el tema) la odisea de los supervivientes de la batalla de Stalingrado. «Tristes despojos a ser barridos del palenque y a cuya utilidad como futuros elementos bélicos resultaría nula para los déspotas del Tercer Reich». Stalingrado, no representaría, sin embargo, el fin para los soldados y oficiales que cayeron cautivos en prisiones soviéticas, después de la capitulación.*

*Fritz Woss, el autor, uno más entre los hombres de aquel ejército espectral, nos informa sobre el infierno que debieron soportar esos noventa mil prisioneros desahuciados y oficialmente extintos.*

RAUL TORRES

Luis Garrido: *Manos abiertas a la nada*. Comunicación Literaria de Autores. Bilbao, 1967. 123 páginas Ø22x16Ø. 60 pesetas.

Luis Garrido, «el cartero escritor», ya nos deleitó con su primer libro «Los días perdidos», aparecido en la última Feria del Libro; y aún hizo más, se convirtió en «best-seller» y a tal afirmación responden los ocho mil ejemplares vendidos uno tras otro en la colección «La Novela Popular». Ahora, apenas transcurrido medio año y al borde de haber conseguido el «Elisenda de Montcada», premio al que es la segunda o tercera vez que llega casi a saborearlo, nos da otra novela «Manos abiertas a la nada», donde se abre por completo como escritor maduro, a pesar de parecer novel (Luis Garrido ha sido hasta el momento un escritor por etapas. En la primera de ellas compuso algunos cuentos; en la segunda más cuentos y una novela corta. En la tercera y definitiva, siete novelas largas, una de las cuales es la que viene hoy a este mirador de las letras españolas. La guerra impidió a Luis Garrido seguir estudios universitarios y le impulsó primero a trabajar como aprendiz de diversos oficios. Después fue cartero, luego se estableció como librero, para terminar siendo jefe de distribución de una importante editorial).

«Los días perdidos» de Garrido era una novela fresca, emotiva, llena de fe en la vida; «Manos abiertas a la nada» sigue la misma trayectoria, pero ha cuajado más, en ella se ve al novelista maduro, al escritor que ha recorrido un largo camino, aunque no haya publicado mucho, y que se sabe el oficio. Sin duda alguna puede asegurarse que los personajes que Garrido ha puesto en «Manos abiertas a la nada» son del más puro hueso y la más pura carne, aunque se hable de magia y de telepatía; están de lleno pisando sobre la tierra y reaccionan humanamente ante una serie de problemas considerados. Suco, el enano, es una maravilla de observación, lo mismo ocurre con Carmenchu, Berkeley, la mujer más atractiva del mundo y su esposo. Hasta tal punto son reales los personajes de Garrido, que al leer el libro, se piensa necesariamente en que el autor ha vivido, ha trabajado, o ha dirigido un circo.

Samsara, la palabra hindú en la cual está basada toda la narración (así se llama el circo y el personaje principal alrededor del cual y de su hija Augusta discurre la acción), es la disculpa buscada por Luis Garrido para crear unos personajes, una acción limpia. El

que la mujer de Samsara tuviera un accidente y éste (mago telépata) la hiciera reencarnar en su hija Augusta, no significa nada para el lector; no es esa la meta, la diana de Luis Garrido. Es, simplemente la disculpa para darnos, a manos llenas, toda la humanidad antes referida, de unos personajes a los que mima, nos entrega y nos hace que vivamos con ellos todas las asechanzas, las penas y los placeres que los rodean.

Es esta, en verdad, una novela extraña, ignota y por tanto atractiva; se llega al final casi sin advertirlo. Se medita, y más aún, cuando al final el circo arde y todos los componentes son sospechosos. Y mucho más, cuando en un periódico abandonado se lee la noticia: «Aparece también mezclado en el misterioso asunto el célebre empresario del «Golden Circus». Mister John Golden se sabe que pasaba sus vacaciones en España y se le había visto en la ciudad acompañado por el regidor del «Samsara», el cual aparece asimismo complicado. Siendo estos dos últimos los únicos ausentes del lugar del suceso, por lo que desde este diario y a petición de las autoridades se ruega a mister John Golden y al regidor, Luis Garrido, que se presenten lo antes posible en el juzgado que instruye los hechos...»

R. T.

MAX FRISCH: *Pongamos que me llamo Gantenbein*. Seix Barral. Barcelona, 1967. 320 págs. Ø13x20Ø. 200 ptas.

Max Frisch es ya suficientemente conocido por el público español por sus anteriores libros, publicados precisamente por esta misma editorial. Así *Homo Faber* y *No soy Stiller* se han convertidos en clásicos de la literatura contemporánea, camino muy probable que seguirá este *Gantenbein* que ahora comentamos. Frisch es un hombre de vocación tardía, pero su irrupción en el mundo literario es determinante (en este aspecto podríamos entablar un parangón entre él y Bernard Malamud). Frisch gusta definirse a sí mismo como «un hombre anciano, pero un joven escritor». Y desde luego *Gantenbein* es un prodigio de juventud estilística, de moral constructiva, de positivismo estético.

La historia, en sinopsis, no puede ser más sugestiva: un hombre se finge ciego, cambia de nombre, y adopta esta postura ante todo el mundo, incluida su esposa. A partir de ese momento verá todo lo que no deba, pero habrá de callar. Su nueva dimensión de ser humano, transfigurada por sí mismo, deliberadamente suplantada, creará en su ánimo nuevas y más radicales posturas de dos filos. Esta transformación de la propia personalidad llevará al protagonista a los dramas morales más profundos (infidelidad de la esposa, etcétera) que ha de aguantar con el estoicismo del ser ciego al que representa.

La burla—cruel para sí, irónica para los demás, siempre rozando la tragedia de este ser y no ser a un tiempo—va rizando el rizo hasta límites inverosímiles, que sólo una cuidadosa lectura de la obra permitirá apreciar en toda su profundidad.

*Pongamos que me llamo Gantenbein* es una obra maestra de Frisch. Obra que persiste en las constantes del autor, pero a la vez más sutil, más intensa, llena de sugerencias y matices, que termina con una frase hermosa y patética (cuando la máscara ya no es tal, cuando este ser humano comprende que ya no puede ser el mismo, cuando existencia y muerte se confunden en una carcajada). Entonces leemos: «Es como si nada hubiese ocurrido...» Y tras una meditación añade: «Me gusta vivir.»

Libro que ningún aficionado a la nueva literatura ha de dejar de leer.

CP

## DANIEL ALFONSO CASTELAO

ALFONSO R. CASTELAO: *Cosas*. Los dos de siempre. Alianza Editorial, Madrid, 1967. 270 páginas. Ø11x18Ø. 50 ptas.

Nunca hasta ahora, que sepamos, había sido traducida al castellano la obra literaria de Daniel Castelao. (En el Registro se llama Alfonso, por devota voluntad del cura.) Alberto Miguez, máximo divulgador de su obra, nos ofrece, en «El libro de bolsillo» de la Alianza Editorial, la versión de dos de las creaciones de Castelao en el campo de las letras: «Cousas» y «Os dous de sempre». El hecho tiene su importancia, pues así como el extraordinario dibujante que era Castelao—sin duda el primer caricaturista de su época—fue universalmente admirado, por la edición de sus álbumes en la mayoría de las naciones, su obra literaria, tan breve, pero tan diversa y quintaesenciada, no podía ser leída más que por los que dominan la lengua gallega.

Esa obra, a pesar de los pocos años transcurridos desde la muerte de Castelao—falleció el 7 de enero de 1950—, ya está considerada como la de un clásico. Pues por su expresividad impar, por su asombrosa concisión y su extremada sencillez, la prosa del artista arosano es verdaderamente ejemplar. Todos los escritores gallegos la estiman como modélica, pero, en inmenso número de casos, en vez de seguir su pauta, se dejan arrastrar hacia la oscuridad y la confusión.

Castelao, primer prosista en gallego de su tiempo, es también considerado por la intelectualidad y el pueblo de Galicia como su mayor humorista. Lo que esto significa sólo puede ser comprensible fuera de su tierra, si se piensa que don Ramón del Valle-Inclán, Julio Camba y Fernández Flórez, Alvaro Cunqueiro y Camilo José Cela—o sea las cumbres del humor español, con Ramón Gómez de la Serna, en el siglo—son paisanos y contemporáneos de Castelao. La circunstancia, vital en él, de haber escrito siempre en su idioma ha impedido que su obra alcanzase la popularidad de la de sus famosos coterráneos. Mas desde este año está en trance de obtenerla.

Fue Alfonso Rodríguez Castelao—tal era su nombre en el Registro—pintor, dibujante, caricaturista, investigador, publicista, ensayista, conferenciante, orador, viajero, crítico, cuentista, novelista, dramaturgo... Un Castelao polifacético, sí, pero no compartimentado. Ya que—como indica muy bien Marino Dónega al prologar su *Escolma*, su antología—«la presencia total de su genio creador bulle en todas y en cada una de las facetas de su obra inmortal».

Cuando estudiaba Medicina en Compostela inició Castelao su vida artística como dibujante. Empieza su labor de caricaturista en «El barbero municipal», una publicación anticaciquil de Rianxo, su villa natal. Pronto colabora en «Vida Gallega», de Vigo, y en «El Liberal», de Madrid. Después ha de hacerle en «Galicia» y «Faro de Vigo», de aquella ciudad gallega, y en «El Sol», alternando en «Los maestros de la historia» con Bagaria, Sancha, Arrue, Martínez de León, etc.

Insensiblemente el caricaturista va transformándose en escritor. Los pies de Castelao—siempre geniales, por su dramatismo o por su ternura—van desarrollándose hasta constituir por sí mismo un género independiente, que hoy podríamos llamar minicuentos. Con ser magistrales los dibujos, lo esencial ya es el texto y queda la caricatura como su inimitable ilustración. El artista que titulaba su sección periodística con el nombre de «Cousas da vida, por Castelao»—frase que ya quedó como proverbial entre los gallegos—, se limita a poner como epígrafe general de su primera e independiente creación literaria el simple nombre de

«Cousas». Y el año 1926 las reúne en un libro por vez primera, al que sigue tres años después un segundo libro.

Estas «Cousas»—colección de pequeños relatos, estampas o poemas en prosa, de enternecido humor—son las que ha traducido Alberto Miguez con el nombre de «Cousas». Quizá hubiera sido mejor dejarlo con el nombre gallego, aunque varíe tan poco el castellano. Mas con esa supresión de una «u», algo inexpresable varía porque, para los gallegos, «cosa» es otra cosa... distinta de «cousa».

En verdad, Castelao había escrito antes de publicar «Cousas» otra excepcional obra literaria: «Un ollo de vidro. Memorias dun esqueleto», relato digno de la pluma de un Edgar Allan Poe y que, inicialmente, sólo era una parte de una conferencia sobre Humorismo. «Cousas» y «Un ollo de vidro» bastarían para consagrar a un clásico del que se hubieran perdido todos los demás escritos, o que se hubiera malogrado pronto. Mas a Castelao aún le queda entonces un cuarto de siglo para dedicar a las letras una parte de su prodigiosa actividad. Las «Cousas» crecen, alcanzan mayor tamaño, sin perder un ápice de su genialidad, y Castelao las denomina «Retrincos». Los publica en libro en el año 1934, a la

vez que sale a luz su única novela, «Os dous de sempre».

«Retrincos» quizá sea la obra culminante de Castelao. Tal vez sea el límite de extensión al que podía llegar el estilo apretado, singularmente sobrio y hondo de Castelao. Le bastaba una página para expresar lo que otros escritores sólo serían capaces de hacer a lo largo de un drama o de una novela. En «Os dous de sempre» le sobran páginas a Castelao. Sus primeros capítulos, mientras Pedriño permanece con tía Adegá, tienen la gracia y la belleza de un extenso «Retrinco» pero al prolongarse la novela disminuye su calidad. Lo que no quiere decir que si Castelao consagrara todo su tiempo a la literatura no pudiera escribir obras de cierto tamaño sin desdoro de su valía. Prueba de ello es su farsa «Os vellos non deben de namorarse», delicioso esperpento que no desentonaría dentro de la obra de Valle-Inclán, no obstante la diversidad que existía entre los espíritus de los dos geniales gallegos.

La inclusión de esa farsa, o mejor aún la de «Retrincos» en el volumen editado por Alianza Editorial, hubiera sido más acertada que la de «Os dous de sempre», para el conocimiento por los lectores de habla castellana del mejor Castelao. Consideraciones de orden material—el número de páginas—parece ser que lo han impedido. Y es lástima, pues de otro modo hubiese lucido más el loable esfuerzo de Alberto Miguez.

BOROBO

el esfuerzo por inspirar su savia en las civilizaciones. El distanciamiento que la experiencia del presente nos impone en el sentido de no identificar cristianismo con cultura occidental no ha de significar el cultivo de una religiosidad pura sin contactos con la civilización. El Evangelio no es solidario de ninguna obra de los hombres de modo que quede circunscrito por ella; pero toda obra de los hombres reclama su presencia para que sea la obra del hombre integral. En esa tarea tienen especial responsabilidad los laicos. Y la Iglesia muestra su fecundidad justamente en el movimiento de la historia, sirviendo el depósito permanente de su verdad sin plegarse o quedar reducida a ninguna de las encarnaciones temporalmente condicionadas.

La riqueza de ideas de este breve libro no se deja resumir fácilmente. Pero las indicaciones apuntadas serán suficientes para que el lector se haga cargo del sentido general de la misma. Son ideas que en buena parte marchan contra corriente. Su meditación será especialmente fructífera para aquellos que en medio de la confusión, también religiosa, que nos envuelve no quieren dejarse seducir por estados de opinión que, acaso de buena fe, sostienen puntos de vista que se pretenden inspirados en la «pureza» de miras y el deseo de autenticidad, pero que, en el fondo, son «contemporizaciones».

S. ALVAREZ TURIEÑO

ALBERTO CAVALLARI: *El Vaticano que cambia*. Traductor: Domingo Pruna. Plaza & Janés, Barcelona, 1967. 244 páginas. Ø13x19Ø. 90 Ptas.

## RELIGION DE Y PARA HOY

JEAN DANIELOU: *L'oraison problématique politique*. Librairie Arthème Fayard, París, 1965. 160 páginas. Ø 14,5x19,5 Ø 8,50 francos.

El padre Daniélou, conocido por sus estudios sobre la Iglesia y el cristianismo enraizados en la tradición y abiertos a una historia salvífica por encima de las modas y los tiempos, aborda en este escrito un tema del máximo interés. Se pregunta por las condiciones que harán posible la realidad de «un pueblo cristiano» en nuestra civilización y en la civilización del mañana. Y lo hace por medio de una meditación de urgencia con la que sale al paso de actitudes que, aunque pueden parecer inspiradas en la más pura autenticidad religiosa, son en el fondo equivocadas. Esas actitudes están representadas en aquellos cristianos que desean un servicio al Evangelio libre de todo compromiso con los poderes públicos.

Sin duda acepta que la solidaridad con «situaciones históricas» determinadas significa para el cristianismo un compromiso peligroso, ya que toda forma sociológica o toda civilización concreta resulta estrecha para contener su virtualidad salvadora universal. Pero reclama, a fin de que esa virtualidad salvadora sea efectiva, una disposición abierta, para hacer posible que los «pobres sean evangelizados»: los pobres, es decir, el hombre común, a humanidad sin intereses ni privilegios.

A fin de dar cuerpo a esta tesis abre un diagnóstico sobre la civilización del presente, especialmente en su manifestación técnica. Toma al mundo tal y como nos toca vivirlo, pidiendo al cristiano una aceptación magnánima de sus realidades. Pero le requiere para que vaya a él, al mundo, con autenticidad y trate de impregnarle de la esencia cristiana. Este mundo tecnificado se ha hecho impermeable a lo «sagrado». Dios no está presente en las realizaciones de los hombres; y los hombres se acomodan en una vida laica, cuando no es deliberadamente atea. La tarea del cristiano consiste en

romper la capa impermeabilizadora que apega a los hombres a sus empresas terrestres, y resensibilizar a los espíritus para las profundidades religiosas que son patrimonio de la humanidad. Lo religioso es una dimensión del hombre. Y el hombre tiene que llegar a ello si es que aspira a realizarse según toda su virtualidad.

Pero el hombre es un ser social. La vida de sociedad debe organizarse de forma que los poderes públicos consideren como una de sus responsabilidades el fomento del bien común temporal; en realidad ésa es su misión concreta. Pero uno de los aspectos del bien común temporal es el desarrollo de la potencia religiosa de los ciudadanos. Un Estado que se desentiende de esa tarea no cumple con sus obligaciones humanizadoras. De ahí la implicación de derecho natural que existe entre los poderes seculares y la Iglesia, implicaciones que no es preciso tomar, al primer pronto, en un sentido confesional. Si la confesionalidad en vistas a hacer que dé fruto el depósito permanente de la revelación es incumbencia de la Iglesia, la religiosidad es incumbencia de todo poder que tiene a su cargo promover la realización del hombre.

No tienen conciencia de estos hechos, al menos en la práctica, los políticos que hoy rigen los destinos de la humanidad. Los propios cristianos se sienten inclinados a contemporizar en esta grave materia, y son muchos los que, de buena fe, creen que el ideal de vida religiosa es la que se cumple en la libertad privada con plena exención de implicaciones políticas. En el acto religioso más universal, como es el de la oración, ve el padre Daniélou un comportamiento desde el título relacionado con la política. Una sociedad sana ha de procurar que sea posible la «oración para todos» como procura la justicia para todos. En resumen, se trata de ver que un pueblo cristiano no es posible si no se dan las condiciones histórico-sociales que le hacen posible. Aunque el cristiano no queda limitado a una civilización humana, cualquiera que ella sea, el cristiano ha de realizar

Entre octubre y diciembre de 1965, Alberto Cavallari publicó en las páginas del *Corriere della Sera* una serie de crónicas, concebida al modo de una «guía periodística» del Vaticano y de los cambios estructurales que en la Santa Sede se han producido desde Pío XII hasta Pablo VI, en las que señalaba los vientos renovadores que el Concilio trajo al catolicismo. Aquellas crónicas, «en forma notablemente reelaborada», según advertencia del periodista, reaparecen ahora en este volumen que para Plaza & Janés ha traducido Domingo Pruna.

Aparte del testimonio inapreciable de una entrevista con Pablo VI—mas como los Papas no conceden entrevistas, no lo han hecho en dos mil años, Cavallari la denomina «coloquio»—, el autor aborda tres aspectos fundamentales del catolicismo en trance de evolución: las variantes que los descubrimientos científicos han motivado en la religión; la necesidad de una profunda revisión de los valores establecidos—que no es sino una consecuencia del apartado anterior—; y la expansión del cristianismo más allá del mundo llamado occidental, toda vez que, después del deshielo, escribe Cavallari, «los países marxistas no pueden ignorar el diálogo, a pesar del ateísmo que les define».

En su viaje dentro del Vaticano, el periodista italiano, que se define como laico—en el sentido de aconfesional—, ofrece repetidas muestras de respeto tanto a personas como a instituciones. Y periodista avezado a distinguir lo que sigue siendo noticia, dedica un capítulo retrospectivo—el X—a una visita al tan famoso e inaccesible Archivo de la Secretaría de Estado, para poner los puntos sobre las íes en todo lo concerniente a la actitud adoptada por Pío XII durante la pasada guerra mundial, mostrando la tendenciosidad interpretativa de Rolf Hochhuth en su obra *El Vicario*. (Este capítulo se titula, polémicamente, «El verdadero Vicario».)

El Vaticano que cambia es un libro escrito con objetividad, pese a las denominaciones temporales que Cavallari da a actitudes religiosas.

JEA

# VERSOS DE VEINTICINCO AÑOS, DEL PRESENTE Y DE AMERICAESPAÑA



GUILLERMO DÍAZ-PLAJA: *Poesía junta* (1941-1966). Biblioteca clásica y contemporánea. Losada. Buenos Aires, 1967. Ø11,5 x 19Ø. 204 págs.

La crítica y la poesía, la poesía y la crítica son haceres nada polares, que se llaman y complementan quizá porque en el poeta ha aumentado la reflexión y en el crítico la «potenciación de la obra elegida» (Ortega y Gasset, al canto) y lo marginal respecto a dicha obra. El catalán Guillermo Díaz-Plaja ha llevado siempre juntos el poetizar y el criticar, como dos hermanos de continua compañía, en su abundante y múltiple faena de escritor y pedagogo de la literatura. Ya es sabido que, cuando se trata de un poeta, éste da carácter a todo lo demás, aunque la producción de verso sea menor o no tan conocida como la otra.

Han aparecido este año, que va a tirar su último número, varios volúmenes de obras poéticas, completas o escogidas, de autores muy contemporáneos. En esta tónica, el libro de Díaz-Plaja, con su membrete argentino, nos proporciona idéntica oportunidad de conocer a un autor en una dimensión más minoritaria que las restantes suyas y, precisamente, al llegar este autor a lo que podríamos llamar plenitud pública de sus funciones.

En 1941 pintaban a toda prisa los sonetos, era —dicen— casi una cuestión de honor demostrar que se sabían hacer. No tiene nada de extraño que *Primer cuaderno de sonetos* inaugurase la bibliografía poética de Díaz-Plaja y que éste llevase a la rueda rueda de los endecasílabos (con sombra de Garcilaso o sin ella) un amor por las formas y un sentido litúrgico en general y católico en particular que le venía de próximas raíces d'orsianas. El sonetista gustó entonces de consumir abundosos adjetivos y de tratar bien el bloque de cada arquitectura, siempre bajo un título muy concreto.

Esa buena maña para rotundizar y pintar el soneto, habría de tener en *Las elegías de Granada* (1945) un pintiparado pretexto para el registro neorromántico —muy escuchado entonces—, pero ya compartido, en lo formal, con el despliegue de otros ritmos y tendiendo a una mayor posibilidad expresiva (así, en la elegía segunda y en la dedicada a Lorca). Sin embargo de ese despliegue, el siguiente libro *Intimidad, poesía* (1946), representa un recorte, una condensación lírica, una temática humanizadora, con lo que vamos confirmando que Díaz-Plaja —tan atento a cualquier novedad literaria o artística en general— va a compás de los tiempos. Creo que este momento señala exactamente el fin de la primera navegación del poeta, sus lógicas probaturas de voz que pronto sonaría en *Vacación de estío* (1948). Hay en este libro varias muestras maduras: «Aunque es de noche» y «Tres poemas mayores», aparte de algunos indicios de la inquietud viajera del poeta, bien marcada en él. El *Segundo cuaderno de sonetos*, con su «Homenaje a Andalucía», pautado a veces manuellachadianamente, es de puro tránsito,

apurando las apetencias formalistas, sentidas y dichas de un modo digno.

Pero resulta más de tránsito todavía porque antecede en solo tres años a uno de los libros de Díaz-Plaja (poéticos, se entiende) mejor hechos y que, por tanto, le definen mejor. *Vencedor de mi muerte* le define en profundidad; lleva dentro un problema —la búsqueda y el encuentro de la fe— y el problema suele acarrear la vibración que nunca debe faltar. Hay en esta obra poemas rigurosos y poemas flexibles, unos y otros respondiendo a distintas caras de una misma moneda: la angustia y la esperanza. El poeta canta a las dos mientras las atraviesa. Algún acento de Claudel se compagina con alguna idea de Marcel, pero, en definitiva, lo que ocurre es que toda esta poesía nace en un cristiano consciente de la hora histórica.

Y, después, Díaz-Plaja mantiene casi diez años de silencio en la edición de su poesía. No será yo quien me asombre de esos silencios ni quien los considere incomprensibles; mis razones de ello las he dado más de una vez. Quizá lo más raro en este caso es que la reaparición después de un libro tan esencial se haga con uno más bien circunstanciado (sin quitarle peso a la circunstancia). *Los adioses. Tercer Cuaderno de Sonetos* contiene una se-

rie de homenajes a poetas muertos y a otras figuras, españolas y extranjeras. La verdad es también que estos sonetos son de los más acabados que ha escrito Díaz-Plaja, y algunos de ellos —el de Larra, el de Juan Ramón— logran esa emoción de repeluzno que, en un poeta equilibrado, se produce menos.

¿Cómo podemos olvidar que, consecuente con sus teorías sobre el culturalismo poético, motivo del discurso de ingreso en la Academia Española, el poeta las practica en su obra, según acabamos de ver? Culturalismo literario, ahí en esos endecasílabos; culturalismo religioso en *El arco bajo las estrellas*, contribución al fervor por Santiago, y *Belén lírico para este año conciliar* (1965). Son libros que persiguen nada menos que poner al día dos actualidades eternas; son libros presionados por acontecimientos de la Cristiandad. Y a mí lo que más me importa de ellos es ese empeñarse en renovar lo milenario y en quitarle cualquier brizna de tradición mal entendida, que es la que por desgracia se lleva en estos asuntos más de la cuenta.

Igual que en su obra en prosa, Díaz-Plaja prefiere la inquietud, el toque rápido, la variedad, antes que otras virtudes distintas. Su gusto por los viajes resulta así muy significativo. Y *La*

*soledad caminante. Poemas del Norte de América* (1966) recalca en un país, que no había motivado entusiasmo por parte de los poetas españoles. No es que Díaz-Plaja lo exalte; pero lo describe con amor de quien lo ha vivido y a través de una intimidad y de una circunstancia: la de profesor de español. Estos poemas tienen encanto y tienen a veces una honda emoción dicha, como todo lo demás, con lenguaje de pincelada («Niña negra en el aeropuerto», «Cruzando los montes Apalaches», «Hollywood»...). La soltura de espíritu responde a la soltura de la letra.

Se cierra esta visión de la poesía de Díaz-Plaja con algunos ejemplos de Zoo; es decir, en este caso, la despedida se hace usando del humor poético y hasta ramoniano: *Gentilmente/hasta el cielo subes: percha de las nubes*, dice de la jirafa.

*Poesía junta* es la autoantología de once libros en veinticinco años. La personalidad poética de Guillermo Díaz-Plaja no es cosa aparte de la que se trasparece en el crítico. Sus notas son, pues, el equilibrio, la cultura, el gusto depurado, la facilidad formal sin «repisismos» de ningún género. Pero sobre estas cualidades, que son por lo común hermanas de la discreción, he de poner el arranque que representa *Vacación de estío* y más aún *Vencedor de mi muerte*, así como el brio y la elegancia de algunos sonetos de la madurez y, junto a ello, por su voluntad de personalización, *La soledad caminante*. Esta es mi antología de otra antología (y ya está bien de seleccionar). Pero a rendidas y positivas cuentas, otras cuentas.

## Verbi gratia. expr. elípt. lat. Por ejemplo.

Igual perplejidad que otras veces: ¿Cómo escoger de toda una obra sólo un ejemplo o dos? Intentémoslo de nuevo con la obra de Díaz-Plaja, al que acompañan hoy en esta página poetas de aparición posterior. Última página de este año, desde la que deseo a todos felicidad y muchos aciertos a la poesía.

### MUNDO

Yo también, viejo Walt, quiero cantar la diversidad del mundo:  
disparos de evidencia ametrallan mis ojos,  
realidades súbitas estallan fulminantes  
y el día inventa la belleza del mundo.

Recién nacido de la hermosura de las cosas,  
Dios me bendice en su diversidad.

Madurez de verdades:  
todas las policromías se sirven a sí mismas  
y a la armonía del universo;

[rosas  
los grandes árboles alzan sus catedrales temblo-  
para cegar el fondo insensible de los panoramas;  
los ríos, con sus fluidos cuchillos,  
desdoblan los paisajes para mostrarlos invertidos.

Y el dolor de la verdad  
contrapesa el vuelo de los sueños.  
(Y la horizontal de la muerte  
cruza la vertical de la vida)

### JUAN RAMON JIMENEZ

Río Piedras (Puerto Rico),  
29 de mayo de 1958.

Se ha puesto el cielo de un color distinto  
sobre San Juan de Puerto Rico (¿o era  
tal vez Moguer?). ¡Qué extraña primavera  
en Río Piedras! (¿o era Ríotinto?).

Una niña de ébano y de seda  
trae una flor espléndida, de fuego  
tropical, al poeta. (¿No es —¡oh juego!—  
«bonita y sucia como una moneda»,  
no es la carbonerilla de Platero?)  
Huelva... El Caribe... ¿Dónde estoy? Acaso  
—no la toques ya más— es que me muero.

Mariposa perdida en el ocaso,  
donde brilla, y me estoy quemando en ella,  
Zenobia Camprubi, como una estrella.

(De Poesía junta.)

GUILLERMO DIAZ-PLAJA

### SE ESTA EXPERIMENTANDO UN CORAZON ARTIFICIAL

Cómo vas a llorar en ese día  
que la angustia comprima tus arterias  
y émbolos insensibles funcionen sin saberlo.

Cómo vas a gozar cuando el sentido  
abarque en alto, luminoso instante,  
la significación del universo,  
juntas las penas y las alegrías,  
si tu existir está servido  
por mecanismo de metal y vidrio.

Vas a poder dormir con ese ruido  
o parará el corazón al sueño  
remuriendo tu muerte cada día.

Podrás sobrellevar la aterradora idea  
de tu sangre estancada por la noche,  
fermentando en las venas sin vigor,  
las capilares del cerebro ciegos,  
los sueños del cadáver flotando en tu conciencia,  
el rezumar secreto de los órganos.

¿Por quién serás resucitado con el sol  
al mover la clavija del autómatas,  
lázaros cotidiano, por qué Dios?

(De Diario de la mañana.)

CONCHA DE MARCO

### LA CATEDRAL DE LEON

La forma aquí hace ingravida a la piedra  
y la aísla del tiempo. Los cristales  
suben al cielo —surtidor callado  
sin caída— y sostienen a la piedra  
en eterno equilibrio de armonía.

Bruñe en la luz la Catedral sus torres  
cual espadas. Las horas retroceden  
al borde de lo eterno. De la piedra  
brotó la flor perfecta del vitral.

Y al fundirse cristal y piedra y forma  
la noche en el silencio la dispara  
—flecha sin arco, nieve hacia lo alto—  
como un ave sin peso, por el aire.

(De La patria ilímite.)

OSCAR ECHEVERRI MEJIA

# LAS GAFAS SIN CRISTAL

CONCHA DE MARCO: *Diario de la mañana*. Editorial Mediterráneo. Madrid, 1967. Ø13,5×19Ø. 90 págs. Spm.

Hace unos años publicó Juan Emilio Aragonés, subdirector de esta revista, un libro de poesía titulado *El Noticiero*, en el que el esquema normal de un periódico servía de pie forzado a la temática y de incitación también al juego libre sobre la misma. Verdaderamente, un diario nos da hecho y distribuido en secciones el desenvolvimiento corriente o extraordinario de la Vida.

Es ahora Concha de Marco, que había publicado un primer e interesante libro, quien toma como pretexto de sus poemas la estructura de un periódico, se somete a idéntica disciplina que Aragonés. Era curioso señalar la coincidencia cuyo límite no pasa de aquí, porque la diferencia entre estos dos poetas que han usado del hallazgo es absoluta.

Concha de Marco siente el mundo de un modo pesimista pero encarado, enterizo. Duda de las palabras: Únicamente aquellas/que no han llegado a pronunciarse nunca,/palabras que murmura el alma a solas,/son las que quedan; se horroriza de todo lo que hay que horrorizarse hoy; abomina del relumbrón y de la cursilería; siente la melancolía del tiempo (Y llovió cada brasa del fuego que se pierde). El cua-

dro, en fin, de su mentalidad y de sus emociones responde claramente a una persona inconformista, pero no de una manera rutinaria.

Este periódico poético tiene los títulos consabidos—de noticias o de secciones fijas—; sin embargo, la autora no se ciñe por lo común a una anécdota, sino que persigue profundizarla. Así Madrid al día se convierte en un poema original y lírico sobre el subsuelo de la ciudad (la hondura es literal en esta ocasión); o Página financiera y Natalicios, apoyándose mínimamente en el rótulo para despegarse hacia lo que no es cosa de un día, sino cosa de siempre, mientras otras piezas están montadas sobre la platina de la actualidad. Por último, hay un grupo de poemas en que la noticia o el apartado del diario provocan expresiones de tipo subjetivo: Necrológica, Murió a los veinticinco años—muy especialmente logrado—, Efemérides.

Al contrario que en su otro libro, *Concha de Marco* ha cuidado la unificación de estilo y ha cuidado también no incidir en pequeños defectos de forma que ya le señalé en su momento. La superación es evidente. Sabe esta poetisa que la formación cultural debe ir bien mezclada en el torrente circulatorio del poema y que la claridad de las ideas no significa nada si está ausente el temblor. *Diario de la mañana* se transforma en diario espiritual de quien lo escribe: una mujer asomada

a la realidad inevitable, pero sin tratar de perder su fisonomía de persona en aquella a cuenta de lo que algunos llaman exigencia épica.

OSCAR ECHEVERRI MEJÍA: *La patria ilimitada*. Ediciones de la revista Ximénez de Quesada. Bogotá, 1967. Ø13×20Ø. 150 páginas. Spm.

Varias veces ha estado en España Echeverri Mejía; recuerdo haber tenido una conversación con él sentados al sol de la calle Lista, un sol de sobremesa con el correspondiente café, acaso colombiano. Es difícil que un poeta de América se sustraiga a la tentación de decir, en su instrumento natural, lo que es para él España. Se trata de una especie de doctorado poético, cuya viceversa también sirve, pero, por desgracia, hay que expresarlo, son muchos menos los poetas españoles que tienen ocasión de «hacer» la América, que los americanos España.

El libro de Echeverri enseña las dimensiones de las dos patrias a las que normalmente se acoge un hispanoamericano: la suya propia y la Península Ibérica, «madre patria», expresión esta que vale la pena salvar de la retórica. Pero en orden inverso en este nuevo ejemplario de un fervor par. España es vertebrada para el poeta, y son sitios

históricos, como siguiendo una guía, los que mueven su palabra: Madrid, Avila, León, Segovia, Andalucía... El espacio se lo determina el poema y, una vez apresado éste, cabe la anotación íntima, sobria siempre. Se nota que Echeverri siente respeto y aun amor por la historia común; esto le intimida la palabra y se diría que no se arriesga a usar un lenguaje que pueda sonar a poco adecuado. Es académico y academicista. En cambio, «Mar de Málaga» resulta una creación deliciosa.

No son sólo monumentos los motivos de su verso, sino también cuadros—los cuadros que hay que conocer forzosamente—y que completan con dignidad este panorama español.

Vienen luego los poemas a Colombia, y en ellos el paisaje ya es amor, ya es familiaridad, e incluso la técnica poética se distancia bastante de la empleada en los poemas españoles. El poeta sale de su aire sosegado para intentar el canto y el tono habitual de los poetas de América cuando tienen la naturaleza delante. Sin desbordarse, pero sin quedarse tampoco en las lindes del soneto o del verso menor, Echeverri amplía su voz hasta ese agudo que es *Lección lírica de Colombia*, sin duda ninguna el poema más importante de este volumen, escrito con una gran belleza: *Colombia, como un potrero por la ilimitada pampa del porvenir; puerta del Nuevo Mundo, pulso azul de la mañana*.



## ENSAYO

Eugen Bohler

### EL FUTURO, PROBLEMA DEL HOMBRE MODERNO

ALIANZA EDITORIAL  
MADRID, 1967

205 PÁGS. Ø11×18Ø. 50 PTAS.

La moderna transformación de la espera del futuro, la asociación de saber e invidencia como constitución del hombre son algunos de los temas tratados.

Werner Richter  
BISMARCK

PLAZA & JANES  
BARCELONA, 1967

541 PÁGS. Ø10,5×18Ø. 50 PTAS.

El autor, historiador alemán, se ha basado en documentos inéditos para realizar el presente estudio.

Th. van Baaren  
LAS RELIGIONES DE ASIA

PLAZA & JANES  
BARCELONA, 1967

236 PÁGS. Ø11×18Ø. 80 PTAS.

Islamismo, parsismo, hndismo, budismo, las religiones del Tíbet, de la China y del Japón.

### Pilar de Cuadra UN PUENTE SOBRE SIETE SIGLOS

EDITORIAL CATOLICA  
MADRID, 1967

301 PÁGS. Ø12,5×20Ø. 120 PTAS.

La autora ha hecho una interesante biografía de San Antonio de Padua.

### Miguel Nicoláu ESCRITURA Y REVELACION SEGUN EL CONCILIO

APOSTOLADO DE LA PRENSA  
MADRID, 1967

220 PÁGS. Ø12×17Ø. 90 PTAS.

La constitución de divina revelación es como la base de la construcción doctrinal del Vaticano II. Los documentos conciliares se fundamentan en la divina revelación. En el libro se estudia el sentido del texto.

### José María Gironella GRITOS EN EL MAR

PLANETA ● BARCELONA, 1967

515 PÁGS. Ø15×21Ø. 225 PTAS.

Se trata de una recopilación de los trabajos periodísticos que el novelista ha ido publicando durante los últimos años.

### Giuseppe de Rosa LOS JESUITAS SE RENUEVAN

RAZON Y FE ● MADRID, 1967

158 PÁGS. Ø13×19Ø. 60 PTAS.

Son cuatro las renovaciones que se analizan en el presente ensayo: estructuras, apostolado, vida espiritual y formación en y después del noviciado.

### Maurice Bellet LOS QUE PIERDEN LA FE

RAZON Y FE ● MADRID, 1967

227 PÁGS. Ø12,5×19Ø. 150 PTAS.

¿Por qué muchos cristianos abandonan su religión? El autor explora en lo que considera son las razones de tal proceder.

### Peter Lengsfeld TRADICION ESCRITURA E IGLESIA EN EL

DIALOGO ECUMENICO  
FAX ● MADRID, 1967

348 PÁGS. Ø14×22Ø. 290 PTAS.

Paradisis en el Nuevo Testamento, el canon del Nuevo Testamento, «l

principio escriturario y el problema de la tradición hoy son algunos de los temas desarrollados.

John Vaizey

### LA EDUCACION EN EL MUNDO MODERNO

GUADARRAMA ● MADRID, 1967

252 PÁGS. Ø12,5×19Ø. 140 PTAS.

La educación en las sociedades pobres, las nuevas técnicas de la educación, la educación y el desarrollo económico son algunos de los varios temas tratados.

Henry Kamen

### LOS CAMINOS DE LA TOLERANCIA

GUADARRAMA ● MADRID, 1967

253 PÁGS. Ø12,5×19Ø. 140 PTAS.

El problema que planteó la reforma fue el de la tolerancia religiosa, cuestión que se fue haciendo cada vez más compleja debido a la proliferación de sectas protestantes. El libro describe el desarrollo de la idea de la tolerancia en su periodo formativo desde Erasmo y los humanistas de principios del siglo XVI hasta los precursores de la ilustración al morir el siglo XVII.

## NARRATIVA

Miguel Gila

### UN BORRICO EN LA GUERRA

DIMA ● BARCELONA, 1967

139 PÁGS. Ø17,5×22Ø. 150 PTAS.

Nuevamente Gila nos ofrece un libro en el que conjuga, al igual que en *La Jaleo*, el bizzo y los demás, su prosa con sus caricaturas.

Antología

### CUENTISTAS SUECOS

ESCELICER ● MADRID, 1967

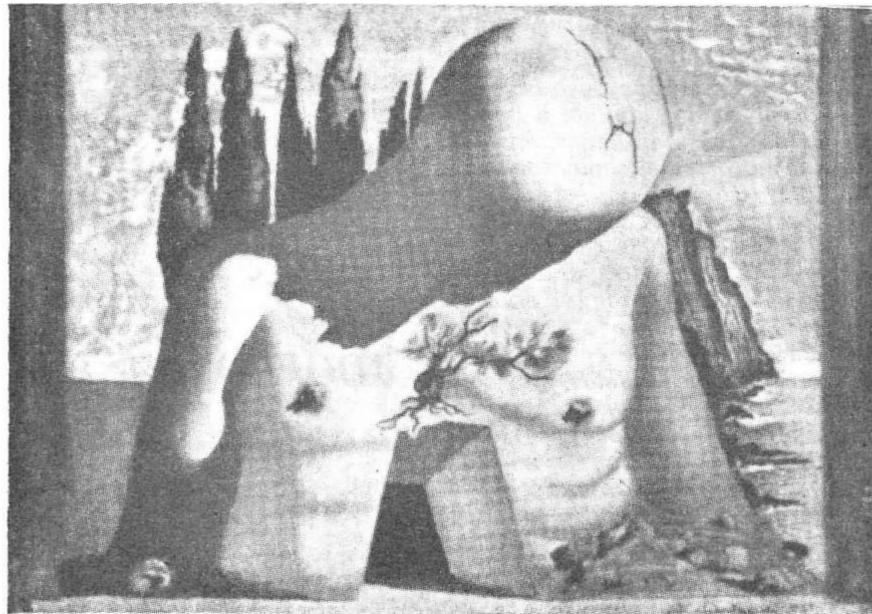
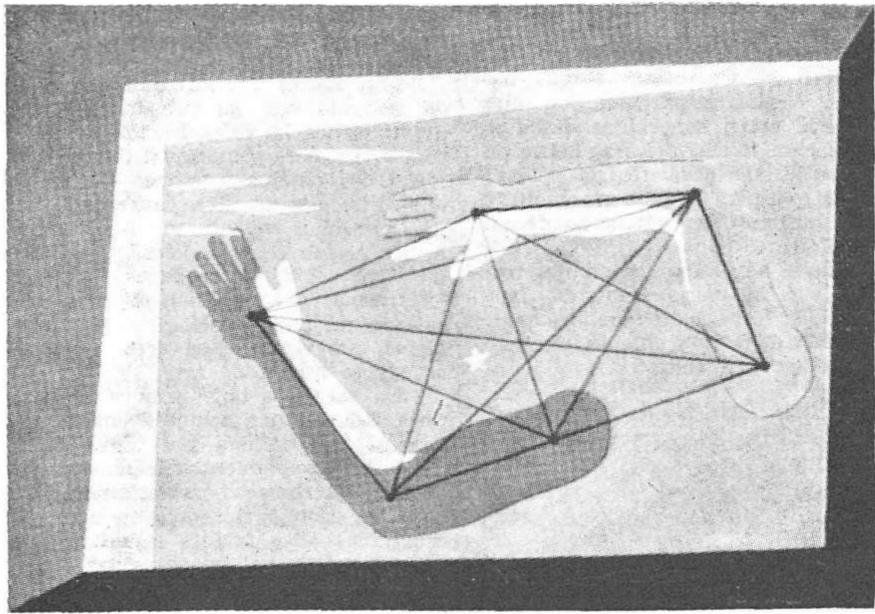
269 PÁGS. Ø11,5×19Ø. 100 PTAS.

Prólogo de José María Pemán.

## NOTICIAS DE HISPANOAMERICA

De la Editorial Huemul (Buenos Aires) recibimos un Martín Fierro ampliamente comentado por Jorge Becco. En la introducción estudia la poesía gauchesca, el desarrollo del Martín Fierro atendiendo, preferentemente, a sus personajes y fuentes literarias. Sigue métrica, lengua y texto; 529 notas explicatorias de los versos y una bibliografía de interés, finalizan esta primera parte.—Cataluña. Los trabajadores y el problema de las nacionalidades (la solución federal) es el libro de Fidel Miró que nos llega de Editores Mexicanos Unidos. Aunque el título ya es claro en cuanto al contenido, en el prólogo leemos: «Hay un error en esto de las nacionalidades hispánicas o ibéricas que conviene aclarar. Como otros muchos, yo soy partidario de las naciones naturales y no de las naciones políticas, aunque la historia parezca a veces justificarlas.»—Ediciones Culturales Argentinas (Buenos Aires) nos remite Pedro Henríquez Ureña, biografía de la vida y obra del pensador. Prólogo de Ernesto Sábato. Selección y notas a cargo de los profesores Carmelina de Castellanos y Luis Alberto Castellanos.—De la misma procedencia recibimos *Un guapo del 900* y *Las aguas del mundo*, de Samuel Eichelbaum. Son sus dos obras de teatro más significativas. Y María de Villariño, por Ana Emilia Lahitte.—Del Ministerio de Educación y Justicia de Buenos Aires nos llega *Contribución al estudio del español americano*, indagaciones lingüísticas de Avelino Herrero Mayor.—Y de la Editorial Ceibo (Buenos Aires) *Pampa en soledad* y *Retorlirico*, libro del que es autor también Herrero Mayor.

# BALANCE DE VEINTE AÑOS PARA ESTE FIN DE AÑO



Guitarra del mesón que hoy sueñas mañana petenera, [jota, según quien llega y tañe las empolvadas cuerdas.

ANTONIO MACHADO

Han pasado veinte años desde que, estudiantes aún, iniciamos irregulares tareas críticas. Vemos cómo han cambiado muchas cosas, incluso en nosotros mismos, pero satisface comprobar que no ha cedido ni un solo paso nuestro entusiasmo de entonces por seguir reconociendo, comprendiendo, reclamando nuevos títulos y autores.

Los comentarios de aquella etapa inicial eran, como es lógico, impetuosos y hasta irrespetuosos, porque es éste el clásico tono de la juventud que, desgraciadamente, se transforma en el conformismo posterior. Tan difícil como es mantener los ojos abiertos cuando se alarga la jornada, resulta al intentar con los oídos. Pero ahí reside el secreto y el filón de la inquietud, cuya posesión es un simple privilegio del que no cabe sentirse orgulloso, sino contento, feliz de poseerlo.

Decimos que han cambiado muchas cosas, y, entre ellas, queremos incluir la ampliación del gusto en el panorama musical de la mayoría. Es un hecho que queremos apuntar en saldo a favor, por lo que tiene de evolución, y sin considerar que los «tabúes» de entonces no han desaparecido; solamente han variado de época.

Muchos de los nombres que se incluían en el capítulo de las novedades rabiosas se han integrado, si no al repertorio, sí, al menos, al grupo de lo perfectamente aceptable. Recordamos los «pateos» en el Palacio de la Música, en los que, curiosamente, participaba también un sector de la juventud que se encontraba encerrado en el círculo vicioso de los grandes maestros.

Aquellas novedades tenían, en muchas ocasiones, veinte y treinta años desde su estreno. Hoy, es grato reseñarlo sin reservas cuando

se juzga el panorama y no el hecho concreto, asistimos a «estrenos mundiales». ¿Que a veces ni gustan ni comprende casi nadie? Es posible. Pero ¿se habría producido esa misma situación en forma repetida hace veinte años? La contestación es, por fuerza, negativa. Este simple hecho da fe de una de las cosas más importantes que se han modificado en estos veinte años de nuestro testimonio.

Algo similar sucede en el teatro, en la literatura, pero la posición antinovedad es más característica de la música. Sin embargo, la evolución ha sido superior a la obligada por el transcurso del tiempo. Se han incorporado aquellos nombres, los que llegaban detrás, y ha nacido, como paso inmediato, el despertar de una conciencia de actualización. Un grupo de compositores españoles está al día, participa del juego del momento y aparece, ya sea de forma fugaz, en los programas. Se conocen sus nombres, para aceptarlos o para escucharlos en silencio o con indiferencia, pero están ahí. Y su actualización no admite dudas. Por eso, cada vez que una de sus obras se dibuja en los programas para el «gran público» de la música, que no lo es tanto, se da un nuevo paso en el fortalecimiento de esa conciencia.

Un ejemplo define mejor que cualquier comentario esta transformación. ¿Quién aceptaba hace veinte años una obra dodecafónica? Pensar en una interpretación en aquellos conciertos dominicales o de los viernes en casi una fantasía espacial; posible, sí, pero en un futuro lejano. Pero nos hemos saltado algunos escalones, y, como dice Nietzsche, los escalones no nos lo perdonan. Hemos pasado, en el breve plazo de veinte años, de las repetidas Patéticas a programas llenos de sorpresas.

La explicación estaba en la juventud de las agrupaciones, en que se producía tal vez un renacimiento que forzosamente había de pasar por las etapas del crecimiento. Y así, superado el sarampión «pa-

tético», se consolidan las características de una madurez. El público que con gran frecuencia abarrota las salas, un cierto respeto silencioso ante lo que no se comprende, una más amplia afición por la música de cámara, son los síntomas de esa mejora.

¿Está resuelto el panorama? In-

dudablemente, no. Los compositores han perdido su timidez, y sigan su línea, pase lo que pase. Pero eso que pasa no es del todo alentador. Las «empresas»—algunas tan sólo—hacen sus esfuerzos, sus escapadas, hacia la renovación, pero el público no siempre las sigue. El público duda. Por su parte,

## entre ayer y mañana

La Orquesta Nacional ha cerrado su ciclo con una brillante versión de El Mesías, de Haendel, bajo la dirección de Rafael Frühbeck, y con la participación del Orfeón Donostiarra. Las intervenciones solemnes de este conjunto coral se han hecho tradición, a la que añade solera su extraordinaria calidad. La elección de la obra de Haendel define también el curso de la primera parte de la temporada que se ha consagrado a lo que en los programas de radio se solía titular «música de siempre» o «maestros inolvidables».

En el Club de Concursos escuchamos a Hans Von Benda, en un programa lleno de interés que incluía algunos «inolvidables». El flautista Sebon repitió sus virtuosismos de la temporada anterior. Extraordinario en el Concierto de Franz Benda y exhibicionista en el fragmento de regalo.

Mayor interés tenía el melodrama Ariadna en Naxos, de Georg Benda, en el que intervinieron como recitadores Irene Gutiérrez Caba, Francisco Valladares y María Paz Ballesteros. El melodrama es grato, tiene interés histórico y sirve de excelente ejemplo para demostrar una distinta concepción de lo descriptivo, de la del romanticismo. Los «pizzicatos», tras la frase de Teseo, «mi corazón palpita» o la interpretación de la tempestad, nada tienen que ver con los trémolos

graves de la cuerda romántica. Lo descriptivo, mientras no es imitativo, no pasa de ser un subjetivismo perfectamente encadenado a cada época.

Antes de comenzar la segunda parte, le fue impuesta al maestro Von Benda la encomienda de número de Alfonso X el Sabio. Los años de su participación en el mundo musical español y los que estuvo al frente de la Orquesta Municipal de Valencia han sido justamente premiados. El maestro, miembro de una familia que ha militado en la música desde hace varios siglos, considera a España, muy lógicamente, como su segunda patria, y así lo hizo constar.

El programa de mano incluía un resumen y, como tal, sincero elogio de Enrique Franco, que recuerda su participación en la música y en nuestra música.

La Orquesta de la Radio Televisión ha dedicado su sesión de cierre navideño a la Misa en Si menor, de Bach, que se anuncia inmediata a la hora de cerrar esta crónica.

Se ha hecho publicar la noticia de la colaboración de Antonio Buro Vallejo y Cristóbal Halffter. La ópera en la que trabajan será estrenada en un futuro más o menos próximo. ¿Cuándo la veremos en España? ¿La veremos? Sería un buen programa para un posible teatro de ópera de Madrid.

la crítica que está al lado de los que avanzan es también minoría.

No es nuevo decir que la influencia inmediata de la crítica musical es muy reducida, pero esa pequeña presión se suele orientar en sentido negativo. Se deja constancia, se insiste, por ejemplo, en que el público «reaccionó» friamente y que esto «justifica» el que muchos no se aventuren a ofrecer estrenos. La postura podría ser cómica, si no fuera porque los resultados de su pequeña influencia son en proporción demasiado perniciosos. Con este tipo de criterios seguiríamos en el teatro de Echegaray o en la pintura de Sorolla, cuyos posibles valores nada tienen que ver con el cauce de la evolución que continúa.

Observamos que, inconscientemente, no hemos aludido a la «calidad» de las novedades, que no pueden faltar en el comentario crítico. Pero también en este caso la explicación está en las posturas, porque no se atiende casi nunca al análisis de los valores, sino que se parte del hecho «novedad» para, en su «función», planear las alusiones tangentes sin entrar en la obra en sí. Esto produce, además, una obligada reacción que nos lleva a otros a la defensa, también en función de esa novedad, tan lamentable como irremediable. Un análisis frío, ponderado, podría colaborar en el malentendido contra el que sabe que hay que luchar.

El curioso fenómeno no es exclusivamente español, y produce situaciones que, ahora sí, son irremediabilmente cómicas. Hace unos años hubo una polémica entre Stravinsky y un crítico a parecido nivel, al menos considerando el peyorativo para el que realizaba su tarea. El crítico no se detuvo a analizar; se limitó a confesar a sus lectores que no comprendía ciertas audacias, mientras se quedaba en el umbral de las siguientes. Es de esperar que, si vive muchos años, vaya dando «saltitos» que amplíen su panorama, aunque siempre se encuentre a la misma distancia del final del camino. Tal vez espera en cada caso a que los aficionados se decidan a recorrer otro tramo, para, seguro de que pisa tierra firme, «aventurarse» a cambiar de posición. ¿Es posible imaginar a un crítico de teatro cambiando impresiones con director, actores, empresario y algún espectador, para saber a qué atenerse? La música tiene sus características, como la de estar en el «aire», que debe influir en estos casos.

Por fortuna—hay que saber consolarse—, no todo es así, y ya se anuncian «arriesgadas» aventuras de estrenos y reposiciones de obras españolas, que son fundamento de esperanzas para que el año nuevo se pueda ganar a pulso el calificativo.

# ITINERARIO DE EXPOSICIONES

ADOLFO CASTAÑO

## NUEVA FORMA 2

Las exposiciones de Nueva Forma adolecen de un defecto endémico: cristalizar siempre en torno a un núcleo seguro.

En Nueva Forma 1, Chillida, Millares, Serrano, Palazuelo, Pullaondo, Fernández Alba y Sainz de Oiza, cada uno con su fuerza y su personalidad probadas, incluso con su fama y sus premios, dejaban poco o casi nada a la aventura de un título tan sugestivo.

En esta Nueva Forma 2, Chillida, Corrales y Molezún apadrinan a Rafael Ruiz Balerdi en su primera salida fuera del estudio.

Este paso es un paso tímido, pero que quizá anuncie para la futura Nueva Forma 3 un criterio de investigación más abierto hacia lo desconocido.

Creo que Nueva Forma dispone de medios para ofrecer una muestra arriesgada que incluya nombres nuevos, muchos, junto a un equipo de base. En España hay artistas que esperan ser impulsados—por citar un ejemplo, Luis García Núñez, «Lugan»—, ya que el espacio artístico que investigan precisa de una efectiva ayuda para salir del estado rupestre en el que se encuentran por falta de medios económicos.

Ya dije, con motivo de la primera exposición, que me parecía estupendo integrar dentro de un solo ámbito todas las artes plásticas. La idea me parece eficaz. Si luego estas artes no se integran en un edificio, es algo secundario; depende siempre de factores espúreos al arte en sí.

De cualquier modo, ya es un paso importante el que se repita la presencia de los arquitectos, por dos veces consecutivas, entre un grupo de pintores y escultores.

La aportación de Eduardo Chillida a esta exposición es excepcional.

Chillida es un artista en toda la extensión de la palabra. Y es un artista que en el trato directo habla de su trabajo como ningún escritor de arte puede hacerlo.

Es un síntoma positivo para nuestra cultura artística la cada día más creciente facilidad con que los creadores analizan con detalle su obra. Es cierto que la tensión inicial que va a dar como resultado la obra de arte es inefable, pero creo que el artista que padece esa tensión y no es capaz—al estar bajo su influjo—de analizarla, después, una vez que la obra ha salido de sus manos, puede rastrear perfectamente, y a grandes rasgos, el proceso que la misma ha sufrido y las influencias o contingencias que la han ido variando en el curso de su creación. El trabajo artístico y el científico son una fuente de hallaz-

gos, de descubrimientos, en virtud de la misma paciencia y atención con que se desarrollan. Ambos tienen una virtud máxima: la de alcanzar el futuro con gran rapidez y abrir zonas de la realidad estableciendo nexos y relaciones que antes parecían imposibles.

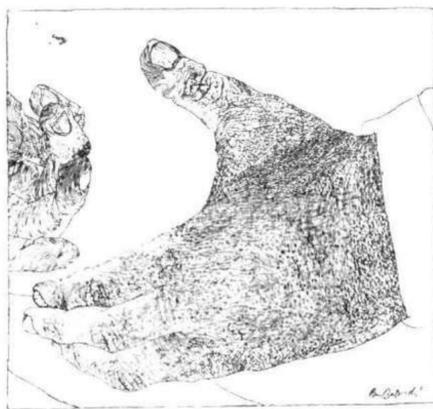
Chillida, como tantos otros artistas, investiga la naturaleza y parte de ella para alcanzar unas formas inéditas. El intenta llegar lejos, y el tiempo no le consume en aras de una novedad ni de un éxito fácil.

Es admirable ver la conjunción perfecta que se establece, dentro de su envoltura humana, entre el científico y el artista que le habitan. Es sorprendente ver cómo el resultado rebosa humanidad, humanismo.

Las formas en alabastro, formas habitables, casi transparentes, de una sola pieza, están concebidas desde la cristalización inicial del fragmento de piedra utilizado para realizarlas.

Los collages dan fe de un instinto seguro que sintetiza partiendo de un ritmo dado.

Y todavía hay más: los dibujos realizados con la mano izquierda, buscando en la torpeza del miembro como un temblor de descubrimiento, una exigencia mayor de verdad.



Rafael Ruiz Balerdi posee una medida de la forma externa prácticamente perfecta. Y es por esto por lo que la destruye, la olvida, intenta recuperarla, partiendo de un caos original y originario en el que se presienten unas formas, unos seres, ordenadas de acuerdo con unas leyes internas peculiares cuya clave todavía no ha encontrado totalmente.

Su esfuerzo es serio, digno de un respeto y una atención mantenidos, hermanados con la misma tensión que le colma.

Yo creo, dejando aparte las opiniones ajenas, que esto ya es un triunfo para cualquier artista que pretenda serlo.

Y Rafael Ruiz Balerdi es, sin duda, un artista.

Confieso que me gusta la manera de plantear las masas que tienen Corrales y Molezún. Las disposiciones de los volúmenes, siempre muy limitados por el cielo, desplazan el horizonte inmediato y se abren en el paisaje con una rotundidad de naranja.

Y no he dicho en absoluto una metáfora literaria gratuita. Pues, como la naranja, su interior está trabado, apoya al exterior con unas delicadas líneas de fuerza que otorgan al conjunto equilibrio y sabor.

Yo no conozco más que una obra en pie de ambos arquitectos: la residencia infantil de Miraflores de la Sierra. Poca cosa para dar un juicio definitivo de una obra que siempre está realizándose. Pero sí doy testimonio de su habitabilidad, de su aprovechamiento del terreno, de su belleza sencilla.

(SALA DE EXPOSICIONES HISA)

## LILI ESCRIVA

No se puede saber si Lili Escrivá tiene talento o no.

En esta segunda exposición suya en la Sala Abril la temática ha dado un giro, hombrecillos músicos, que no resulta suficiente para nuestra exigencia.

Cierta ingenuidad, sin comprobar; cierto hieratismo, un recato púdico y

una idea preconcebida son, a mi entender, las cortapisas que esta pintora se impone a sí misma.

Espero que en su próxima muestra sea más explícita. Entonces podremos serlo nosotros también.

## WOLFGANG BURMAN

El arte es algo más que la pura belleza. Tiene también una cuarta dimensión perceptible y eficaz: la significación. Si esta intencionalidad cae del lado del arte literario, si éste la ha provocado o facilitado, no es cosa que ahora vayamos a aclarar. Lo que nos interesa es el hecho para poder aplicarlo a un nuevo artista: Wolfgang Burman.

Según Santo Tomás, todo es bello de acuerdo con su propia esencia; permítasenos la vulgarización exhaustiva de su clara y medieval teoría. Por tanto, los objetos artísticos que Burman ofrece a nuestra curiosidad tienen por ellos mismos un valor y un brillo. Aunque sean papeles, sellos, radiografías, fragmentos de espejos, etc. Determinar si su reunión da como resultado un objeto estético es un problema que violenta, a veces, los cauces de la crítica de arte.

Para mí estos objetos sí son artísticos. Lo son por acumulación de vivencias: la realidad nos ofrece cada día este agolpamiento dramático de objetos, de seres; nos testimonia del paso del tiempo, nos deja en una encrucijada o nos facilita la salida con un pasaporte válido para todos los países del mundo. Y Burman ha podido transmitirnos todo eso con sus juegos de espejos quebrados.

Yo no sé si este artista seguirá por estos pagos o en el futuro elegirá otros menos impuros en apariencia. No me importa. En este momento doy fe de dos cosas: de su búsqueda sincera de un modo de expresión y de sus condiciones para poder alcanzarle.

(GALERÍA DA VINCI)

## ISABEL PONS Y AUGUSTO SERENO

Lamento hermanar a dos artistas que merecen por separado un amplio comentario. Pero, dado que su trabajo tiene una base material semejante, el grabado, deseo que se me permita la licencia.

Isabel Pons nos da una hermosa lección de equilibrio artístico al exponer conjuntamente sus últimos grabados y sus óleos de antaño. Todos saben que Isabel Pons, catalana universal, dio sus primeros pasos con el pincel, y que sólo después cambió el pincel por el buril, siendo fiel a este último a partir de entonces y abandonando un tanto, en lo práctico, su tarea primera.

A pesar de que el tiempo no perdona, advertimos en las primeras obras de Isabel Pons una unidad insobornable, en algunos de los casos, con lo que vino después. Esto evidencia la cohesión profunda que yace en el fondo de toda su obra, su capacidad de investigación, su mirada hermosa y agudísima, mantenida con el tesón y la voluntad que en ella resplandecen por encima de todo.

Los grabados superan, si cabe, los que les preceden. Todavía es más pujante la sugerencia, el acento del color, la pureza imaginativa. Los collages son a veces—la Porciúncula, por ejemplo—de una belleza ofensiva.

En resumen: Isabel Pons sigue perfeccionando nuestra capacidad visual, agregándola cada vez una amplitud sutil de alcance.

Augusto Sereno es un magnífico artesano, un hombre que conoce la volubilidad del ácido, el camino que va a seguir al atacar la plancha.

Augusto Sereno es un artista que gobierna, con plenos poderes, el orden del espacio; que dicta sus leyes atendiendo a un horizonte lejano.

Augusto Sereno es honrado, serio, voluntarioso.

(GALERÍA NEBLÍ)

## POESIA Y COMEDIA

**ANTONIO GALA:** *Noviembre y un poco de yerba*. Dirección: Enrique Diosdado. Teatro Arlequín. Intérpretes: Amelia de la Torre, Alberto Bové, María Guerrero y Gabriel Llopart. Decorado: F. Torre de la Fuente. Fecha de estreno: 14 de diciembre de 1967.

Antonio Gala sabe—ahí están *Los verdes campos del Edén* y *El sol en el hormiguero* para patentizarlo—que el teatro tiene sus propias fórmulas lingüísticas, supeditadas siempre a la situación dramática, y que cuando no existe tal servidumbre del texto a la acción, el resultante podrá encerrar grandes méritos poéticos y mucha calidad literaria... pero no es teatro, porque le falta la acción—incluso la sugerencia de una acción interna—. Este es, a mi juicio, el básico error de que adolece *Noviembre y un poco de yerba*. Una obra muy poética, muy literaria, pero de muy escasa teatralidad. Para no andarme por las ramas del eufemismo: soporífera. Acaso leída resulte soportable; seguramente sí, porque su autor hace juegos malabares con el idioma, y es para él un vehículo expresivo que domina a la perfección.

Pero el teatro es más que la palabra. Una obra no se mantiene en pie sin la apoyatura de la acción, del ritmo escénico, etc. Y Gala, por esta vez, parece haberlo olvidado.

Su «historia dramática» tiene mucho más de «historia para ser contada» que de «drama para ser representado». Transgrede gravemente las leyes del teatro, tras una primera escena prometedora—la de «Paula» y «Tomás» en el mundo exterior—. En cuanto la protagonista desciende al aislado sótano en el que su madre y su marido viven incomunicados, ella por su demencia y él por el temor a las responsabilidades penales—absurdamente prolongadas—que podría reportarle su actuación en la guerra civil española, el dramatismo se desvanece tras una espesa cortina verborreica. Lo de menos es que el argumento haya sido suministrado por una determinada peripecia vital. Lo de más es que, para manifestarla dramáticamente, el autor se ha apartado de los condicionamientos teatrales.

En la certidumbre de que Gala es uno de los más positivos valores con que cuenta la dramaturgia española, y de que pueda aportar a ella la poesía de que tan carente está, me atrevo a recordarle que no eche al olvido los otros elementos escénicos, que no sólo la palabra no lo es todo en el teatro, sino que existen expresiones escénicas que prescinden total o parcialmente de aquélla, sin mengua de su comunicabilidad.

**JORGE LLOPIS:** *Si te mueres nos casamos*. Dirección: «Saza». Teatro Valle Inclán. Intérpretes: José Sazatornil, María Esperanza Navarro, María Luisa Arias, José Albert, Ramón Corroto, Gloria Cámara y Ramón del Val. Decorado: «Enrique». Fecha de estreno: 20 de diciembre de 1967.

*Si te mueres nos casamos*—decimonona comedia estrenada por su autor—es una entretenida pieza caricaturizada sin pies ni cabeza

y concebida solamente como «obra de Pascuas» sin más pretensiones. Debo proclamar aquí mi desencanto ante una comedia de autor cuya ingeniosidad está probada que aún hace humor (¿?) con los suecos, los bikinis y las dificultades de aparcamiento. El humorismo se queda en muy trasnochada comicidad y la obra—a la que otro tratamiento pudiera haber dotado de originalidad—no supera la calificación de «disparate escénico». A estas alturas, es decepcionante el estreno de una pieza como la de Jorge Llopis.

Ni una sola de las situaciones de la comedia resulta verosímil en la medida en que el arte escénico lo requiere e igual carencia de entidad humana se advierte en sus personajes, sobre todo en lo que respecta al protagonista y a «Visi», esa chica entrometida que en la obra cumple un cometido contemporizador entre los morigerados indígenas y los turistas suecos, tan topiqueramente descritos, los pobres.

La vetustez de la obra, tanto lingüística como de situaciones, la invalida totalmente a efectos enjuiciadores. Cabía esperar más, mucho más, del humorista Jorge Llopis.

**JUAN JOSÉ ALONSO MILLÁN:** *¡Ay... infeliz de la que nace hermosa!* Dirección: Juan José Alonso Millán. Teatro de la Comedia. Intérpretes: Amparo Soler Leal, Pedro Osinaga, Guillermo Marín, María José Román, Rosario García-Ortega, Verónica Luján, Josefina Lamas y Emilio Espinosa. Decorados: Carlos Viudes. Fecha de estreno: 22 de diciembre de 1967.

A raíz del estreno de la comedia de Alonso Millán *Gravemente peligrosa*, escribía en el número 359 de LA ESTAFETA, el 17 de diciembre del año pasado: «Alonso Millán está explotando una veta que, afortunadamente, tiene ya pocas posibilidades. La fórmula dará dinero, pero por poco tiempo, me parece. Es un error rentable a corto plazo...»

El estreno en el teatro de la Comedia de esta producción de Alonso Millán confirma el vaticinio aquél y prueba que el autor es consciente de la caducidad de lo que por un tiempo fue su fórmula. *¡Ay... infeliz de la que nace hermosa!* es una comedia bien construida y con excelentes rasgos de humor—coloquial y de situaciones—, afortunadamente antipódica en su concepción y desarrollo de piezas como *Mayores, con reparos*; *El plan Manzanares*, y *Gravemente peligrosa*, para citar sólo tres títulos de la resbaladiza etapa erotizante de Alonso Millán, y supone una confirmación de que el más joven de nuestros autores—tiene treinta y un años—con frecuente acceso a los teatros comerciales ha rectificado su andadura escénica.

En la comedia enjuiciada se advierte, además, una superación del excesivo mimetismo que había en las iniciales obras de este autor y, como consecuencia, una más concreta ligazón con los temas de actualidad, cuyos aspectos criticables resultan enérgica y parcialmente vapuleados—aun cuando no penetre en el meollo de la cuestión social—, desde la desmesurada imaginación con la que la pro-

tagonista pretende extinguir el aburrimiento de su vida en un pueblo de mala muerte participando en toda suerte de concursos, hasta la caricaturización de los excesos publicitarios.

No soy, ni con mucho, partidario a ultranza del aherrojamiento del teatro en las lindes estructurales que propugna la preceptiva a la vieja usanza: exposición, nudo y desenlace. De ahí que no pare mientes en si Alonso Millán se atiene o no a tales reglas, toda vez que parecen factores de mayor consideración valorativa el ingenio del lenguaje y—sobre todo—el instinto de las situaciones.

Por la relampagueante e insistida ingeniosidad del diálogo, el auditorio aplaudió frases alusivas a temas de actualidad, agudas réplicas y ocurentes parodias costumbristas.

En cuanto al instinto de la situación teatral—básica cualidad en un comediógrafo—, queda bien de manifiesto en el tratamiento dado a la escena central del segundo acto: hay en ella frases—ovacionadas por el público—que, dichas en otro momento, nada tienen inducente a la risa. Sin embargo, fue la escena más hilarantemente acogida por los espectadores. ¿Por qué? Sin duda porque el autor la escribió con plena adecuación del lenguaje a su circunstancia teatral, y ello hubo de permitirle extraer de la situación todo el partido posible.

A decir verdad, este segundo acto de la comedia es un buen botón de muestra que prueba las dotes inventivas de Alonso Millán, con su punzante sátira de la pueblerina en su lanzamiento como modelo publicitaria, muy sofisticada y la mar de «sexi».

Ya el acto inicial concluyó «en punta»—otra virtud de experto autor—, por lo que, aun cuando satisfecho, el público no veía clara la continuidad de la trama. Pero he aquí que Alonso Millán riza el rizo de la invención escénica, en un sorprendente acto central plebiscitario de hallazgos humorísticos.

Y el hecho de que el desenlace sea un tanto convencional, con inclusión de algunos versos de «If», el más divulgado poema de Rudyard Kipling, como es bien sabido, no logra aminorar el triunfo definitivo.

Buena prueba del viraje copernicano que ha dado a su producción escénica el autor es que Amparo Soler Leal luzca mucho más sus excepcionales dotes de actriz cómica que su anatomía; corporeiza su cambiante cometido con calificación de sobresaliente, bien secundada por Pedro Osinaga, Verónica Luján—aplaudida en el mutis de su única escena—, Guillermo Marín, María José Román y el resto de los intérpretes, bajo la dirección del autor, que como director del TEU inició sus actividades teatrales.

De los decorados de Viudes, muy ambientadores, excepcional el del segundo acto, funcionalista y satírico.

### AL PAÑO

OTRO TEATRO PARA BARCELONA

Parece increíble, pero es verdad. Sobre el solar de un antiguo cine barcelonés se alza ahora un local escénico: el teatro Moratín. La tenacidad del autor Jaime Salom ha logrado llevar a efecto el prodigio. El nuevo teatro se ha inaugurado el 23 de diciembre, con el estreno de *Cara de Plata*, de Valle-Inclán. Xavier de Montsalvatge ha hecho las ilustraciones musicales y Emilio Burgos los decorados. Bajo la dirección de José María Loperana, interpretan los principales personajes Luis Prendes, Paquita Ferrándiz, Ramón Durán, Vicente Parra y Eugenia Zúffoli.

# NAVIDAD EN EL AEROPUERTO

JOSE MENDEZ HERRERA

NADIE diría que son sólo las seis de la mañana. Cuando salimos del hotel, apenas apuntaba la claridad por la Laguna. El portaaviones anclado había apagado ya su guirnalda de luz y estaba gris y soñoliento. Frente a él, dos pequeños destructores parecían polluelos del gran gran barco semidormido. Pero al llegar al aeropuerto de San Juan, si hubiera de juzgarse por el bullicio de gentes que lo poblaba, bien podían haber transcurrido cuatro horas. Mas no, eran sólo las seis de la mañana, de una mañana que se anunciaba fresca y soleada después de la profunda lluvia de Nochebuena.

La calle del hotel estaba solitaria, sí; apenas aquella viajera que, erguida en la acera de enfrente, nos gritaba, agitando un brazo a los aires mientras con el otro sostenía una pesada maleta, su angustiada interrogación teñida de un fuerte acento norteamericano:

—¿Va al puerto aéreo? ¿Va al puerto aéreo?

Con su pantalón blanco, de una materia entre tela y rafia, su guayabera con flecos, de corte mejicano, y un pañuelo a la cabeza, era la imagen del S. O. S. en un desierto sin analogía y sin taxis.

—Venga, súbase con nosotros.

En Puerto Rico, en este San Juan madrugador, hasta los norteamericanos hablan español. Y unas conmovidas «gracias» suavizaron el acento del alba, que iba perdiendo su rubor por segundos.

En un aeropuerto internacional, pueden suceder cuantas cosas sea capaz de imaginar la mente humana, menos que el avión salga a la hora prevista en el billete y el horario. Docenas, «scores», centenares de personas estaban ya apoltonadas frente a los bancos de las compañías aéreas. Una música rítmica por demás, soplada desde los altavoces, iba despertando el aire matutino. Y los viajeros cargados con los pesados «equipajes de mano», parecían bailar una samba singular. Al asomarnos por entre las cabezas agitadas, en el gran tablón de anuncios vimos la causa de tanto rumor inquieto: «New York. Flight 821. 6,30. Cancelled». Cancelado, anulado, borrado del mapa. No se vuela, al menos en ese aparato tachado con una cruz invisible. Pero cerca hay otro «banco». Como en el mar, como en la calle de Alcalá. Claro que aquí es el de otra compañía de aviación. Allí, en su cuadro o tablón competidor, hay otro cartelito que reza: «New York. Flight 228. 7,30». Y al lado de esa cifra cabalística, un blanco purisimo,

lo que quiere decir en lenguaje tácito que el vuelo saldrá a la hora señalada. Una carrera, unas maletas que pasan de una playa a otra, unos endosos apresurados en los billetes y ya estamos casi a bordo del otro aparato. Así se pensara. Mas la ilusión es ave pasajera. Apenas un: «Que tengan un buen viaje», un poco zumbón, nos hiere los oídos, y en aquel immaculado blanco que antes vimos campea ya un zozobante «Delayed», y las cifras anteriores se han convertido en unas 8,30. El vuelo está aplazado.

¿Es posible? Pues sí, señor. Mientras aquí ya el sol penetra por los vanos abiertos, al son musical y candonguero; mientras brazos de todos los órdenes —blancos, negros, mulatos— muestran su tez al aire que se adensa dejando las palmas quietas, allá, donde nosotros queremos llegar en un salto sobre el Caribe, nieva, nieva copiosamente, y hay vientos fuertes, y nieblas espesas, y la pista está helada. Nueva York resulta inabordable. El Servicio Meteorológico se convierte en la Sibila de Cumas, pero está callada en esta mañana «puertorriqueña», que es la mejor manera de no equivocarse.

Dos horas de espera pueden llenarse con algo. ¡Fuera, fuera de aquel bullir de desesperados que claman por su vuelo; de aquel bambolear de caderas isleñas; de aquel enjambre de niños que puebla siempre los aeropuertos, como si fueran incubadoras!

¡Ah, don Juan Ponce de León! ¿Cómo puedes resistir a este bullicio de sol, a este ir y venir de las dulces voces cadenciosas y con cola de faralaes de encajes? De bronce tenías que ser. En esta plaza del viejo San Juan, donde hoy es Navidad, como en tantas partes del mundo, se siente uno de miel, licuéscente al influjo del sol del trópico, bañado por el perfume de las flores y los cantos que tienen su ráfaga reiterada de ritmo soñoliento.

De bronce tuviste que ser también allá por el siglo XVI para consumir tus proezas y llegar a gobernador de esta deliciosa tierra, la del rico puerto, que vió las armas leonesas ya guardadas en el recuerdo.

Altas espadañas, zaguanes recogidos y sombreados, balconcitos leves, casi a ras de tierra, desde donde el vértigo es imposible, hoy reciben la caricia de la reconstrucción, y todo el viejo barrio español se va alzando como un fantasma vivo del pasado a afirmar su presencia de pueblecito sureño. Está prohibido derruir, y sólo restaurar se puede lo que el tiempo desgastó con su aletazo perenne. Por las calles estrechas huele a mar, el mar de Morgan y Drake, el mar de los piratas, el mar de los fuertes.

¡Y en las calles también es Navidad sonora! Todos los rabeles se han puesto a retumbar en las vías iluminadas de sol, pero con anunciadas guirnalda de luz para los atardeceres y las noches. La calle de San Francisco es un zoco herviente, modernizado por el «carro» opulento, que ocupa casi la calzada. Los conductores de todas las pieles, calman su prisa y avanzan al obligado paso de procesión. Sólo un brazo, desnudo casi siempre, asoma rápido para advertir el cambio de «raíl», como aquí se dice, y parecería que, en los constantes cambios de una a otra calzada, los brillantes «bodies» bailan al son de un rítmico compás, moviendo sus anchas caderas sin enseñar los pies.

Siento dejaros, calles fulgurantes de acentos dulces, de blusas de colores, de nacimientos soleados en los escaparates, portales sin asno y sin buey—inútiles calefactores improvisados en aquel clima—, pero el aeropuerto espera...

—¿Tampoco usted salió?

—Mi avión está demorado.

¿Quién saldrá primero para el otro hemisferio? ¿Quién abandonará antes el fuego cada vez más intenso de un sol que se alza sin cesar sobre las palmeras y los flamboyanes? Nuestra viajera recogida, espera también. Su pantalón se le ciñe más a la carne agitada. Una ilusión huida puede unir dos esperanzas. Somos amigos de toda la espera ya. ¿Su español? ¿Dónde lo aprendió? No sé, Bolivia, Colombia... Gracias, no, Méjico. ¿Y qué lee? García Gutiérrez. Demasiado clasicismo en las perdidas colonias.

En el banco fronterero de la sala de espera inferior, cercana a la vía por donde no cesan de llegar taxis apresurados, un señor bien portado, con lentes oscuros, ha hecho una almohada con su gabardina—inútil en aquel paraje—y se ha tumbado cara al cielo a buscar un reposo necesario. Los lentes oscuros se los ha alzado sobre la frente; no quiere cristales para sus sueños. La viajera es alegre, bromista. De su bolso (caja de Pandora insondable) ha sacado un despertador minúsculo y ha soltado el timbre agudo cerca del oído del dormilón; pero éste no se inmuta. Si lo oye, lo confundirá con un aditamento más de la música de los altavoces, que no deja de sonar.

¿No será mejor comprobar cómo va el cuadro? ¡Horror! Ante la palabra «delayed» hay ya otra hora fijada: las 10,30.

¡Fuera, fuera otra vez! ¡Es Navidad en la isla y en el mundo! Puerto Rico, la isla más oriental del Caribe, se hizo grande de pronto, como ahora lo hacen los niños precoces, los pre-beatniks entriste-

cidos. Fuera del antiguo barrio se alzan las moles blancas y altivas de los hoteles modernos. Los hay como inmensos biombos que se curvan para tapar el paisaje; otros, son proas altivas de barcos varados; algunos más, colmenas modernas, en donde zumba una pléthora de americanos del Norte, huidos a tiempo del ataque del frío de las costas nevadas del Atlántico. Hace tres días que nieva en Nueva York y la pista sigue helada. Pero aquí, el césped del jardín hotelero está poblado de hamacas en torno a la piscina, de tumbonas perezosas llenas de cuerpos indolentes, y de cuerpos repletos de pinceladas rojas de sol. Y más allá, en seguida, la arena suave y el mar rizado, y la alta palma que sombrea y abanica. ¿Cómo es posible que los aviones no vuelen? Sin llegar al «penthouse», hay otra piscina recoleta frente a un bar alto. Y en él sirven unos altos vasos repletos de hielo teñido con un líquido rosado, color de temprano ocaso, que tienen nada menos que piña dentro, y guindas como soles en crepúsculo, y aroma de ron cañero.

—Entonces, ¿es usted americana?

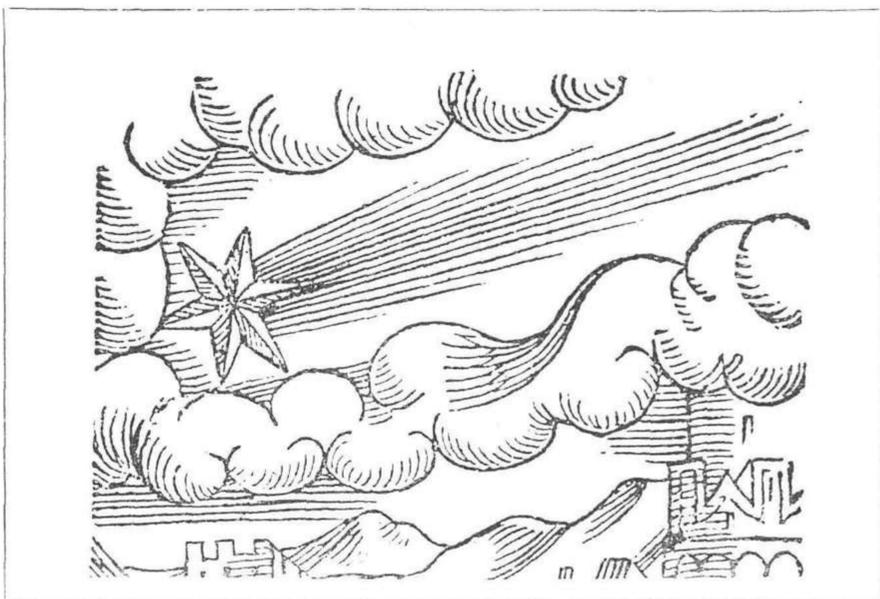
—Pero nací en Israel. Me llamo Ilana.

Podría ser un nombre de «Las Mil y una Noches». Tiene claridad de noche de bodas. ¿Se casaría con un norteamericano? Sólo si fuera un hombre especial A. Los B no sirven. Esta alfabetización de los seres es lógica en la mañana que empieza a anegarse en ron. ¡Huy, las 10! Y hay que buscar un taxi. ¡Si el avión saliera!

Todo lo desconocido es emocionante. El corazón está agitado cuando pasa por el establecimiento de «souvenirs» para turistas, llenos de toreros brillantes de alamares y de gitanas con volantes. Y al fin asoma el cuadro maldito: «Delayed, 12,30».

Dos nuevas horas abiertas al deseo voladero. Pero la amiga fugaz es más afortunada y se va. La voz de «su» compañía la reclama y ha de formar la larga cola ante la puerta de embarque. ¡Buen viaje! En las fuentes de soda se acaban las botellas. Son cerca de mil viajeros entre las distintas compañías los que esperan la llamada de la nieve. ¿Arroz con pollo? Bueno. Bendita la Valencia lejana, y el color de azafrán, y el pollo escondido entre los múltiples granos. Y la cerveza fresca con su pista de espuma, blanda explanada donde los labios inician el salto sin pértiga. ¡Uf! ¡Navidad calurosa, en mangas de camisa, con sorbetes y copas de «mixed ice-cream»!

Hay en el «lounge» del «clipper» una sala recoleta y refrigerada. Hay que llamar a su puerta para que nos abran, mientras suena algo así como un solo golpe de xilofón. ¡Quién fuera niño tumbado en el diván! Un codo apoyado en el brazo, no rige la cabeza que retrotrae los ambientes lejanos, y oscila como un péndulo, pesada plomada que no indica la recta. La voz magnificada despierta y sobresalta: «Su atención por favor. A todos los pasajeros de la ... El vuelo 228 saldrá a las 2,30. El vuelo 290, a las 2,40. El vuelo 292, a las 2,50. A todos los pasajeros de la ...» ¡Albricias! La música, detenida un instante en su ritmo continuo, reanuda su machacar acompasado, más alegre ahora, porque es un rumor de contento el que le da su acompañamiento en todos los ámbitos. Oleadas de humanos grupos, de grupos



de bolsos, de bolsos de mano, de manos de niño, de niños de pecho, de pechos cansados, de cansados sudorosos, de sudorosos que arrastran los pies al son del son. ¡Nuestro gozo en un pozo! El tablón fatídico, donde sólo unos instantes había desaparecido la palabra «delayed», la tiene puesta de nuevo, como un tapabocas que apaga su voz de libertad, y a pesar de «Su atención, por favor...», de la promesa, de la afirmación dicha con voz sonora de capitán, otra nueva cifra alza su bandera pirata anunciando: 6,30.

Por las tres puertas de Puerto Rico se sale a las viejas murallas de los fuertes que miran siempre al mar. San Cristóbal, San Jerónimo, son gigantes dormidos sin esperanza de vuelo. En la tarde pesada ya, calurosa y húmeda, ellos siguen impertérritos y oscuros. La leyenda surge en la línea pelada de los sillares. Desde allá arriba, cayó aquel jinete que enfiló demasiado de prisa la calle en cuesta. Pero en los aires rezó y se salvó. El gran Drake a punto estuvo también de despeñarse. Y más abajo queda la Perla, el barrio donde los chiquillos pegan patadas a los automóviles que pasan lentos por la estrecha vía. Desperdigados andan

los puestecillos de fruta, que pelan las naranjas mecánicamente, y arrancan las melenas de las piñas, y siegan las cabezas de los cocos verdes y lechosos.

En el barrio de la Universidad, poblado de deliciosos chalés rodeados de fresca hierba, adornados de la roja flor de la pascua que extiende sus floridos plumeros como borlones inmensos, hay Sagradas Familias plantadas como árboles en los domésticos jardines, abiertos y sin cercas. Algunas figuras son blancas, como de carne de ángel, o de esa nieve que debe subir cada vez más en Nueva York; otras son coloridas, como las flores de los jardinillos, y se han encendido ya por dentro, espiritual y materialmente luminosas. Las puertas y ventanas están casi todas enguinaldadas y también iluminadas, porque de pronto... ¡Navidad! ¡Estrellas de plata en la tierra y en el cielo! ¡Qué anochece! Todo el firmamento se ha puesto rosa, y luego violeta, y en seguida morado, cárdeno, con el reflejo de una oculta hoguera que se extingue tras las nubes, entre sombras y perfiles de noche de pasión. Seguramente que así sucederá tantas otras noches, pero no se puede dejar de pensar que hoy se

engalanó el crepúsculo con matices nuevos, inéditos y celestiales, por ser la noche que es, y por hervir en el aire esos cánticos de gargantas infantiles. La selva canta también más ardidamente por la ocasión. Grillos y cigarras, aves y batracios, han entonado su nueva pastoral. Y el salpicado canto del coquí—un animalito que tomó su nombre de su co-qui, co-qui, repetido sin cesar—es el contrapunto de los demás rumores que van poniendo estancias a la oscuridad que gotea. Podría pensarse que ese grito breve, había de salir del pico de un leve pajarillo, como los picaflores del Uruguay, pero no es así. Quien lo produce es una especie de rana diminuta, que sólo se da en estos lugares. Su compás es exclusivo de la orquesta forestal del Caribe, que resuena con las maracas de los grillos.

—¡Pero esta mañana salió un avión de la otra Compañía!

—¿Para Nueva York?

—Sí, para Nueva York. Se fué una amiga nuestra.

—Pues ha aterrizado en Canadá.

¡Pobre Ilana, amiga de un vuelo frustrado! ¿Qué harás tú por esas calles no buscadas? ¿Qué pensarán tus amigos o parientes olvidados en la urbe rascacielística? ¿Cómo tendrás de húmedo tu pantalón blanco y tu guayabera con flecos?... Se habrá endurecido ya tu español, y estarás mascullando otras palabras con el fondo de tu nariz.

Nosotros estamos aquí, junto o cerca de este Yunque alto, la cordillera portorriqueña, lejos de los pacientes «jibaros», derrengados de tanto sentarnos y levantarnos, ahitos de tanta cerveza fría y tanta postal escrita en los descansos. Pero la esperanza nos mantiene, sólo un minúsculo instante, porque ahí está de nuevo ese baile de cifras, rigodón perenne de las horas que se pisan y se abaten. Ya no son las 6,30 las que prometen, sino las 8,30, y la azafata de tierra reparte entre tanto unos «bonos de caridad» por valor de 1,50 dólares, dispendio máximo que se permite la Compañía aérea para sus sofocados pasajeros presuntos y protes-

tones, porque a los otros, a los que pacientes y mudos aguardan el despegar del pájaro metálico, les oculta su boleto, escondiéndolo tras un bloc de notas, donde parece que va a decidirse el destino de los exiliados del aire.

¡Quédate, Nueva York, con tu nieve espesa y tus rascacielos ensoberbecidos! ¡Sentimos no ver esta noche navideña tu Rockefeller Center iluminado, tus millares de luces que guían sin apagarse jamás en Times Square! Perdonadnos también vosotros, amigos olvidados en la gran urbe, forzosamente a la espera de nuestro arribo, que encendisteis el horno más de una vez para que el ave no perdiese su aroma de vino y de manzana! Nos volvemos a Madrid antes que se nos escape el último eco de la zambomba ronca y monótona. Cambiamos el sonar de las maracas y el batir del bongó por el tintinear de las sonajas pandereteras y la melodía de los villancicos.

Desde el mirador alto, todo Puerto Rico es un haz de luz, de chispas salpicadas de una inmensa fogata. Santurce, Río Piedras, las grandes avenidas, los barrios humildes, cada cual tiene su tono y su brillo, su guiño particular y su perfil colorido. Te dejamos, isla, prendida a tu situación de «Estado Libre Asociado», mientras independistas y estadistas discuten tu futuro. La gran mano guiadora apunta a un nuevo status: «Estado Libre Asociado culminado.» ¿En qué consiste esa culminación? Las luces de otros días explicarán el acertijo.

El penúltimo daikiri sorbido poco a poco en el taburete del bar nocturno, mientras un trio nativo canta una canción española, levanta un pasodoble nuevo en el espíritu, y se vislumbran detrás de la espera caminos perdidos y recuperados, besos a punto de estallar, y abrazos que duran muchos fotogramas en la cinta del regreso. ¡Navidad! ¡Navidad larga, larguísima, eterna, poblada de silencios de avión y gritar de pasajeros! En mi pesebre interior ha nacido un niño y crece sin cesar un deseo que parece turbó siempre a los hombres: ¡volar!

## Desde Barcelona

### de nuestra Delegación

# HA MUERTO AGUSTI ESCLASANS ALMA PURA DE CATALUÑA

EN LA ESTAFETA LITERARIA y a raíz de la publicación de una de sus últimas obras abocetamos una biografía del poeta Agustí Esclasans. Peregrino, extraño caso en nuestras letras. Ha muerto a los setenta y dos años de edad. Vivió, exclusivamente, en el país, de su delgado oficio de poeta; claro es, que ello le hizo recordar,

en muchas ocasiones, la frase de Larra: «escribir, en España, es llorar».

Más de doscientas obras forman las redactadas por su numen, y en las mismas se espigan todos los géneros: cuentos y novelas, biografías, ensayos, sus *Memorias* (dos tomos) quedaron incomple-

tas. Pero sobre todo, no conozco en España, caso igual de fidelidad a la poesía. Cada trimestre daba a la estampa un libro de poemas. ¡Y qué libros! *Les flames i les cendras. Jo i el mon. Cants de la atzar i de la atzar. Les hores agustes (ritmes de Montserrat)*. Pero, sobre todo, sus tomos de *Poema de Catalunya* (quince vo-

lúmenes). Agustí Esclasans, siendo muy joven, se enamoró de una muchacha. El matrimonio no se consumó y, hombre de fidelidades entrañables, le consagró su permanente, ascética, casi monacal soltería. Pero a falta de una novia de carne y huesos, se lanzó a piropear a una matrona de luz y de Historia: Cataluña o Catalunya. Como el Dante a Beatrice, Petrarca a Laura, Agustí Esclasans arrojó a los pies de su dama sus versos soñadores y estremecidos.

Ahora se nos ha ido, para siempre, el camarada del mediodía del Ateneo. Con el que se podía conversar de D'Ors, de Unamuno, de El Greco; el que nos resolvía la

## AGUSTÍ ESCLASANS I FOLCH



BARCELONA  
1963

duda, cuando una antigua y difícil palabra catalana se interponía en la comprensión de nuestra lectura. Ya hacia un año que su pupitre, arrimado al armarito de las

## La Viuda de Ramón, en Barcelona

HA pasado unos días, de intensa actividad barcelonesa, doña Luisa Sofovic, viuda de Ramón Gómez de la Serna; el objeto de su estancia era resolver unos trámites aduaneros, para enviar, a la capital de España, el despacho de su marido, procedente de su casa de Buenos Aires. En Madrid se va a montar una especie de «Museo de RAMÓN», con presupuesto municipal.

Charlamos con Luisa Sofovic en el Hotel Colón; próximo a nosotros se eleva la fachada de la catedral, cantada por don Miguel de Unamuno.

—¿Qué trae para el Museo madrileño?

—Mi esposo, en Buenos Aires, creó un mundo, lo mismo que había hecho en Madrid. Traigo, por ejemplo, una colección magnífica de espejos. Pero entiéndame espejos diseñados por él mismo, con figuras. Así una «Psiqui», un «Payaso»... Ramón mandaba cortar y biselar los espejos y unía los fragmentos con sus manos increíblemente creadoras y hábiles. Otro de los objetos embalados es un busto de cera; su mesa de despacho, donde escribió veinticinco libros. Un biombo, decorado en «collage», por él. Su colección de globos y estrellas, para el techo. Su colección de quinqués, pisapapeles... Un zoo, con gatos, gallos, un sapo, de porcelana. Y el pájaro mecánico... Ramón solía decir, que en los días grises y lluviosos, el trino del pájaro mecánico le traía un mensaje de alegría y de primavera.

—Y ¿qué no ha podido traer Vd?

—Al abandonar Madrid, durante la guerra civil, dejamos en depósito, en casa del gran pintor Salvador Bartolozzi tres cuadros importantísimos. Uno, un retrato de Ramón, realizado por el pintor catalán Viladrich, compañero de mi esposo y del escultor, también catalán Julio Antonio. Los tres habían vivido la apretada bohemia de principios de siglo. Ramón solía decir que se alimentaban de agua da aceitunas. Ni para aceitunas daban sus caudales.

«novedades», estaba vacío. Pero latía la esperanza de que lo pudiéramos ver, un día, inclinado sobre un tomo de «L'Il·lustració catalana» a la busca de un dato o una fecha. Recortada su figura robusta, el cuello breve, la testa de busto romano, junto al cristal de la ventanita que da al jardín...

Pero no ha sido posible. La muerte segó la espiga dorada de su existencia, solitaria, honesta, difícil. En uno de sus libros leo estos versos:

*Turment-Turment ardent! La pau de l'home copsa les veus de la vida, les veus de la mort i en la llum [del cel blau descubreix una nova puixança [presentida.*

¡Pobre Agustí Esclasans! La infinita bondad de Dios, por sus muchos sufrimientos, le habrá dado el Paraíso del que gozan las almas limpias y puras. Y en el cielo azul el paladeo de la «nueva pujanza presentida», desde su cama de enfermo sin excesivas compañías. Porque él sabía, con Maragall, que la muerte es «un superior nacimiento».

En el retrato de Viladrich mi esposo aparecía vestido de joven florentino, con una primorosa sortija en un dedo. Otro de los lienzos era un retrato de «Dama española del siglo XIX». había pertenecido a la colección del duque de Riva. Era el retrato de una mujer; la mitad, de esqueleto; la otra, normal; se miraba en un espejo, reflejando, el cristal azogado, una calavera. Ese tema de la duplicidad de la vida y la muerte entusiasmaba a Ramón. Y, por último, otro retrato de mi esposo, hecho por Diego Rivera, en su etapa cubista. Es sin duda una de las piezas más importantes de la pintura cubista universal. En sus «Memorias», el pintor habla con cariño del lienzo. En 1947 mi esposo le escribió a su gran amigo Tomás Borrás para que indagase dónde estaban esos cuadros. Como tantas cosas durante la guerra, parecía habérselos tragado el misterio.

Ahora bien, traigo ahora, en mi maleta, documentación sobre los mismos. El retrato de Diego Rivera, por ejemplo, se vendió en la galería «Christie», de Londres, en catorce mil seiscientos dólares. Yo estoy dispuesta a ofrecer mi documentación al Estado español y regalarle esos lienzos, esperando pueda recuperarlos.

—¿Se editarán pronto las obras de Ramón?

—De la edición de sus *Obras completas* estoy tratando con el editor barcelonés señor Herrero, de la editorial ARH. Nuestra idea es lanzar dos series: una, con las *Obras completas*. Y otra con las *Obras selectas*. También se editaría *Autoboribundia*, con un prólogo de Pablo Neruda.

—Las nuevas generaciones, ¿leen a Ramón?

—No lo sé; no tengo mucho contacto con las nuevas generaciones españolas; ahora bien, una generación que no estudia a los que le antecedieron no existe. Mido el ca-

so por mi misma; siempre tuve una idea de los precursores.

—Ramón trajo, en su segunda estancia, a Juan Ramón Jiménez a Madrid, ¿se mantuvo la amistad?

—En efecto; el primer viaje de Juan Ramón a Madrid se debió a su correspondencia con Villaespeza; y su segundo viaje, desde Moguer, se produjo a consecuencia del intercambio epistolar con mi esposo. Sin embargo, pronto se originó un distanciamiento, por tratarse de distintos caracteres. Ramón, noblemente y con donosura, dijo del caso: «el poeta califa (J. R. J.) necesitaba la compañía de un introductor de embajadores más que la compañía de un literato bohemio empedernido y manso, como yo».

Durante la estancia de Juan Ramón Jiménez, en Buenos Aires, antes de concedérsele el Nobel, se intentó una especie de reconciliación, ofreciéndose, para ello, Amado Alonso. Estuvo el poeta de Moguer en casa. Sin embargo, le indico que, personalmente, no me agrada la obra juanramoniana. Me gusta lo que sabe a jerez seco, como Shakespeare; J. R. J. me sabe a anís dulce.

—¿Puede hablarse de un Madrid ramoniano como se habla de un Madrid galdosiano?

—Ello es indudable; en su novelística existe un ciclo, con Madrid por escenario. Trato con una editorial madrileña la impresión de las cinco novelas que lo incluyen: *La vida blanca y negra*, *La Nardo*, *El torero Caracho*, *Las tres gracias* y *Piso bajo*.

—Una última pregunta, ¿continúa usted viviendo en Buenos Aires en el mismo piso que compartió con Ramón?

—Sí, pero no creo que por mucho tiempo. Siento dentro de él una sensación de vacío atormentadora. Por otra parte, la municipalidad de Buenos Aires tuvo la delicadeza de colocar en la fachada del edificio una placa que reza: «Aquí vivió y murió Ramón Gómez de la Serna, genio literario contemporáneo». Cada vez que arribo a mi domicilio y leo la placa sufro, unas veces, la tristeza de un cementerio; otras, un deseo que me hace luchar contra mi propia vanidad.

Nos despedimos de Luisa Sofovic, viuda de Gómez de la Serna, y pensamos que ya estará en Madrid el pájaro mecánico, cuyo trino le anunciaba a Ramón una s mentidas primaveras y que ya, él, entre sombras eternas, no podrá disfrutar.



## ALICANTE

La pintura ha sido y sigue siendo el arte más cultivado en Alicante. La causa de tal fenómeno hay que buscarla en la estructura psicológica del alicantino, cuyo espíritu se ha ido formando y depurando en la continua y gozosa contemplación del paisaje. A la luz de estos cielos, dentro de su inverosímil transparencia, el mar, el campo, la huerta o la montaña se ofrecen en imágenes perfectamente cinceladas y con limpio color. Esta sensibilidad de la forma cromática y plástica es la que, en sustancia, personaliza la literatura alicantina, elevándola a un nivel universal en sus tres máximos representantes contemporáneos: Azorín, Miró y Hernández.

La aprehensión del color, su tratamiento técnico, ya literario o plástico, supone tan grave peligro que, de suyo, nos dará la medida del artista. Así lo dijo Azorín: «Pero los colores forman, tanto para el pintor como para el literato, un piélago con sus procelas. Si no se sabe navegar, naufraga el pintor y naufraga el escritor. Entre el color se siente perdido el artista inexperto y sin arte. ¿De qué modo resolverá el conflicto del color? Si lo resuelve será artista; si no lo domina, fracasará.» (Obras completas, tomo VIII, páginas 436-37.) Abundando en estos pensamientos, bueno será recordar aquí aquella originalísima *Gramática del color* que escribió el pintor y profesor alcoyano Emilio Sala Francés (1850-1910).

Desde otra perspectiva, la fina sensibilidad para lo pictórico nos descubre el más profundo venero de la estética alicantina: su amor a la Naturaleza, concebida dinámica, hilozoísticamente. Ejemplo actual patentísimo de esta pasión, de esa íntima y entrañable armonía entre el espíritu del artista y el de la Naturaleza nos lo ofrece la interesantísima obra de Manuel González Santana, cuya última exposición, realizada en Alicante durante el mes de noviembre, confirma de modo absoluto cuanto decimos.

Mas, si de las elucubraciones pasamos a los hechos, registramos una sorprendente actividad que se inicia—con la decadencia del estío—en Elche, donde la Caja de Ahorros del Sureste de España organizó una muestra colectiva de veintiséis pintores, cuyos lienzos están siendo admirados por otros pueblos alicantinos.

Ya en septiembre, el Ayuntamiento de Monóvar cuidó una brillante exposición-homenaje a Daniel Vázquez Díaz, a la que el genial artista, que «no ceja en su captación de los volúmenes», dicho con palabras de José Martínez Ruiz, aportó veinte obras propias.

Posteriormente, nueve jóvenes alicantinos nos ofrecieron su arte en una exposición que amparó el aula de cultura «Zaragoza», de Benidorm, a cuyo término ha

# ESTAFETA BREVE DE LAS PROVINCIAS

sucedido una individual de Antonio Cernuda Juan.

Mientras tanto, en la capital de la provincia se abrió la grandiosa XXV Exposición Nacional de Arte de la Obra Sindical de Educación y Descanso, cuyo jurado calificador otorgó el premio especial a don Carlos San Gregorio Pérez, de Zamora; el primero, destinado a figura, y Medalla de Oro al mérito artístico, a doña María del Pilar More Almenara, de Zaragoza, y—además de otros muchos—el primero para pintura abstracta y Medalla de Oro al mérito artístico, a don José Bornoy, de Málaga.

En estos días de diciembre, al tiempo que José Pérez Gil inaugura una exposición de tema entrañablemente ilícito en la «Peña Madridista», de Elche, otros pintores alicantinos han hecho entrega de sus obras para la exposición que, en los salones del Casino de Alicante, ha organizado la entidad «Me-

dicus Mundi», con la estrecha colaboración de la citada institución de ahorro.

PONOCH

## LEON

CONFERENCIA DE JIMÉNEZ MARTOS.—Dentro de la nutrida y prestigiosa nómina de conferenciantes que en este otoño han desfilado por las diversas tribunas culturales de León, el nombre de Luis Jiménez Martos ha suscitado un interés que luego, a raíz de su lección en la Facultad de Veterinaria, había de aparecer como plenamente justificado.

El conocido poeta y crítico de LA ESTAFETA LITERARIA desarrolló, en el Paraninfo de nuestro primer centro docente, una conferencia magistral sobre «Rubén Darío, poeta civil».

En las primeras palabras de Jiménez Martos, antes de

entrar éste en la materia propia de su trabajo, se aludió a ciertas entrañables relaciones y coincidencias entre las dos históricas ciudades que son su Córdoba natal y nuestra León. Sugirió el conferenciante la posibilidad de una recopilación de poetas cordobeses y legionenses, que podrían patrocinar las respectivas Diputaciones, y la idea fue recogida por Crémer en sus agudas columnas críticas para el diario Proa.

Aparte la importancia de su conferencia, queremos aludir a lo grato que resultó para los escritores y poetas leoneses la venida de Jiménez Martos, motivo de una reunión íntima y fraternal.

NUEVA ETAPA DE «AQUIANA».—¿Quién podrá dudar que en el tiempo futuro serán las colecciones periodísticas un elemento indispensable para hacer la Historia? (Ya lo son hoy, con respecto a un espacio de tiempo: el mismo que los periódicos tienen de existencia). Sin contar, naturalmente,

con su eficacia inmediata, que es probablemente la pretendida por el editor, aunque la otra, la de más largo alcance en el tiempo, se le dé por añadidura.

El Bierzo fue siempre tierra generosa para el arte y la cultura, y con esto ya está dicho que tierra de periódicos. Desde *El Templario*, de Ponferrada, hasta el villafraquinco *Heraldo del Bierzo*, pasando por otras publicaciones en la región, ha habido un periodismo de variada fortuna, que hoy, al repasar las viejas colecciones, nos da una imagen fiel de aquel Bierzo y aquellos bercianos.

Viene esto a cuenta de *Aquiana*, la excelente revista del Bierzo, que ahora renace en Ponferrada sobre una base y con un ímpetu que nos permiten augurarle larga vida.

El número 19, que lleva fecha 1 de diciembre, publica colaboraciones excelentes. Balbino Álvarez de Toledo, insobornable en su afán de puntualizaciones históricas, rompe lanzas por ciertas ver-

dades villafranquinas. También escriben Claudio Miguélez y Jesús Modroño, ambos con atinados trabajos.

Párrafo aparte hacemos para Ramón González Alegre, siempre ardido de bercianismo; apasionado y apasionante, cordial, ahora en un momento espléndido de su trayectoria humana y de su quehacer artístico. Firma aquí un capítulo de sus *Cuadernos de bercianismo*, donde queremos ver—y Dios también lo quiera—el anticipo del gran libro sobre andares del Bierzo, que Ramón puede y nos debe hacer.

Y al fin—que podría haber ido al principio—el promotor y director de *Aquiana*: Ignacio Fidalgo Piensos. A Fidalgo no hay dificultad que lo achique. El organiza, escribe, denuncia, habla—su voz de la radio se conoce bien desde Manzanal a Piedrafita—y va a hacer el Bierzo con *Aquiana*—lo está haciendo ya—un servicio que no podrá ser olvidado.

AP

## Jerez

### BREVE NOTICIA DEL PINTOR «RAMÍREZ»

MANUEL RIOS RUIZ

A veces tiene estudio acondicionado; es decir, con chubesquí, candiles de cobre, armaduras medievales, decorativos calañés y piedras



Autocartoon para felicitar las Pascuas.



«Virgen de las Viñas». Pertenece a una colección norteamericana.

romanas. Otras temporadas, no. Cuando viene «la cosa mala», hace de tripas corazón y pinta en una azotea, en un cuchitril, en la mismísima cocina, al par que le da una vuelta al guiso de abichuelas. «Es cuestión de rachas», dice, y se queda tan íntegro.

Ah, estoy hablando de mi paisano «Ramírez»; quiero aclararlo antes de seguir, aunque ahora que cuenta me doy, ya puse su nombre como título de esta divagación provinciana, sostenida desde lejos, en pleitesía al amigo con quien compartí largas horas un mismo aire. Este «Ramírez» de quien os escribo, pinta en ocasiones toros y toreros, echándole al lienzo empaque y tragedia goyesca, fondura, a golpe de color, a puro borbotón o vómito de impresionismo. Otros ratos, «Ramírez» plasma garrochistas curtidos, atabaçados, tal los cantara su tocayo Fernando Villalón. O bandoleros con trabucos de la Independencia, cabalgando por los vericuetos de la sierra rondeña. También pinta místicos santos de ralos hábitos; leprosos cristos desgajados, que invitan al cilicio; vírgenes aureoladas de originales advocaciones; bodegones con sangrantes calabazas y garrafas a medio beber, o pasos de baile flamenco para turistas y casetas de feria...

Sí, todo un mundo entre real y alucinado, entre lo soñado y lo vivido, que va desde el niño marimón—revestido de caireles con la Colegiata al fondo—o del gallo de quiquiriquí imposible, hasta el retrato armonioso de un amigo íntimo, sin olvidar a sus pícaros payasos empavadores, ni sus solanescas estampas de viejos decrepitos o basureros enteleridos. Así de largo es «Ramírez» pintando. Así de inquieto y artista. Así le vienen pintiparados a su carácter los taurinos versos de Alberti:

Rojo como un relámpago  
espiral de una alegre revolvera.



«La oración de la tarde», cuadro de la colección del Banco de Andalucía.

Por eso pienso, cuando le veo ante el caballete, o cuando hablamos y discutimos con media botella de albarizo por delante, que sigue siendo aquel jovencísimo sargento provisional que decoró la capilla del Hacho marroquí durante un arresto, pese a la docena de hijos con que Dios le bendice y le obliga continuamente. Y por ello, por ser «Ramírez» constantemente joven, como diría Ricardo León, le viene ancho su pueblo, le queda chico el mundo. He aquí la razón de por qué le divierte y le desahoga jugar al dominó con sus amigos del tabanco—el ferroviario, el escribiente, el carnicero y el chapista—, poner como un trapo a Juan de la Plata, decirle al tasquero que apunte, insultar a su cuñado Manolo Iglesias, fotógrafo de prensa, rajar de la litografía que le malpaga bocetos para almanaques, o—por contrapartida—dejarle cien duros, pa los restos, al primero que los necesita, si los tiene. Que todo es mejor, creemos, que pegarse un tiro o tirarse al tren, en el círculo vicioso del localismo.

¿De qué otra manera iba «Ramírez», estremecidísimo «Ramírez», a liberarse unas horas de los sueños y las facturas, si no es riéndose con el chascarrillo y la broma, o haciendo, a veces destempladas, la apología de Juan Belmonte? ¿De qué le serviría una tertulia de vanos intelectuales, de empingorota-

dos caciques, de seudopoetas trastrochados? Es mejor lo que hace: vivir. Vivir, si encarta, la madrugada a jipio de soleá, recostando su humanidad por mostradores y esquinillas, mirando cómo el alba deshabila arrumbadores y mecánicos.

Como su pintura, «Ramírez» es hombre abierto, corazón acelerado, asomado a todos los balcones del sentir, a toda procesión de tendencias. «Ramírez» se convence una mañana, de marzo o de difuntos, que necesita renovarse, que no está siendo, porque no le dejan los imponderables, fiel a sí mismo, y se rebela contra lo indecible. Y sufre y canta y ríe, se refunde, llora y canta. Mas si llegas, te echa el brazo por encima y pregunta por versos de flores y penitencias, por lo que pasa en el mundanal olvido, mientras termina el cuadro de turno para el anticuario o el esnobista, con un salpicón de amargura en los ojos y un lírico coraje palpitando en cada pincelada.

«Ramírez» se morirá un día de un año lejanamente venidero, pero será mentira. Habrá nacido perpetuamente entonces, porque hay obras suyas en los cinco continentes. Ellas le mantendrán derecho, en pie, apuntando el cante, con la misma fuerza con que ahora es inconforme cada día, aunque un golpe de sol, un rayo de luna, un vaso de vino o una puñalada le paralicen milagrosamente la sangre.



# CRONICA SOCIAL

D I C I E M B R E - 1 9 6 7

11

Como homenaje a MIGUEL DE CERVANTES en el trescientos cincuenta aniversario de su muerte y con motivo de la nueva edición de *Don Quijote de la Mancha*, las ediciones Alfaguara dan comienzo al ciclo de conferencias que han organizado. ALFONSO GARCIA VALDECASAS pronuncia la conferencia inaugural con el título de *El caballero de la triste figura*. En días sucesivos disertarán MARTIN DE RIQUER (*El Quijote y los libros*), JULIAN MARIAS (*Cervantes: Ventura y aventura*), LUIS ROSALES (*Las dos partes del Quijote*), ALONSO ZAMORA VICENTE (*Cervantes y don Quijote a la nueva luz de América Castro*) y PEDRO LAIN ENTRALGO (*La convivencia sanchoquiotesca*).—Nos llegan las bases de la III Olimpiada Internacional del Humor, patrocinada por el Ayuntamiento de Valencia. Las bases las publicamos en la sección correspondiente: «Pueden jugar». Y aquí, párrafo de la convocatoria, porque merece la pena: «Usted sabe que estamos metidos en un mundo, que—dicho con todos los respetos—es un asco. Un mundo lleno de luchas enconadas, de envidias biliosas, de zancadillas internacionales, de mentiras políglotas... Usted sabe que los tres grandes bloques, los tres grandes mundos de la política mundial, no se entienden. Usted sabe que todos hablan en favor de la paz, pero que en el fondo todos temen conseguirla. Es por ello que Valencia y sus fallas (que, como todo el mundo sabe, es el mejor festejo de todos los tiempos), al convocar su III Olimpiada Internacional del Humor, hace una nueva llamada a los cuatro vientos para ofrecer la creación del «Cuarto Mundo», el fascinante mundo del humor, que es el único que puede conseguir la paz del universo. Porque la paz sólo puede venir del brazo de la alegría; y la alegría es el patrimonio de los humoristas. El mundo está perdiendo humor. Ayúdenos usted a buscarlo».—En el teatro Real recibe un gran homenaje ANDRES SEGOVIA. En el descanso del concierto se le impone la medalla de oro al Mérito en el Trabajo. De principio a fin, inmensas ovaciones.

12

MANUEL CALVO HERNANDEZ presenta en los martes de Editora Nacional su obra «Viaje al año 2000». ALEJANDRO NUÑEZ ALONSO se encarga de criticar el ensayo periodístico del que es redactor-jefe del diario *Ya*. Destaca sus valores esenciales y los agudos atisbos del futuro que nos da a conocer, y afirma que nos sitúa en la mas avanzadas cuestiones científicas. JOSE HIERRO, como siempre en estas reuniones, toma el papel de coordinador. Por su parte, Calvo Hernandez, expuso el contenido de la obra, que refleja sus impresiones y entrevistas con los hombres de ciencia más eminentes de los Estados Unidos, país que no hace mucho tiempo visitó.—Por la noche, en el Club Internacional de Prensa, el ministro de Información y Turismo, ofrece una recepción en honor del Cuerpo Diplomático acreditado en Madrid con motivo de la elección del nuevo presidente del mencionado Club,

ALDO TRIPPINI, italiano de nacionalidad, corresponsal en España de una empresa americana: *Prensa Unida Internacional*. Los componentes de la nueva Junta directiva: SZULZ (*New York Times*), ORGAN (agencia *Reuter*), CHELADA, CADENA, CLAVINELL y, por la Asociación de la Prensa de Madrid, SALAZAR, MENDO y VALENCIA. «Quizá, para dolor de nuestros valores literarios, el corresponsal extranjero ya no puede ser aquel JULIO CAMBA de las «Aventuras de una peseta», ni aquel JACK LONDON de grata lectura y escasa relación con la realidad. Los corresponsales extranjeros son ojos y oídos del mundo, y como tal órganos vitales, pero también órganos que de no ser exactos en su función pueden dar al cuerpo internacional la imagen distorsionada y más equívoca de lo que es la realidad», dice MANUEL FRAGA IRIBARNE a lo largo de su discurso.—*Pueblo* nombra a los que para el diario de la tarde son los «populares del año». Nombres de los que afectan a nuestra crónica: Prensa: Periodismo intrépido: RODRIGO ROYO (*Sp*) y JOSE LUIS CEBRIAN (*Nuevo Diario*); reporteros: TICO MEDINA. Literatura: LUIS ROMERO. Arte: JOAN MIRO. Cine: CARLOS SAURA. Teatro: BUERO VALLEJO. Y «contamos contigo», frase que nos afecta a todos.—Homenaje a JOSE MARIA PEMAN de la Peña Valentin. Después de la intervención de MANUEL AUGUSTO GARCIA VIÑOLAS, TORCUATO LUCA DE TENA, JOAQUIN CALVO SOTELO, CONCHITA MONTES, JUAN IGNACIO LUCA DE TENA, JOSE MARIA DE COSSIO, que destacan la personalidad humana y literaria de Pemán, MIGUEL UTRILLO propone una fórmula concreta al homenaje nacional a Pemán: gran representación benéfica de una pieza del escritor en un teatro de Madrid.—ANTONIO PEREIRA, nuestro corresponsal en León, ha leído en la Tertulia Literaria Hispanoamericana una selección de poemas de su libro inédito «Cancionero de Sagres». LUIS JIMENEZ MARTOS lo ha presentado.

13

Datos oficiales de la entrega de premios *Doncel* de este año: Se celebra en el Club Internacional de Prensa. Precede el acto el ministro de Información y Turismo, MANUEL FRAGA IRIBARNE. Es acompañado por el vicesecretario general del Movimiento, ALEJANDRO RODRIGUEZ DE VALCARCEL; el director general de Cultura Popular y del Espectáculo, CARLOS ROBLES PIQUER; el delegado nacional de Juventudes, EUGENIO LOPEZ; el delegado nacional de Prensa, Propaganda y Radio del Movimiento, ALEJANDRO FERNANDEZ SORDO; el director de la editorial *Doncel*, ANTONIO CASTRO VILLACAÑAS, y por el secretario del Club, CHELALA, quien pronuncia unas palabras en nombre de la entidad. Seguidamente Eugenio López destaca la labor llevada a cabo por la editorial *Doncel*. Castro Villacañas habla de la literatura para los niños y anuncia para 1968 una nueva colección de lecturas infantiles y juveniles de bolsillo, a precios económicos. El ministro entrega los premios a los galardonados y subraya la importancia que se le concede

en España a esta clase de literatura, indispensable para una buena formación y, a la par, para un buen entretenimiento.—Datos anecdóticos de la entrega de premios *Doncel* de este año: MANUEL MARISTANY, premio de novela por su obra «Rikki-Tikki», a causa del nerviosismo—muy comprensible en estos casos—anda un tanto despistado a la hora de recoger el galardón. Fluctúa ante el estrado. Y por fin, ya con el sobre en la mano, se decide por la esquina derecha del salón y desaparece humildemente hasta llegar a las últimas filas. ALEJANDRO FERNANDEZ POMBO, premio de biografía por su obra «Azorín», tiembla a la salida del salón y se le cae encima del traje una copa de jugo de naranja. Su esposa le dice: «Otro premio, pero esta vez para mí. Premio al trabajo, porque habrá que limpiarlo.» Y Pombo sonríe como pidiendo disculpas. MANUEL SAINZ-PARDO, premio de actividades recreativas por su obra «Aficiones para el ocio», dice que el ocio es el peor de los defectos del hombre. Y, por lo tanto, su libro vale también para los mayores. LUIS BLANCO VILA, premio de cuentos infantiles por su relato «Chiquilicuatro», nos dice que le «hemos gafado» al indicar en el número 384 que este año pensaba ganar medio millón de pesetas en premios. Y el 384 salió pocos días antes de fallarse el *Elisenda de Moncada*, al cual se presentaba. Por otra parte nos indica que, según la revista *Garbo*, su obra no ha sido eliminada. Entonces, ¿en qué lugar se ha quedado? CARLOS MURCIANO, premio de cuentos juveniles con «La vela y otros cuentos», se va pronto del acto. Seguro, a escribir para llevarse otro premio. CARMEN PEREZ-AVELLO, premio de cuentos juveniles por su obra «Zuecos para mí», resulta ser una monjita. La verdad, ojalá haya muchas monjitas así. Porque escribir para niños es, tal vez, la misión más noble. Durante el transcurso del cóctel JUAN ANTONIO CABEZAS nos dice que publicará próximamente un ensayo titulado «El fin del mundo». CARLOS MARIA YDIGORAS comenta la película «Grandes amistades», basada en su obra «La colina del árbol». Y espera que en España dure tanto en cartel como en Buenos Aires y Méjico. VICTOR AUZ pide publicar un cuento en nuestra revista. LUIS PONCE DE LEON le dice que ha de ser muy bueno. Auz contesta: «Si es muy bueno, lo mandaré al *New York Times*». Pues nada, muchacho, para los americanos.

14

Nueva colección de relatos: *El surco derecho*. Obras breves de autores nuevos. Seis autores en un principio; seis títulos que, en total, recopilan más de cincuenta cuentos. «El general» es de JESUS TORBADO, premio *Alfaguara*; «El extraño» es de ALFONSO MARTINEZ-MENA, premio *Sésamo* 1965 y *Gabriel Miró* 1967; «Los demonios mudos» es de CARMELA SAINT-MARTIN, premio *Leopoldo Alas* y *Doncel*; «Las langostas» es de JUAN JOSE PLANS, premio *Nacional de Ciencia Ficción* y *Ate-neo Jovellanos de Novela Corta*; «Barrunto» es de ANDRES BERLANGA, premio internacional *Club España*, de Méjico; «Las bestias», es de FRANCISCO IZQUIERDO.—Es posible que llegue a representarse una de las obras teatrales de PABLO PICASSO. De ser así, y dada su corta duración, sería acompañada por otra breve también de CAMILO JOSE CELA.—CELEDONIO PERELLON ha sido premiado en Checoslovaquia en la II Bienal de Ilustración Infantil de Bratislava. Alcanzó el galardón por sus trabajos en la obra de formación política «Cartas a mi hijo», de Gaspar Gómez de la Serna. Perellón lleva ilustradas cerca de medio millón de obras.—MARTIN VIGIL firma ejemplares en Madrid de su última obra: «Un sexo llamado débil.» Nos dice que está en la actualidad en plena producción. Escribe una novela cuyo título, por ahora, es «Muerte a los curas».—Un almuerzo con EDUARDO CARRANZA, Comensales ROBLES PIQUER, JIMENEZ QUILLES, ALFON-

SO DE LA SERNA, ALONSO GAMO, CONRADO BLANCO, JOSE MARIA SOUVIRON, GERARDO DIEGO, FEDERICO MUELAS, CIRILO POPOVICI, RAMON SOLIS, JESUS UNCITI, LUIS PONCE DE LEON. Trece cabales, poco más o menos. De sobremesa, Carranza lee con emoción notable el poema que le publicó LA ESTAFETA LITERARIA en enero del año que termina y el *Requiem* que nos confía para el presente número, último del año.

15

Nos visita SOFIA NOEL, que acaba de regresar de los Estados Unidos. En todos ellos actuó, menos en Canadá y California. Canciones sefardíes de los siglos xv y xvi, canciones populares españolas e hispanoamericanas fue las que interpretó. En el canal oficial de la televisión dedicó un programa a Toledo. Regresará en 1968.—FERNANDO FERNAN GOMEZ rueda una serie de trece guiones para TVE. El autor de los guiones es JAIME DE ARMINAN. Fernán Gómez es la primera vez que actúa para la televisión. Hasta el presente no se había decidido. Que sea para bien, cosa que no dudamos.—CAMILO JOSE CELA declara a LOLA AGUADO, acerca de la pregunta de la periodista si está o no conforme con su mito: «Ni conforme ni disconforme. ¡Qué voy a hacer! No voy a salir a la calle y empezar a explicar ahora como esos procuradores por el tercio familiar... Aquí veo uno que anuncia una conferencia en el periódico para explicar lo bueno que es. Yo trabajo mucho, no tengo tiempo.»

16

En la facultad de Filosofía y Letras se inaugura la cátedra especial RUBEN DARIO. La primera lección corre a cargo del señor SANCHEZ CASTANER, quien diserta sobre «Personalidad docente del gran poeta de la Hispanidad».—En Barcelona se falla el premio de novela «La Hora XXV», al que sólo pueden presentarse los profesionales de la Medicina. RAMON RUIZ MALDONADO, de Méjico, resulta el galardonado por su novela *Sábado, por la tarde*. Los accésit son para: ALFONSO ALVAREZ VILLAR, MANUEL PLAZA, CARLOS VEJAR LACALLE, JOSE MOTA MEZQUITA LOPEZ, LORENZO GUARDIOLA TOMAS, FERNANDO MARTINEZ CORTES, MIGUEL DE PATERNINA. Una profesión que da muchos escritores.

18

Nos visita JOSE LUIS CARDENAS, un escritor dedicado a los lectores infantiles. Desde hace cuatro años, por estas fechas, publica un libro anual dedicado a ellos. Esta vez se titula *Cuentos de Reyes*. Los anteriores: *Colincito*, *La Luna y la oruga*, *Panchita y Panchita*, *héroe espacial*. Es editor de sus propias obras.—Por su novela *El mundo de Juan Lobón*, finalista en el premio Alfaguara del pasado año, BERENGUER ha recibido un homenaje. Le regalaron una escopeta de oro y una licencia de caza. Porque, hasta el presente, se trataba de un cazador furtivo.—ANTONIO HERNANDEZ se encargará de la colección de poesía que comenzará a publicar la editorial Biblioteca Nueva. La nueva colección dará paso, preferentemente, a todos los jóvenes poetas.

19

Se fallan los Premios Nacionales de Periodismo. TOMAS BORRAS recibe el *Francisco Franco* por los trabajos que ha venido publicando en el semanario *El Español*; ANTONIO GIBELLO GARCIA, el *José Antonio Primo de Rivera* por su labor periodística sin firma aparecida en el diario *Arriba*; a PIO GOMEZ NISA se le concede el

Jaime Balmes; JAIME PATO MARTIN recibe el premio *Periodismo gráfico* por sus reportajes en *Blanco y Negro*; TEODORO NARANJO obtiene el premio *Periodismo gráfico* a la mejor fotografía por su trabajo publicado en *ABC*. MANUEL MANTERO habla de la obra de RUBEN DARIO en la Tertulia Literaria Hispanoamericana. Lee a continuación una antología de sus versos. Viaje estafético a Toledo. Motivo: recital poético navideño de la Organización Juvenil Española. Mucha juventud, pues, en el auditorio. LUIS PONCE DE LEON abre el acto ofreciendo a los toledanos las primicias de este número. Y lo cierra sosteniendo un animado coloquio. Leen versos JUAN EMILIO ARAGONES, MANUEL RIOS RUIZ y ANTONIO HERNANDEZ. En nombre de JIMENEZ MARTOS, que no ha podido desplazarse, lo hace nuestro confectionador JUAN BARBERAN. Y los poetas toledanos HILARIO BARRERO, MARCELO DIAZ GARCIA, GONZALO PAYO y JUAN ANTONIO VILLACANAS. Después, cena en «El Cardenal» y obsequio de mazapán.—ALBERTO CORTEZ recita en el teatro de la Zarzuela a los clásicos españoles. Opiniones divididas entre el público. Pero, al final, reconocimiento.

Cortez ha tenido éxito adaptando—y respetando—a Quevedo, Lope de Vega, Góngora...

20

El próximo día seis de enero se dará a conocer el fallo del veinticuatro premio *Nadal*. De los que se presentaron, nada sabemos. Pero si nos han comunicado que, para el 69, coincidiendo con el XXV aniversario de la fundación del premio, éste se elevará económicamente a quinientas mil pesetas. Y será creado otro para una obra en lengua catalana con el nombre de *José Pla*, dotado también, por única vez, con la misma cantidad.—ARTURO CAPDEVILA ha muerto hoy, en Buenos Aires, con setenta y ocho años de edad. Autor de *Tierras nobles*, *Rivadavia* o *el españolismo liberal* y *Babel y el castellano* (Premio Nacional de Literatura de la Argentina 1932). En 1954 presidió la delegación de su país en el Congreso de Academias de la Lengua, que tuvo lugar en Madrid. LA ESTAFETA LITERARIA, en el número 379/80, dentro de nuestra «presentación reunida de escritores argentinos», ha publicado su última colaboración en España.

## LOS NACIONALES DE LITERATURA

21

Los resplandecientes rostros de los escritores premiados y la euforia que se advierte en cuantos de una manera u otra han participado en la concesión de los Premios Nacionales de Literatura 1967, expresan bien a las claras a quienes en tropel llegamos al Club Internacional de Prensa por café e información, la importancia de las recompensas hoy otorgadas.

Casi da reparo calificar de autoridades a un ministro, un director general y otros altos funcionarios, viéndolos cómo departen, en corrillos que las afinidades electivas forman, con novelistas, poetas, críticos y periodistas al oteo de noticias o de frases ingeniosas. En todo caso, son autoridades de 1967: con mando, pero sin emperifollamientos distanciadores. Tras la lectura del fallo y aplaudida entrega de los diplomas, el presidente de los jurados, Carlos Robles Piquer, explica con tono tertuliar a los asistentes algunos entrebastidores de la convocatoria: la categoría de ciertos libros presentados que forzosamente tuvieron que ceder ante los premiados—siempre entre los óptimos hay uno mejor—, el creciente interés de los escritores por estos certámenes, probado en la concurrencia, que aumenta año tras año.

Después de estas confidencias de carácter general, pasa a comentar particularmente los libros premiados, y traza una breve semblanza de cada uno de los autores. «*El humanismo y el hombre*, de José Cortés Grau, premio «Francisco Franco», es obra de un intelectual que en su producción ha logrado reunir las grandes coordenadas de la humanística cristiana, dando una configuración del mundo en que vivimos, españolamente sentida.» De *Bibliografía de las guerras carlistas y de las luchas políticas del siglo XIX*, libro con el que Jaime del Burgo obtiene el premio «Menéndez y Pelayo», dice que supone una prueba más «del enriquecimiento de nuestras letras aportan al común acervo histórico». Sigue *Obra poética*, de Carmen Conde, premio «José Antonio». Se trata de «una de las producciones más extraordinarias de nuestra actual panorámica lírica» y que, además de muestra antológica de la producción extensa de Carmen Conde, recoge algunos poemas inéditos y, en esta faceta. «es también obra de presentación». *El otro árbol de Guernica*, de Luis de Castresana, es novela tan directa y punzante que, dice Carlos Robles acentuando el tono confidencial de sus comentarios, ha logrado que uno de los jurados, prendido en la viva españolidad de la trama, se emocionara hasta la linde misma del llanto. *La muchacha del sombrero rosa*, de Ruiz Iriarte, es obra que acredita una firme y continuada vocación teatral. De «original, penetrante y polémica» califica a *El príncipe de este siglo, la literatura moderna y el demonio*, de José María Souvirón. Entiende que la labor crítica de Dámaso Santos está «perfectamente acomodada a la índole de expresión del medio periodístico». Enrique Llovet, en *España viva*, da un «calescopio personal y singular» de la Patria. Y, finalmente, «delicada y aguda, muy vertida al hombre actual», la poesía de *Entre o sí e o non*, de José Luis Franco Grande.

Manuel Fraga Iribarne puntualiza que el acto «dentro de su voluntaria sencillez, viene a derramar un chorro de luz sobre figuras de nuestra vida cultural, cuya eminencia queda generalmente en la penumbra, en esa velada penumbra de los gabinetes de trabajo intelectual, de las bibliotecas y aun de los rincones hogareños». Y agrega, dirigiéndose a los premiados: «Cada uno de vosotros merece ser escuchado y oído por este apasionante pueblo nuestro». Se refiere a la «alta y noble misión que corresponde a nuestros creadores intelectuales. Esperemos todos que la caja de resonancia que estos Premios Nacionales representan contribuya poderosamente a que sean leídos y conocidos». El ministro concluye con las siguientes palabras: «A las Artes y a las Letras hay que pedir, pues, que contribuyan a la creación de los eternos cánones de la belleza y de la verdad. Frente a la tentación corrosiva del nihilismo, alcemos una vez más la espléndida bandera de la poesía que prometes».

A José Cortés Grau corresponde agradecer la distinción en nombre de los premiados. Improvisa unas palabras de gratitud, «si improvisación puede llamarse a algo que se ha escrito un par de veces», y da «las gracias a los compañeros que se abstuvieron de presentarse al premio y a la Divina Providencia». Aparte las notas de humor, declara que se siente «honrado, y dispuesto a seguir poniendo luz de cultura en las mentes».

Y, ahora, algo de lo que hemos escuchado, anotado, recogido de corrillo en corrillo, entre saludo y abrazo, felicitación y brindis. Por aquello de la cortesía, las señoras primero: Carmen Conde quiere publicar *Al en-*

*cuentro de Santa Teresa*. Nos lo dice mientras degusta un corto de café. Federico Muelas la felicita a la vez que hace ademán de introducir uno de sus conquenses dedos en la taza. «¡Oye! ¿Lo tienes limpio?», exclama la señora de Oliver.

La primera noticia de *El otro árbol de Guernica* apareció en la crónica tertuliar del número 365 de LA ESTAFETA. Se lo recordamos a su autor, a quien el premio ha puesto jovialidad en su semblante. Le está diciendo a su mujer, vizcaina también, que junto al diploma le han entregado un cheque. «Mi novela es la obra típica de un español de Vizcaya, lo que soy.» «Si, tenía esperanzas de ganar el premio. Y estoy muy contento, muy orgulloso de ser Premio Nacional de Literatura.»

A la cuarta fue la vencida para Dámaso Santos. Nos dice: «Me estaba presentando desde que se convocó. Hoy me siento Dámaso IV de España o algo así». Le hacemos una pregunta imperativa: «Como Premio Nacional de Crítica señálanos los libros que más te interesaron durante el año.» «Podrían ser los de Castresana y Luis Romero, pero resulta que son bastantes más de dos.»

Diez años de tomar notas y cuatro de escribir consumió Souvirón en *El príncipe de este siglo, la literatura moderna y el demonio*. Largo tiempo para largo título, premiado justamente. Nos dice que su libro es un estudio sobre la entidad diabólica, nacido de estas palabras de Baudelaire: «El gran truco del demonio es hacernos creer que no existe».

Preguntamos a Llovet: «¿Qué es tu libro, Enrique?» Contesta rápido: «El descanso del guerrero; para quien, como yo, practica el malparado deporte de la crítica y el agitado oficio de la diplomacia, ha sido como un sedante. Empleé en escribir *España viva* el poco tiempo que tenía para divertirme. Y lo pasé bien».

Ruiz Iriarte explica: «Mi obra premiada debe hacer el número 34 ó 35 de mi producción. No recuerdo bien, pero por ahí le andará. La primera fue *Un día en la Gloria*, en 1943».

En otro grupo no muy distante, Cortés Grau, catedrático de Derecho Natural y Filosofía del Derecho, ex rector de la Universidad de Valencia, se autodefine: «Yo no soy un filósofo. Soy solamente un profesor de Filosofía que expone su criterio. Y me interesan fundamentalmente los valores eternos del hombre, entendiéndolo que lo eterno está muy lejos de lo anacrónico».

Se despide de la reunión Díaz-Plaja, que tiene que ir a la Española. Ante el gesto interrogativo de Muelas, el director del INLE agrega: «Sí, hombre, sí. Esta tarde se decide: Tovar versus García. Pero, ¡no me sonsaques, no me sonsaques!». Y se va. Antonio Tovar ingresaría aquella tarde en la Academia.

Robles Piquer felicita y es felicitado. Le preguntamos qué desearía para los libros premiados. «Que los leyera el pueblo.» Respuesta adecuada en un director general de Cultura Popular.

22

500.000 pesetas. El premio «Taurus» para libros de ensayo se falla y se comparte sin señalar prioridad: GONZALO ANES, por *Las crisis agrarias en la España moderna*, y MIGUEL MARTINEZ CUADRADO, por *Elecciones y partidos políticos en España (1868-1931)*, son los empatados y a la vez triunfantes.—Y estamos en fechas de supremacía lotera. También se conceden los del semanario *Fuerza Nueva*. Gana el de narraciones JAIME DE FOXA Y TORROBA. El de artículos se otorga a VICENTE MARRERO. Repartir felicitaciones y consuelos es, pues, el quehacer del momento.

23

ZAMACOIS sigue siendo, con motivo de su próxima vuelta a España, tema de comentario. *Diario SP e Informaciones* le dedican artículos, firmados por J. SERNA y JUAN PEDRO QUIÑONERO, respectivamente.—En «Puente Cultural» lee sus cuentos ALFONSO MARTINEZ-MENA.—CARLOS PEDREGAL—de *Pueblo*—somete a CAMILO JOSE CELA a una entrevista psicológica y pronostica la renovación del escritor: «Hasta ahora—escribe—ha sido más intelectual que artista. De ahora en adelante será más artista que intelectual.—Mientras tanto, ANGEL

MARIA DE LERA firma ejemplares de *Las últimas banderas* en Galerías Preciados.

24

Se publica el fallo de los periodísticos «Año Internacional del Turismo». El primero de los concedidos a periodistas españoles se lo lleva nuestro colaborador SABINO ARNAIZ. ¡Enhorabuena y felices pascuas!—«Alforjas para la Poesía» celebra su XI sesión en el Lara, dedicada a la Navidad. Pregona MANOLO ALCANTARA, que es de buena tierra pregonera. Recitan GINES DE ALBAREDA, FEDERICO MUELAS, CARLOS MURCIANO, GERARDO DIEGO, JOSE GARCIA NIETO, CONRADO BLANCO, JOSE ANTONIO MEDRANO y JUAN PEREZ CREUS, por orden de aparición en escena.

25

Por última vez se publica en París el semanario *Le Nouvel Candide*. Muere por «dificultades financieras y falta de publicidad».—Descansan los vendedores de prensa madrileños, pero los periódicos incluso se vocean al estilo clásico por los estudiantes en nuestras calles.



(Viene de la página 2)

**NOVELA CORTA**  
Premio: 15.000 ptas.  
**PREMIO NACIONAL**  
**«SALAMANCA»**

Los concursantes presentarán sus trabajos por triplicado, mecanografiados a doble espacio, por una sola cara y con una extensión que no rebase los cien folios. Las obras deberán ser inéditas y originales, escritas en lengua castellana, con tema de libre elección, pudiendo presentar cada autor los originales que desee.

Los trabajos se entregarán bajo lema, que se repetirá en un sobre, en

cuyo interior constarán nombre, dirección y estudios del concursante.

La presentación de trabajos habrá de efectuarse antes del día 31 de marzo de 1968, en la delegación-comisaría para el SEU de Salamanca, plaza Caudillo, 1, segunda planta, personalmente o por correo certificado.

Se concederá un único premio de 15.000 pesetas, el cual, si la calidad de las obras presentadas lo aconsejare, podrá ser declarado desierto.

La composición del jurado se dará a conocer oportunamente, celebrándose el acto de proclamación de la novela premiada en Salamanca, el día 25 de abril de 1968.

# El Último Poema de NIZAR KABBANI

La historia contemporánea árabe es, en buena parte, una historia de amarguras, desilusiones y fracasos. Podría ser también —y para todos— una historia de fecundas experiencias ejemplares. La reciente «Guerra de los Seis Días» ha dejado el dolor de la derrota, y, por encima de todo lo que de turbio y aun ignorado haya habido en su desarrollo, exige una toma de conciencia. Hay que entrar en sí mismo, despojarse y quedarse desnudo a la luz más brutal. Decir las cosas claras, y dentro de su límite propio estrictamente. Muy sencillo: en nosotros.

Al lector español se le ofrece esta especie de tremendo psicoanálisis colectivo que es el poema de Nizar Kabbani, poeta árabe del amor, que las circunstancias han trocado en poeta árabe del desastre. Es un poema que ha levantado violentísimas controversias. Que fustiga sin piedad, que hiere, ensañándose en la herida. Que puede parecer inadmisiblemente, o ejemplar. Que, dándosele un ardite de cómodas posturas tradicionales, resulta avasalladoramente personal. Cuya gestación le ha costado a su autor, sin duda, un enorme dolor.

Parecido al que les cuesta a sus traductores al español. Porque no es agradable humillar aún más al derrotado, y especialmente cuando se le quiere. Pero hay algo peor: la indiferencia. Y porque ante grandes acontecimientos no se puede quedar indiferente, hay que gritar. Con la esperanza de que se escuche. Déjese constancia de que la versión española la he hecho en colaboración con Mahmud Sobh.—PEDRO MARTINEZ MONTAVEZ.

## APUNTES EN EL CUADERNO DE LA NUEVA DERROTA

Amigos:  
Os doy el pésame por la vieja lengua,  
por los viejos libros.  
Os doy el pésame...  
Por nuestras palabras agujereadas  
como zapatos viejos;  
por los términos sucios,  
el insulto  
y la sátira.  
Os doy mi más sincero pésame.  
Por el fin de la idea que llevó a la derrota.

Los poemas son sal en nuestra boca,  
y sal hay en las trenzas de las mujeres.  
En la noche, en las cortinas y en los asientos.  
Saladas, ante nosotros, están las cosas.

¡Oh, mi triste país!  
En un instante solo me has mudado  
de poeta de amor y de nostalgia  
en poeta de puñal.

Porque lo que sentimos  
es más grande que todos los papeles,  
y hemos de avergonzarnos de nuestros versos.

No es raro que perdiéramos la guerra...  
Porque entramos en ella  
con la innata retórica que posee el oriental,  
con ese «quijotismo» que no mata una mosca.  
Porque entramos en ella  
con la lógica del rabel y del tambor.

El quid de nuestro drama  
estriba en que gritamos  
más de lo que permiten nuestras voces,  
en que nuestras espadas  
miden más que nosotros.

La cuestión se resume en esta frase:  
en que nos hemos puesto  
una corteza culta  
sobre un alma ignorante.

Con la flauta y el sistro  
no llega la victoria...

Y la improvisación nos ha costado  
otras cincuenta mil tiendas de campaña.

No maldigáis al cielo,  
si os dejó de la mano.  
Ni maldigáis tampoco a las circunstancias...  
«Dios le da la victoria a quien desea».

y no es herrero a sueldo  
para hacerlos espadas.

Me duele, a la mañana, oír las noticias.  
Me duele oír ladrar.

No entraron los judíos por las fronteras.  
Sino que, como hormigas,  
por nuestros propios vicios  
se infiltraron.

Cinco mil años ya,  
y aún seguimos dentro de la cueva.  
Con nuestras largas barbas,  
y con nuestras monedas ignoradas.  
Con esos ojos, puertos de las moscas.  
¡Haced por romper las puertas,  
mis amigos!  
¡Lavaos las ideas,  
y las ropas!  
¡Leed, amigos míos, un libro al menos!  
¡Intentad escribirlo!  
¡Sembrad letras, amigos, viñas y granados!  
¡Navegad al país de la nieve y la bruma!...  
Que, fuera de la cueva,  
la gente no os conoce.  
La gente cree que sois  
una especie de lobos.

Nuestras pieles no sienten.  
Nuestras almas se quejan de miseria.  
Y giran nuestros días en danzas de exorcismos,  
jugando al ajedrez,  
en el sopor...  
¿Somos acaso aún «el mejor pueblo  
enviado a los hombres»?

Ese nuestro petróleo  
que brota en el desierto  
pudo hacerse puñales llameantes de fuego.  
Mas los nobles jerifes de Quraish,  
los jeques de los árabes,  
no sintieron vergüenza en que se fuera  
en piernas de fulanas.

Corremos por las calles  
con las cuerdas debajo del sobaco.  
Sin consideración,  
tiramos de la gente por los suelos.  
Y rompemos cristales y cerrojos...  
Cual ranas, insultamos.  
Cual ranas, alabamos.  
Hacemos siempre héroes de enanos,  
y a los nobles, en cambio, envilecemos.

De improviso, buscamos las hazañas...  
Y perdemos el tiempo  
sentados, tontamente, en las mezquitas.  
Componemos refranes...  
Medimos versos.  
Y mendigamos de El la gran derrota  
de nuestros enemigos.  
¡Aleluya!

Si alguien me ofreciera garantías...  
Si yo hubiera podido hablar con el sultán,  
le habría dicho: ¡Señor!,  
tus salvajes lebreles destrozaron mis ropas,  
tus espías andan siempre tras de mí.  
Sus ojos,  
sus narices,  
sus pasos,  
tras de mí,  
como un sino fatal.  
Pretenden sonsacar a mi mujer,  
y escriben en sus carnets los nombres de mis  
¡Excelencia!, [amigos,  
por haberme acercado a tus callados muros,  
por haber intentado descubrirte  
mi angustia y mi tristeza,  
me dieron de patadas,  
y hasta me hizo tu guardia  
comerme buena parte del zapato.  
¡Mi señor el Sultán!:  
Has perdido la guerra nuevamente  
porque tienes sin lengua a medio pueblo.  
¿Y de qué vale un pueblo que no habla?

Porque aún a la mitad de nuestro pueblo  
la acosan, como hormigas,  
como ratas,  
dentro de las paredes.  
Si alguien de las tropas del sultán  
me diera salvaguardia, le diría:  
Has perdido la guerra nuevamente  
por haberte apartado del problema del hombre.

Si no hubiéramos enterrado la unidad en el  
ni hubiéramos deshecho [polvo,  
su cuerpo de doncella con las lanzas;  
si se hubiera quedado en las pestañas,  
no habríamos sido pasto de los perros.

Queremos una generación enfurecida.  
Que abra el horizonte con su arado,  
que desgaje la idea de lo profundo,  
y que arranque la historia en sus raíces.  
Queremos una nueva generación de rasgos  
[diferentes.  
Que no perdone errores, ni permita...  
Que no se incline nunca,  
ni sepa lo que es la hipocresía...  
Una generación gigante de vanguardia.

¡Y por eso a los niños  
os invoco!  
Desde el océano Indico al Atlántico.  
A vosotros, espigas de esperanza.  
Generación que rompa las cadenas,  
que nos quite  
drogadas fantasías de la cabeza.  
¡Os invoco a los niños!:  
A los que aún sois buenos,  
puros como la nieve y el rocío.  
No leáis lo que digan  
sobre nuestra generación de derrotados.  
Porque estamos frustrados,  
porque nos han tirado  
como mondas de fruta.  
Porque somos suelas agujereadas.  
No leáis lo que digan de nosotros,  
ni sigáis nuestros pasos.  
No aceptéis jamás nuestras ideas.  
Porque somos el vómito, la sífilis, la tos.  
Una generación de embaucadores  
y que baila en la cuerda.  
¡Yo os invoco a los niños!:  
Lluvia primaveral, espigas de esperanza.  
¡Oh, semillas fecundas en nuestra vida estéril!  
¡Generación que venza a la derrota!

NOTA.—Las frases entre comillas son expresiones  
coránicas.